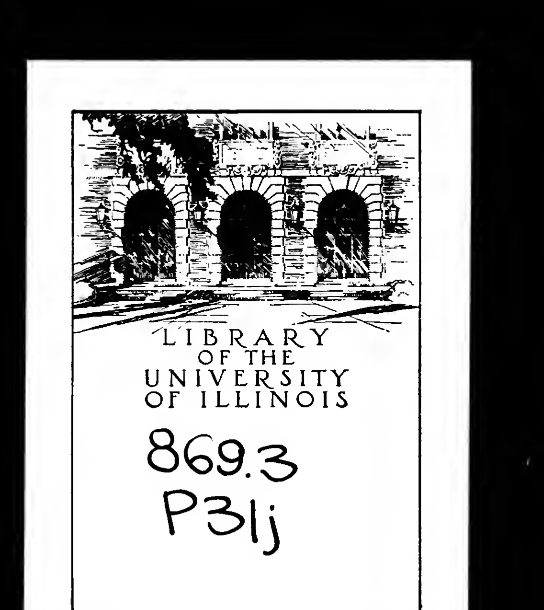


869.3
P31j



ISAAC R. PEARSON

Volumen I de sus obras completas

JUANA DORMAL

NOVELA

BUENOS AIRES
TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO Y CÍA.
BELGRANO 475
1919

ISAAC R. PEARSON

Volumen I de sus obras completas

JUANA DORMAL

NOVELA

BUENOS AIRES
TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO Y C.A
BELGRANO 475
1919

PREÁMBULO

La presente novela tiene también su historia. No han de ser solamente los seres de carne y hueso, monopolizadores *ab eterno* de esta palabra en su común uso y alcances. De cuando en cuando reclámanla, igualmente, los hijos del espíritu: esta obra, para el caso.

Quien la ha escrito, en nada pensaba menos que en aumentar su prole literaria. "Marimar", su última novela publicada, nació con suerte. Gustó, y ha circulado con una profusión ciertamente extraordinaria. Esto, podría haber alentado al que firma para proseguir cultivando la novela nacional; empero, planteada estaba una incógnita: ¿tendrían otras producciones del autor de "Marimar" la buena fortuna que ésta? Por otra parte, serias responsabilidades que el que firma tenía asumidas, y que no podía declinar, absorbíanle casi todo su tiempo. Escribir a ratos perdidos, érale posible; mas no con aquella tranquilidad y reposo que piden los trabajos que no se quiere tengan la duración de un día.

En esta situación de ánimo hallábase el autor, cuando misteriosamente, sin que conociera ni conozca ahora su procedencia, llególe la siguiente carta:

"Buenos Aires, Octubre de 1918. — Señor Isaac R. Pearson. — Señor: Hace como un año tengo en mi poder esos cuadernos, al mismo tiempo que falleció mi amiga. Soy una admiradora del estilo de usted, de su talento literario. Leo muchas veces a "Marimar" y

me parece oir las conversaciones, formar parte de esas reuniones. Es para mí, esa novela, un prodigio de naturalidad. Por esto, al ver tanto tema en los cuadernos de mi amiga, que me hacen el efecto de muy apretaditos—no sé cómo explicar—he pensado cómo quedarían de lindos esos acontecimientos relatados por su pluma. Si es usted tan amable que los acepte, yo quedaré muy contenta. El jueves pasará un mensajero a recoger su contestación. Saluda a usted atentamente, la amiga de Juana, que en sus cuadernos se llama..." (Aquí un nombre y un apellido).

La carta era acompañada de cuatro cuadernos escritos en letra de mujer y que eran una especie de diario íntimo de su vida. Enviábame también la misteriosa remitente aquélla, las siguientes líneas que conservaba en su poder de la dueña del diario íntimo:

"Febrero 5 de 1917.—Mi querida y predilecta amiga: Esta vez sí me voy. Ya siento que me muero. Estos pícaros riñones no me sirven y el corazón no da. Pienso arreglar hoy los asuntos de mi alma para decirle a Dios: "cuando gustes". En esos cuadernos va relatada toda mi vida. Te los mando porque los de mi familia los romperán por inútiles y tú puedes ofrecerlos a cualquier literato. ¡Soy tan feliz al pensar que pueden servir de argumento para una novela! Te aseguro que desde arriba pediré al Señor bendiga el hogar del que de ellos se ocupe. Mi vida entera, no la conoce nadie. Sólo tú la conocerás ahora. No he sabido cómo escribir. Por esto ha salido algo raro. Pero presiento que hay base para cosa mayor. Tú o quien elijas, dirán si me he equivocado. Todo mi cariño de amiga para ti, y hasta que nos veamos allá arriba.—*Juana Dormal*".

Leí los cuadernos y coincidí de inmediato con la anónima remitente, en cuanto a que había en ellos mucho tema aprovechable. Contesté agradeciendo, ante

todo, la elección hecha de mi persona y los juicios sobre mi labor literaria de que me había llegado acompañada. Declinaba, sin embargo, la elección, por ser yo muy personal en mi manera de escribir; porque, pasadas las páginas del diario íntimo de Juana Dormal por el tamiz de mi imaginación, no serían las mismas; porque yo *sentía* el caso de la pobre niña, pero lo veía *literariamente* para ubicado en marco no idéntico al que le había puesto su creadora. Proponía, en substitución mía, a otra persona que me parecía podía hacer un arreglo ligero de los originales, el suficiente para que se llenaran las lagunas que tenían, ora en punto a personajes de líneas demasiado borrosas, ora respecto de hilos de la trama que se le habían quedado truncos a la autora.

Mi proposición fué aceptada en los términos siguientes:

"Buenos Aires, Noviembre 1.° de 1918.—Señor: Recibí su atenta carta y estoy agradecidísima. Veo que pretendía casi un imposible. Discúlpeme. Es una debilidad mía hacerme ilusiones. Pero la idea que usted me da me parece inmejorable. *Teniendo los arreglos su visto bueno, yo quedaré completamente tranquila.* Ahora, como de literatura poco entiendo, ruego a usted haga el servicio de entenderse con la persona de que me habla. Cuando aparezca la obra, haré retirar los originales, pues los deseo conservar. Vuelvo a repetir que estoy agradecidísima porque me ayuda a llenar los deseos de mi pobre amiga."

Veíase al pie la misma firma de la carta primera; y aquí quedó interrumpida esta correspondencia. ¿Por qué? Porque el nombre y el apellido de la firmante tenían todo el carácter de supuestos, de seudónimo; y su dirección la ignoraba yo, cual la ignoro todavía.

Entretanto, el arreglo encargado del contenido de los cuadernos, me llegó y no había resultado feliz. La persona propuesta por mí había hecho más un trabajo propio que el retoque que se le pidiera de una creación ajena. Y ese trabajo propio no superaba, ni con mucho, al de la autora del diario íntimo. Este sólo, tal cual había salido de la pluma novicia de Juana Dormal, era mejor.

¿Qué hacer? Si no hubiera sido por las palabras de mi anónima remitente: "teniendo los arreglos su visto bueno yo quedaré completamente tranquila", habría dado por fracasado el intento y punto final.

Pero sentía gravitar sobre mí, algo como un compromiso de honor. Y sonaban a mis oídos, con atracción poderosa, las palabras de la muerta: "Te aseguro que desde arriba pediré al Señor bendiga el hogar del que de ellos (los cuadernos) se ocupe".

Pues estaba de Dios que yo escribiera esta novela, afronté esa responsabilidad. Acostumbrado a poner empeño en los esfuerzos que acometo, el tiempo que éste me ha demandado no ha sido largo. En un mes ha sido terminada la tarea. El autor ha hecho cuanto le ha sido posible para reflejar con fidelidad el ambiente en que transcurrieron los días de la redactora del diario íntimo. Son trozos de la vida real los que dejó ella anotados, antes de ausentarse de esta tierra. Eran sus cuadernos un manuscrito rico en situaciones de interés y de emoción. Helo creído fuente preciosa de páginas que podrán satisfacer la sed de distracción por medio de la lectura, existente en muchas almas.

Réstale ver al que firma, si el público es de su mismo parecer.

Las páginas relatoras de la vida de Juana Dormal van a la imprenta. Séales propicio el juicio de las gentes y logre la obra los dos propósitos que principalmente la han determinado: salvar una

situación de solución imposible fuera de la decisión rápida del propio laborar; y poner en evidencia que quien escribió las páginas básicas de esta novela, poseía no comunes aptitudes narrativas, siendo una verdadera esperanza de las letras que la muerte tronchó en flor.

I. R. P.

Buenos Aires, Enero de 1919.

CAPITULO I

Lo que recuerdo de mi primera edad

Tendría cuatro años, más o menos, y debí recibir una muy fuerte impresión porque el cuadro está todavía patente a mis ojos. Prodújose en casa un movimiento extraño. Entraban y salían señores y señoras en gran número. Algunos y algunas se detenían ante mí y me acariciaban murmurando: "¡pobrecita!" En la sala había hombres que no eran los sirvientes de la casa y colgaban cortinas negras. Aquí y acullá oía diálogos truncos, en que asomaba siempre la misma idea: un suceso inesperado, que había ocurrido de pronto, sin que nada lo hubiese hecho presentir. Llegaban telegramas y cartas a montones. La puerta de calle fué cerrada y un hombre de levita larga, negra como las cortinas de la sala y como su corbata, quedó a manera de centinela en ella. Abuelita se había encerrado en su pieza, de la que salían sollozos y gemidos. Con ella estaban Silvina y Leonor, hermanas mayores mías; y de esa pieza había visto salir a Fernando, mi otro hermano, casado ya y con hijos, en un estado de abatimiento ostensible. Varias veces intenté penetrar, sin resultado porque me hacían de lado. En una de ellas Silvina, que me vió, vino a mi encuentro y cogiéndome bruscamente de la mano me entregó a Manuela, la mucama "de adentro", con estas palabras:

—Las nenas, se quedan donde las ponen los mayores. Pasarás el día en el costurero sin salir de allí.

No dije nada, aunque impulsos de protestar no me faltaron, porque Silvina me inspiraba miedo. No podía decir a ciencia cierta si era miedo, pero algo así. De todas mis hermanas, era la menos afectiva. Tal me parecía por lo menos. Sólo por excepción me besaba; y esto, cuando ocurría, rápidamente o como obligada. Jamás me había sacado a paseo. Nunca me había hecho un regalo. Y me huía; a mí me parecía que me huía.

Callé, pues, y sólo cuando me cercioré de que en el costurero no estábamos sino la mucama y yo, echéme en los brazos de Manuela, sollozante.

—No llore, niñita — me dijo ella, consolándome. — Yo no la dejaré un solo instante. Tendrá los juguetes que quiera. Le contaré además lindos cuentos.

Acosé entonces a preguntas a Manuela: ¿por qué aquel ir y venir de gente en la casa? ¿por qué aquel llenarse anormal de los patios, la sala, el escritorio y el comedor, de personas que hablaban en voz baja?...

—Es que ha muerto el general — me contestó. Y se llevó el pañuelo a los ojos, en los que había lágrimas; las vi, no me olvido.

—¡Muerto! — repuse. — ¿Y qué es morirse, Manuela?

—Se ha ido, niñita, su papá. Se ha ido de esta casa y esta tierra.

—Pero... ¿volverá?

—Los muertos no vuelven, niñita. Ya no lo verá más usted. A menos que sea en el cielo...

—¡Ah! ¿Se fué al cielo, con los angelitos?

—No sé a dónde habrá ido. Pero... ¡era tan bueno el general!

Esa noche me llevaron la cama al costurero. Manuela durmió conmigo. A la mañana siguiente el rui-

do de cajas y tambores y de una banda de música, hízome saltar de la cama. Sin saber por qué, sentí deseos de llorar. Manuela me dijo que no me asustara, agregando:

—No es nada, niñita. Están por llevar al general.

—A dónde lo llevan? — pregunté.

—A la Recoleta.

—¿Y lo dejarán solo con los otros muertos?

—Basta de preguntas, niñita. Está preguntando usted demasiado.

Manuela se había puesto seria y yo quedé abochornada.

Después de medio día llevaron otra vez mi cama a su lugar y tuve libre acceso a toda la casa. Había quedado ésta casi como de costumbre. Sólo algunas visitas de parientes continuaban acompañando a abuelita, la cual seguía llorando. Cuando, llevada hasta ella, me besó, lloró más. Fernando me retiró de sus brazos diciéndome que me esperaba Amanda, su hijita, para jugar. Nos queríamos mucho con Amanda, que venía a casa muy a menudo. Era mayor que yo, pero un poco mayor solamente: cosa de un año o año y medio. ¡Mayor que yo y yo era su tía! Francamente nos habíamos reído de esta circunstancia con ella y con otros parientes y amigas. Una de estas me había dicho un día:

—¡Tía tú, y mayor Amanda! ¿Verdad que es raro?

Parecióme muy raro el caso, en efecto. Pero no me acordé más de ello. Como tampoco de todo lo que había pasado y estaba pasando en casa, una vez que, conducida por Fernando hasta donde Amanda estaba, nos fuimos al cuarto de las muñecas.

Pasaron varios días y las visitas se sucedían sin interrupción. Todas me acariciaban y de muchos labios oí frases como éstas:

—El parecido no es mucho. Sólo algo de los ojos y de la boca. Pero "el aire", el aire, sí que lo tiene. ¡Pobrecita! ¡Pobre general!

Impresionada por estas manifestaciones, tuve una curiosidad y aproveché para satisfacerla un momento en que nos encontramos solas abuelita, Silvina y yo.

—Abuelita — le dije — ¿Todos los hijos son iguales?

—Sí, querida; para los padres no hay excepciones, no debe haberlas.

—¿Por qué entonces, yo no le decía papá a mi padre, como Silvina, como Fernando, como Leonor?

Noté que Silvina hizo un movimiento de impaciencia y presentí que, como otras veces, sus brazos me arrastrarían afuera. No podía preguntar nada. estando ella. O se fastidiaba al oirme hablar o era que yo no decía sino impertinencias.

Pero abuelita la contuvo diciéndole:

—Déjala. Es natural que pregunte. Los niños preguntan siempre. Y vale más que nos pregunte a nosotras y no al servicio.

Silvina guardó silencio, pero se fué.

—No le decías, papá a tu padre — continuó abuelita—porque naciste tan distanciada de tus otros hermanos, que a él le parecías una nieta más que una hija. Quiso por eso que le llamases abuelo.

Dichas estas palabras abuelita me besó y me mandó a jugar.

En el tiempo que siguió, paseábamos frecuentemente. Manuela me llevaba todos los jueves, con Amanda, a la plaza próxima, donde corríamos hasta quedar rendidas. Otras veces íbamos a la quinta de una familia muy amiga de abuelita, la de Estévez, ubicada en la Avenida Alvear, cerca de Palermo. Delia y Celina Estévez, chicas de mi edad, no

tenían madre. El papá de ellas las tenía a cargo de una gobernanta inglesa, muy adusta y severa, que jamás nos dejaba solas. Junto con el señor Estévez veíamos a menudo a un íntimo amigo suyo, ya entrado en años y que parecía muy enfermo: el señor Perkins. Este señor tenía un hijo de nuestra edad, al que solía llevar a la quinta de Estévez y que se hizo mi amigo preferido. Ernesto Perkins tenía también aspecto de enfermo, como su padre: no podía correr sin fatigarse y era muy delgado. Pensé siempre que en su casa, o debía andar escasa la comida, o él no podría comer. ¡Pero era tan suave el pobre y tan bondadoso! Tanto las chicas de Estévez como yo, le cobramos grande afecto. No nos divertíamos a gusto, faltando él. El señor Perkins, a quien había visto algunas veces en casa, comenzó por entonces a presentarse allá semanalmente. Iba por la tarde y lo llevaba siempre a Ernesto.

Yo, contentísima por supuesto. Las visitas del señor Perkins se hicieron aún más asíduas; pero fueron de noche y no con su hijo. Esto no me agradó. Por fin se anunció que el señor Perkins se casaba con Silvina. Otra vez volví a sentirme contenta. Primeramente, Silvina se iría de la casa, y ya he dicho que su presencia no me era agradable; luego, con el casamiento, el señor Perkins entraría en la familia; Ernesto también en cierto modo...

El casamiento se efectuó y Ernesto, ya semipariente, apareció a cada paso en casa. Particularidad que hube de notar con sorpresa: la noche del casamiento de Silvina, antes de irse con su marido, pasó por mi dormitorio. Yo no dormía, más como ví que se acercaba a mi cama aparenté estarlo. Me besó repetidas veces, apretándome fuerte con sus labios, cual si le costara dejarme, a ella, de la que yo no conocía sino adusteces. Cuando se retiró sentí un estorbo entre los encajes de mi camisa de dormir. Era el pañue-

lo de Silvina todo mojado. ¿Había llorado Silvina sobre mí? No podía ser de otro modo. Recordé, entonces, que me había parecido sentir sollozos ahogados de ella. ¿Por qué lloraría Silvina?

Vino la edad del colegio y fuí puesta en uno donde el idioma francés era de obligación aun para las conversaciones del recreo. Sólo por no quedarme otro recurso aguanté esta situación, que me era violentísima. No me daba para los idiomas; era invenciblemente rebelde a la pronunciación de extrañas lenguas. No podía, no podía. Mi maestra se lo dijo a abuelita: era mejor que me pusiera en otro establecimiento; allí adelantaría en todo, pero en el francés jamás. Abuelita no quiso sacarme. Que supiese el francés aun cuando no adquiriese nunca la pronunciación perfecta; esta fué su sentencia. Durante mi primer año de internado hubo otro casamiento en casa: el de Leonor. Quedó, pues, sola abuelita, esperando mi compañía, que bastante deseaba podérsela prestar. Porque yo quería mucho a abuelita, y en proporción inversa al colegio. Gustábame aprender, más no la sujeción a reglamentos. ¡No poderme levantar cuando me diese la gana! Tomaba esto para mí las proporciones de un horrendo suplicio. Pasé, al año siguiente, a un colegio de Hermanas; pero, afortunadamente, como medio pupila. Podía estar con abuelita y verme los jueves y domingos con las chicas de Estévez y con Ernesto, que estudiaba, a su vez, en un colegio de Padres.

Era yo, en ese tiempo, una chicuela feucha. Me había dado cuenta de ello, porque las personas de la familia que me veían fijábanse en mis brazos y decían: "¡lástima! ¡qué largos!", o en mi rostro que, visiblemente, no las complacía. El espejo hacía lo demás.

A todo esto me apercibo de que no he dicho todavía mi nombre. Me llamaba Juana. Hasta en eso

había tenido poca suerte. Todas las chicas del colegio tenían nombres lindos: unas se llamaban Esther, otras, las más, María; ya antepuesto este dulce nombre a otro, ya solo. A mí me habían dado el de Juana. Por más que cultivaba la veneración por la memoria de mis padres, no les alababa, no podía alabarles, no, esa elección. Me guardé bien de decírselo a abuelita, porque temía no le fuera grato; pero se lo expresé, sin ambajes, a mi nodriza, una excelente mujer de corazón nobilísimo que me visitaba a menudo y a quien yo también visitaba siempre que podía. Mi nodriza no fué de mi opinión. Le parecía bello el nombre de Juana. Yo sólo comprendí esto, pensando que la desgracia de la pobre era mucho mayor que la mía: se llamaba ella Dorotea...

Tomóme abuelita profesores de música y dibujo. Quería que no me faltase ningún adorno. No sé qué se habría imaginado que yo sería en la vida. ¿Una gran figura, por lo visto, de los salones? En estas cosas era en las que veía el cariño que me profesaba abuelita, más que en demostraciones suyas que pudieran ponerme regalona o consentida. Porque abuelita no perdía nunca su seriedad y severidad. Jamás me dió un castigo de manos, como lo hacía la mamá de Amanda con ésta. Pero me corregía, siendo inflexible en sus determinaciones de esta índole y solemne al comunicármelas. No me tuteaba en estos casos:

—Señorita—me decía—No se ha portado usted hoy correctamente. Copiará usted en su cuaderno veinte páginas del Año Cristiano; y, si viene Amanda, no jugará usted con ella. No piense usted que lo arreglará todo pidiendo perdón, porque será inútil.

Orden de éstas dicha, tenía que ser cumplida. Y yo la cumplía fielmente. Si me arrancaba rezongos ellos brotaban por lo bajo, sin que abuelita los oyese. Tal vez por esto llegué a ser, a los quince años, el encanto de aquella viejecita.

Un día conversábamos las dos en el cuarto de costuras y le hice una pregunta que hacía tiempo se me quería salir de los labios y yo la contenía.

—Abuelita — le dije — ¿Y mi mamá?

Abuelita me miró fijamente, como queriendo darse cuenta de qué era lo que había en el interior de mi espíritu.

—Tu mamá murió — respondióme, después de reflexionar un tanto—Pero tienes dos madres: la Virgen y yo. ¿No te basta esto?

No podía contestar sino que sí, y así lo hice. Pero mentiría si dijese que no seguí pensando en la cosa. Yo no había estado del todo franca con abuelita. Lo que yo había querido, era saber si la mamá mía había sido la misma de Fernando, de Silvina y de Leonor. Porque, entre otras cosas que sería largo enumerar, a mí jamás me habían dado retrato de ella, como lo tenían los demás. Pero hube de reconocer en mi fuero íntimo que yo tenía la culpa de haber quedado a obscuras. No había hecho mi pregunta como era debido.

Volvió a transcurrir el tiempo y cobré yo todo el aspecto de una señorita. Coincidiendo con esto, comencé a notar en abuelita cierta particular insistencia por convencerme de que el mundo era muy malo. Yo no lo encontraba tanto y abuelita se aflijía al verme en ese orden de impresiones.

—Pero abuelita — díjele un día que había vuelto ella sobre el tema—¿por qué ese afán de que yo esté desencantada de un mundo que no conozco?

—Por eso — repuso ella sentenciosamente—porque no lo conoces y será para ti mayormente dolorosa la desilusión el día que te llegue. Que te llegará, no lo dudes. ¡Así pudiera yo evitártelo!

¿Por qué pensaría todo eso mi abuelita? No lo comprendía, en balde me esforzaba. La primera vez que vislumbré la posibilidad de que abuelita no estuviera

del todo equivocada, fué con motivo de una recepción que daban en la casa de Leonor. Encargó abuelita un traje de gala para mí, que me puse con él loca de contenta. Habíame compuesto bastante, a la sazón. Mis brazos no parecían ya, más adecuados para otro cuerpo que el mío, cual ocurriera cuando colegiala; mi rostro se había redondeado, dándole expresión y vida dos ojos verdes que mis amigas todas ponderaban; no era defectuosa mi nariz ni mi boca, y mi estatura hacíame elegante con poco esfuerzo que pusiese en arreglarme. Con el traje que me comprara abuelita huelga decir que "daba golpe"; cuando me lo probé abuelita me besó, diciéndome que nunca había imaginado fuera a ser tan buena moza. Pero el baile pasó sin que Leonor me hablase de él una palabra. Había estado con nosotras la víspera de su gran fiesta y ni tan siquiera me preguntó si iría a ella. Por supuesto, no fuí. Esa conducta de mi hermana hízome pensar que yo debía ser todavía para Leonor demasiado criatura. Se lo pregunté a abuelita y ella se limitó a contestarme:

—Tal vez.

Ese tal vez penetró muy adentro en mi corazón. Cuando abuelita no tenía seguridad de que mi exclusión hubiese obedecido a mi poca edad, debía de ser porque existía un motivo. ¿Qué motivo? Incógnita mortificante. Yo no la podía descifrar.

Ocurrió después otra incidencia que también hubo de darme qué pensar. Habíamos ido con abuelita a pasar el día en lo de Silvina y, durante el almuerzo, preguntóme el señor Perkins cuál era mi edad exacta. Yo la dí sin ningún reparo. Acababa de ponerme rodete y no era todavía llegada para mí la necesidad de hacerme joven.

—Dices mal, Juana—me corrigió Silvina—no tienes diez y siete sino diez y ocho años.

—He dicho la verdad—contesté seca y perentoriamente.

E intervino abuelita para dar la razón a mi hermana. Sin embargo, yo sabía que eran diez y siete los años míos. Me lo había asegurado Dorotea, mi nodriza. ¿Por qué abuelita y Silvina se asociaban para aumentarme un año? No me pareció que explicara esto suficientemente lo que dijo a continuación el señor Perkins, que fué lo siguiente:

—Me habían porfiado en el Club que Juana no había nacido mucho antes de la muerte de la madre de mi mujer.

La nerviosidad de Silvina había sido grande durante esta conversación. En su semblante vi pintada la aflicción. Abuelita también se había mostrado inquieta. A mí, que la conocía tanto, no podía escapárseme eso. ¿Y por qué la inexactitud en el dato, junto con las otras anormalidades que he señalado?

Sintiendo la necesidad de franquearme con alguien sobre las inquietudes que agitaban mi espíritu, fuí a lo de Estévez a la mira de un aparte con Celina, a la que tenía como mi mejor amiga. Las de Estévez me recibieron más cariñosamente que nunca. No pude llenar mi objeto, porque la oportunidad del aparte deseado no se presentó. Pero me desconcertaron estas palabras de aquellas amigas:

—Con nosotras, Juana, cuenta siempre, siempre. Somos de las que queremos de veras. Y jamás hemos hecho ni haremos caso de habladurías.

—Pero ¿es que se habla de mí?—inquirí agitada, sintiendo que toda mi sangre me afluía al rostro.

—Sí—dijo Celina.—Se habla de tí. Hay quienes no te quieren.

—¿Y qué es lo que dicen, lo que pueden decir de mí?

Dije esto y fué tan grande la pena en que rebosó mi alma, que rompí a llorar. Mis dos amigas expli-

caron los hechos como pudieron. No era cosa que valiese la pena, lo que se hablaba, ni que me afectase a mí en mi conducta. Miserias del mundo, solamente. Miserias merecedoras del desprecio y nada más.

—Pero, ¿qué? ¿qué?

Exigí de tal modo que las de Estévez tuvieron que decirme algo. Se comentaba en sociedad una respuesta de Leonor, al ser interrogada, en el baile que diera, sobre mi ausencia de la fiesta. "Me pareció mejor no invitarla", había dicho Leonor. A lo que asintieron, como aprobando, otras señoras que estaban próximas.

¿Luego, entonces, yo era una especie de apestada, cuyo contacto debía evitarse?

Aquella noche no pude dormir. Manuela, la mucama, al llevarme el café, notó que mi almohada estaba arrugada en unas partes y en otras húmeda, muy húmeda.

—¿Ha llorado anoche, niñita?—preguntóme.

Niñita era el tratamiento que me seguía dando, no obstante mi crecimiento.

Sin disimulo y mirándola con tristeza, contesté lo único que en mi estado de espíritu podía decir:

—Sí. He llorado. Y cuanto llore será poco, al lado del sino infausto que he podido ver pesa sobre mí.

CAPITULO II

El yuyo malo

Abuelita tenía un pleito, un gran pleito, según decía el abogado que frecuentemente la visitaba: un señor de modales imperativos y "pose" dominadora, que daba la sensación de tener al globo bajo sus pies. Hablaba mucho cada vez que llegaba y, oyéndolo, era simple cuestión de unos escritos que estaba concluyendo, el recuperar cien leguas del territorio de Santa Cruz que nos pertenecían a nosotras y que el gobierno, pasando por encima de legítimos derechos preexistentes, había enajenado a varios. Los escritos aquellos nunca podían presentarse, o porque faltaban todavía datos, o porque se requerían más testigos, o por otra razón cualquiera. El hecho es que todo se traducía en dinero que abuelita, en un principio, facilitó con largueza; mas después con parquedad creciente. Los labios de abuelita enmudecían respecto del abogado, cuando los de la casa le sacábamos el tema; pero hablaban sus actos. Era evidente que desconfiaba. Cierto día llegó el abogado con la faz demudada: por la canallada de un juez habíase perdido el pleito que tantas veces declarara él de éxito seguro. Y se había perdido con costas, lo que representaba para abuelita un desembolso de unos cuantos miles de pesos, encima de los que había ya entregado. Abuelita recibió impasible la noticia y despidió al abogado con estas palabras:

—Está bien, doctor. Pagaré. La lección es cara, pero servirá para preservar a los que me rodean de credulidades funestas. Servidora de usted, doctor.

—Pero, señora... Esas palabras... Ese tono... Yo he hecho cuanto estaba a mi alcance.

—Manuela... — dijo abuelita, con la voz severa que usaba en las grandes ocasiones. . Y al comparecer la mucama, agregó:

—Acompañe al doctor...

Pocas veces en mi vida he visto más súbitamente reducida a la humildad la soberbia aspaventosa de un hombre. Se retiró el doctor haciendo cortesía tras cortesía. Semejaba un títere movido por invisibles hilos. Y su semblante y sus ademanes parecían implorar...

Con el dinero que le había sacado el abogado a abuelita, con el que tenía que entregar por las costas del juicio perdido y con lo que había gastado en sus hijas casadas y en mi educación, su posición se hacía difícil. Había tenido que hipotecar la estancia de sus antepasados, que la tenía arrendada con la sola reserva del edificio y algunas hectáreas en contorno, por si se le ocurría permanecer allí, lo que nunca sucedía. La hipoteca de la estancia se vencía y abuelita llamó a Fernando para que la aconsejase. Fernando quiso hacerle cargos. ¿Cómo había convertido en mala una situación que había sido de tan grande desahogo? Abuelita se irguió como una reina ultrajada, y dijo a Fernando:

—He dispuesto de lo mío y doy cuenta de mis acciones sólo a Dios. Gracias por la ayuda que estabas dispuesto a prestarme. Me desenvolveré sola.

Fernando quiso disculparse, pero todo fué inútil. Poco tiempo después era vendida en remate la estancia. No fué esto sólo. Resolvió además abuelita alquilar la casa señorial en que vivíamos. Nos redu-

jimos a una casa chica y con sólo una cocinera y Manuela como servicio. Yo, a pesar de todo, estaba contenta. La diferencia de posición no me había privado de mi amistad con las chicas de Estévez, que iban siempre a visitarme, lo mismo que Ernesto Perkins. Tuve con éste que hacer aún de consejera. Yo era la única confidente de sus sinsabores, que no eran pocos. Silvina no había resultado para él una madre cual lo llegara a imaginar: siempre agriada, no se ganaba la confianza de nadie y mucho menos podía haberse ganado la de Ernesto que, cuando se hallaba enfermo, — y este era el caso — era una sensitiva necesitada del calor de los grandes cariños. Su padre tampoco se ocupaba de él, porque se pasaba los días y las noches en el club. En tanto el dinero no faltó, todo había sido pasable. Pero el señor Perkins jugaba: no sólo lo que había él ganado durante su juventud sino los varios inmuebles que llevara Silvina al matrimonio, habían sido tragados por la carpeta. Ernesto había querido trabajar para apuntalar aquel hogar en derrumbe; pero le faltaban las fuerzas; muchos días no podía ni levantarse y por las tardes frecuentemente le venía fiebre. ¡Si me hubiera tenido a mí junto a él, pero constantemente! Esto me lo decía a cada paso. Cuando estaba conmigo sentíase otro. Aun le parecía estar sano. Yo le alentaba cuanto podía. Es la obra de caridad más grande que creo haber realizado. ¡Yo, que era una débil caña sacudida en todas direcciones por vientos adversos; yo que necesitaba sostén y dirección, dándolos! En medio de todo, aquella caridad no me representaba violencia. Inspirábame Ernesto una verdadera atracción.

Una mañana en que acababa de regresar de la iglesia y me disponía a continuar con ahinco una labor de pintura que preparaba para el santo de abuelita, llamaron a la puerta. Manuela estaba distante y acu-

dí yo. Estaba en el zaguán un caballero canoso, de aspecto distinguido, que me preguntó por abuelita.

—¿Su nombre de usted? — inquirí.

De una cartera elegante, como toda su persona, sacó una tarjeta que me entregó y en la que leí: "Santiago Dormal". Al hacerlo pasar a la salita noté que me miraba con fijeza. Su mirada era bondadosa y produjo en mí instantáneamente simpatía.

—Con perdón de usted, señorita — me dijo — Desearía saberlo. ¿Es usted la hermana menor de Silvina?

—Sí, señor.

—¿Nacida cuatro o cinco años antes de la muerte del general?

—Cuatro, sí señor.

Se acercó a mí y me pareció que iba a estirarme la mano, cuando se presentó abuelita, que correspondiendo con una inclinación al saludo que le dirigió el caballero, me indicó la puerta diciéndome gravemente:

—Déjanos.

Sentí una curiosidad extraordinaria por la persona aquella y el objeto de su visita. Pero cuando interrogué a abuelita se limitó a contestarme:

—El señor Dormal nos ha hecho mucho daño. Valiera más que no lo hubieras conocido. No me preguntes más.

Apenas había recibido esta respuesta, anunció Manuela a abuelita que estaba en el vestíbulo el viejo mayordomo de la estancia vendida. Fuimos. Era un paisano de estatura atlética, llano y afable y de cabellos canos, que daba a abuelita el tratamiento de "niña". ¡Si haría tiempo que estaba al servicio de ella! Conducía unos cajones y una canasta. Contenían los primeros un cordero y aves. La canasta estaba llena de flores. "Las últimas de los viejos canteros", que dijo él melancólicamente.

—¡Qué hacerle, Benito! ¡Paciencia! — expresó abuelita, comprendiendo todo lo que con aquellas palabras aquel buen hombre le decía. Al mismo tiempo hizo que Manuela condujera al interior los cajones y la canasta.

—¡Tantos, tantísimos años que era usted, niña, — añadió el mayordomo — la dueña! Hubiera deseado que fuesen mis hijos los que hiciesen la entrega. No sé llorar, niña. Pero ayer, cuando fueron a tomar posesión del campo, sentí una cosa en la garganta, así como un carozo que me ahogase. Suerte que me cayeron unas lágrimas y se me fué el tarugo ese. Me acordaba de usted niña; de lo que sufriría, cuando yo, que no era nada en la estancia, que no era dueño, sentíame aplastado de aquel modo.

Abuelita nunca se dejaba ver emocionada. Esa debió ser la razón que la llevó en aquel instante hacia adentro, con el pretexto de ver lo que hacía Manuela. El mayordomo y yo, quedamos solos.

—¿Y que tal los campos, Benito? — le pregunté por decir algo.

—Así, así — me respondió — Mucho yuyo malo que ahuyenta la hacienda.

—¿Qué es eso del yuyo malo?

—Cierto que usted es "pueblera". No debe conocerlo, pues.

—No, no lo conozco.

—Es un yuyo no de mala apariencia. Tampoco es lindo, pero, en fin, no se puede decir que sea feo. Los animales, por lo común, lo conocen. ¡Gracias a Dios! Que si no...

—¿Qué pasa cuando no lo conocen?

—Se enferman. Se ponen tristes, enflaquecen y mueren. No sería nada si en todo tiempo tuviese el yuyo malo las diferencias que hacen lo distingan del bueno las haciendas, lo mismo que cualquier

cristiano. Pero en ciertas épocas del año su color se confunde casi con el del pasto bueno. Y con los animales que lo prueban, no queda nada que hacer. Alejarse, alejarse del yuyo malo es la única defensa segura. Su simple contacto puede ser mortal.

Benito me observaba mucho en tanto hablaba.

—¡Cómo está usted de grande, niñita! — me dijo — Creímos todos en un tiempo que se desarrollaría mal.

—¿Me ha conocido usted pequeña? — pregunté al mayordomo.

Pareció éste confundido. Vaciló a lo menos en su respuesta, lo que no pudo menos que llamarme la atención.

—¿Si yo la he conocido antes? No, niña, no.

—¿Cómo entonces pudo tener impresión sobre mi desarrollo?

—Por lo que decían los patrones, cuando iban a la estancia.

—¿Desde cuándo, Benito, dejaron de ir?

—¡Oh! Hace mucho tiempo. Usted tendría uno o dos años... Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Cómo está mi cabeza! ¡Si usted, niña, no había nacido todavía!

Me quedó la impresión de que Benito ocultaba algo. Siempre, siempre el misterio en torno mío.

Volvió abuelita, agradeció al paisano sus obsequios y le ofreció la casa por si deseaba hospedarse.

—Gracias, niña — repuso — Estaré acá una o dos semanas por lo de la pensión, ¿sabe?...

—¿Alguna dificultad?

—Creo que no será cosa mayor. Los que hicimos la campaña del desierto estamos un poco desamparados. Se han muerto todos los que nos podían proteger. ¡Si viviera el general, que me consiguió esos cuantos pesos! Pero no me los pagan. Hará ya ocho meses que no cobro. Tengo que arreglar eso. Yo ven-

dré por acá todos los días, pero no necesito, niña, incomodarla con el hospedaje. Tengo unos tíos en Barracas. Tengo, además, como usted sabe, a mi prima Dorotea...

Tomé nota del parentesco. Por mi nodriza Dorotea habría yo de saber lo que había ocultado Benito, supuesto que mis aprensiones fuesen fundadas.

Benito pasó a la cocina y nosotras nos fuimos con abuelita al costurero. Mientras ella cosía yo me puse a rellenar un almohadón. En esa ocupación sorprendiónos Leonor, que andaba visitando familias pobres para la adjudicación de los premios a la virtud de la sociedad de Beneficencia y, pasando cerca de casa, habíase detenido en ella con dos amigas del alto mundo que la acompañaban. Las dos amigas habían quedado en la salita. El "tren" en que vivía Leonor era muy fastuoso. Habíase presentado en uno de sus varios automóviles, con lacayo además de chauffeur. Quería que abuelita conociese a sus amigas. Una era esposa de un embajador extranjero; la otra, del ministro de Relaciones Exteriores.

—Tendremos que arreglarnos — dijo abuelita — ¿Cómo salir en este desaliño ante gente tan grande?

—Arréglate tú, sí, un poco — repuso Leonor — En cuanto a Juana no es necesario. Las conocerá en otra ocasión.

Era la segunda vez que mi hermana me hacía de lado. No era yo tan buena como abuelita creía. Hube de hacer un esfuerzo para no arrojarle a la cara a Leonor el almohadón que tenía en las faldas.

Pero abuelita había de salir en mi defensa. Con cuánta dignidad lo hizo, dígalo su respuesta, que fué ésta:

—No he llamado yo a tus amigas. Han venido a mi casa, traídas por ti. Me habrían de aceptar con cuanto amo, ellas lo mismo que tú, si después de lo que has dicho pudiera yo recibirlas. Llévatelas.

—Pero abuelita, te desconozco, tú sabes muy bien...

Abuelita le señaló la puerta a Leonor, volviendo a repetir:

—Llévatelas.

Leonor se fué y yo caí llorosa en los brazos de mi pobre viejecita.

Ella me besó una y otra vez en la frente, en los ojos, en el cabello, hasta que al fin me repuse.

Pero, en presencia del alejamiento que se me quería imponer, acudió a mi mente una idea que ya no me abandonaría en la vida. Recordé las palabras de Benito, el mayordomo, sobre la plaga de los campos a que se refiriera. Aquella planta no de mala apariencia, tampoco linda, pero que no se podía decir fuese fea — como yo — y exclamé para mí, con un dolor punzante que difícilmente será excedido:

—Sí. ¡Ay! Como el yuyo malo, cuyo simple contacto puede ser mortal...

CAPITULO III

UN ADIÓS LACERADOR

—Juana, creo que esta vez va de veras. No escapo, no.

Ernesto Perkins, que me decía esto en el jardín de la quinta de Estévez, tenía un semblante, en aquel momento, todavía más tristemente expresivo que sus palabras. Bastaba mirarlo para comprender que se le escapaba la vida por los ojos afiebrados. Iba a contestarle animándolo, no obstante la impresión tan opuesta de que estaba lleno mi espíritu; pero me ganó de mano Celina que, juntando flores a nuestro lado, le dijo:

—Se mejorará en Córdoba, Ernesto. Ya lo verá. Aquellos aires son verdaderamente reparadores.

—Puede ser que se cumpla su vaticinio — repuso el joven — ¡Ojalá! Yo ¿para qué negarlo? ansío vivir. Fuí, sin embargo, con la misma esperanza al Paraguay y... ya ven ustedes.

Me dió una pena tan grande esa respuesta, que me propuse engañar a Ernesto a toda costa. ¿No es el engaño, en determinadas situaciones, una de las formas de dar la vida? Hablé largo y tendido de cuanto sabía le era de interés. Conseguí distraerlo primero de su preocupación y, cuando pude percibir esto logrado, manifestéle tal convicción en su restablecimiento que me parece se la pude transfundir.

—No sólo la salud—concluí—le volverá a usted, Ernesto. Hasta aquella imaginación tan poderosa que le

permitía, cuando estudiaba, decir y escribir bellas cosas; hasta esa ninfa de la inspiración con que parecía usted haberse desposado, será de nuevo a su lado. Lo verá, lo verá.

El pobre Ernesto me escuchaba como extasiado. Cuando se retiró, no era el mismo ser abatido y postrado que llegara a lo de Estévez. Hablaba con calor y sus labios sonreían.

Salía para Córdoba esa misma noche Ernesto Perkins y me pidió permiso para escribirme desde allá. No le puse el menor inconveniente, pues ya había tomado consejo al respecto de abuelita.

—¿Te ha dado palabra de matrimonio?—me preguntó ella.

—No, abuelita. Su situación no le permite pensar en otra cosa que su curación.

—¿Y tú lo quieres?

—No podría decirlo. Ignoro si es amor lo que yo siento por él. No sé cómo sea el amor. Pero ¡somos tan amigos! Verdadera y sinceramente amigos, abuelita. Como se ve pocas veces. Que se sacrificaría él por mí en cualquier instante, no lo dudo, no puedo dudarlo. Me ha dado mil pruebas.

—Bien. Si quiere escribirte que lo haga. Pero en el carácter de amigo tuyo de la infancia, nada más. Otra cosa sería de pensarla mucho, mucho. No es programa para ti, ni tampoco tu vocación, me parece, el pasarte la vida de enfermera.

—Cuidarlo a él, abuelita, no me arredraría. ¡Es tan bueno!

—Veríamos lo que pensabas después de algunos años de esa penosa asistencia. Pero, en fin, no es el caso de pensarlo todavía ¿verdad?

—No, abuelita.

De la conversación sobre Ernesto pasamos con mi abuela a recordar a Silvina, de la que él se mostraba tan decepcionado.

—No ha tenido suerte en su enlace la pobre—dijo abuelita — Su carácter, de esa manera, no podía suavizarse.

—¿Y siempre fué así Silvina, abuelita?—me atreví a preguntar.

Ella fijó en mí una mirada de observación, como siempre que le hablaba de Silvina; y repuso:

—Cuando la juzgues, ten en cuenta, Juana, que las desgracias transforman mucho a las personas y, por lo común, desmejorándolas. Silvina tuvo un gran sufrimiento, siendo muy joven. Un gran sufrimiento ignorado. Antes de eso, era alegre, expansiva, cariñosísima. Tú la has conocido después.

Estas palabras de abuelita zumbaron en mis oídos durante varios días con sus noches. Concluí por compadecer a Silvina y me propuse ser menos adusta con ella cuando la viese.

Esa oportunidad no tardó. Abuelita hubo de ir a visitarla, como lo hacía semanalmente y me llevó. Silvina estaba sola cuando llegamos. Me pareció que se estremeció entera al besarla yo sin mi sequedad habitual. Durante la primera parte de la visita sus ojos se encontraron varias veces con los míos, como queriendo leer en mi alma. Pasamos a su tocador para ver un retrato al óleo de ella con que la había obsequiado Leonor. Abuelita se quedó mirando el retrato largo rato. Silvina y yo, detrás de ella, esperábamos. Nuestras manos se rozaron y yo no retiré la mía. Silvina me la estrechó y luego cruzó con su brazo mi cintura. Después, reclinó su cabeza sobre mi hombro. Pasarían de esa suerte varios minutos y, volviendo yo de pronto mis ojos hacia ella, ví que su pecho se movía subiendo y bajando en agitación creciente. Miréla a los ojos: lloraba.

Terminado que hubo abuelita su observación del cuadro, instantáneamente recuperamos Silvina y yo nuestra actitud de costumbre.

Entró en ese momento el señor Perkins y, mientras la saludaba a abuelita, díjome Silvina:

—¿Aceptarías, Juana, un regalo mío?

—¿Por qué no?

—Pero ¿para no desprenderte de él?

—Es una condición que está de más. Los regalos no se... regalan.

—Es que lo que yo desearía es que ese recuerdo mío lo llevaras contigo siempre.

—Lo llevaré.

—Bueno. Lo tendrás mañana. Piensa, todas las veces que lo mires, en que fué y es el símbolo de mi vida. El cual, ojalá no lo sea de la tuya. ¡Oh! no, por Dios.

Abuelita y el señor Perkins habíanse ido alejando hacia el corredor. Estábamos solas Silvina y yo. Dichas las palabras que anteceden, ella me acercó a sí y me besó frenéticamente en besos cortados, seguidos y nerviosos, como los de la noche de su casamiento, que yo no olvidaba. Luego de lo cual separóse de mí y se dirigió al comedor.

Al día siguiente llegó para mí una cajita de lo de Silvina. Abríla y contenía una pequeña cruz de oro, con una fecha indescifrable, semiborrada como estaba, no sólo por la acción del tiempo, sino por rasgaduras hechas al parecer con cortaplumas. El símbolo, pues, de la vida de Silvina, y que ella deseaba no lo fuese de la mía, era una cruz. ¡Pobre Silvina! Enigmática, rara, incomprensible casi; pero en medio de todo mujer de corazón. Este fué desde entonces mi concepto a su respecto.

Con todo esto, se me ha pasado decir que me habían llegado las primeras cartas de Ernesto Perkins. Debía estar muy mejorado, a juzgar por el tono de su correspondencia, en la que campeaba hasta un espíritu juguetón. ¡Cómo confirmaban

esas cartas, las superiores dotes de inteligencia que yo siempre había creído encontrar en Ernesto!

Narrábame en una de ellas la travesía que había hecho, en unión de un amigo, de cierto río de Córdoba. "Un río — me decía — que en ciertas épocas del año parece de juguete, mas que se permite cada broma pesada!... El día que nosotros llegamos hasta sus márgenes, habíase tragado un puente entero con la misma facilidad y naturalidad que los niños un caramelo. La falda infantil se le había extendido en forma que no convidaba a alzarlo en brazos. No parecía de muy buen humor, porque dejaba escapar un rezongo incesante y se golpeaba agitado contra las piedras restantes del puente destruido y las de su lecho". Seguía refiriéndome Ernesto que de la otra orilla les hacían señas las personas a quienes él y su compañero iban a visitar, apercibidas de que la más que deficiente preparación náutica de ellos, acudía a su memoria generando las indecisiones consiguientes para el cruce. "Llegó el refuerzo de una *cuarta* — continuaba Ernesto Perkins — bien recibido, se lo aseguro, Juana; pero no vaya a creer usted que por temor; padecería mi concepto de hombre de ánimo hecho a los peligros... Llegó la *cuarta*, y, como quien se zabulle, lanzámonos denodadamente, en el carricoche que nos conducía, a la travesía, cerrando, eso sí, los ojos... Efecto, naturalmente, de la excesiva refracción de la luz. No vaya usted, Juana, a pensar otra cosa... Mientras no salimos de los primeros metros de la orilla, todo anduvo bien. Pero al penetrar en el cajón del río, el nene éste pareció con malas tentaciones. ¡Vaya unas chacotas las suyas! La *cuarta* tiraba firme hacia la derecha y el líquido chicuelo empeñado en que habíamos de acompañarlo en rumbo opuesto. La porfía persistió y he aquí que comenzamos a sentirnos como le-

vantados en hombros. Las ruedas del carricoche parecieron no tocar el suelo y un vaivén inquietante de canoa insegura, nos hizo sentir de súbito la más angustiosa nostalgia del remo o de la *pala*. Otra inesperada incomodidad de los ojos nos hizo volverlos a cerrar. Con secreto placer pensó mi compañero, según me lo ha confesado, en que no tenía esposa ni descendencia que pudiesen quedar desamparadas. Yo, Juana, — ¿por qué lo habré de callar? — pensé en usted. Pero fué asunto de poco tiempo. Con el orgullo de los vencedores, esperando las palmas que, sin embargo, ¡oh humana injusticia! no llegaron, estuvimos instantes después en compañía de los que nos esperaban''.

Describíame Ernesto en otra carta su llegada a un pueblo que no figura en el itinerario de los ferrocarriles, a pesar de tener para ello más que sobrados títulos: el de su antigüedad y el de su natural riqueza que la soledad misma en que le ha dejado el progreso no ha bastado a destruir. Se refería a Totoral. Y decía: ''¡Incomparable atracción de las costumbres y cosas que fueron! ¡Cómo subyugas! Totoral, sin la fiebre de los centros modernos, es un clamor perenne contra la injusta suerte, que ha dado a lugares que no eran nada, lo que a su población pertenecía de derecho. Pero así, sin estación, sin bullicio, con su comercio tranquilo, con sus gentes pacíficas y con su poesía, escondida como entre las hojas esconde la violeta su preciado aroma: así, Totoral, eres delicia de los cansados, cual no lo serás tal vez cuando te alcance el riel''.

Las impresiones recibidas por Ernesto Perkins en Cosquín, más que leerlas, las devoré. ¡Es tan afamado ese lugar! Volvía en ellas a reaparecer el estilo zumbón o bromista de mi amigo. Hablábame de las excursiones que hacía allí bordeando los precipicios. ''Las personas nerviosas — me decía —

será prudente que piensen dos veces antes de aventurarse en ellas. Desarrollan mucho, en efecto, una afección que no ha entrado todavía, que yo sepa, en la terminología científica, por lo que habré de designarla en criollo: me refiero a la afección del *cerote.* Felizmente su tratamiento no ofrece dificultades mayores: se cura sola, por la simple supresión del espectáculo que la provoca. Quedan libres de ella los excursionistas que la contraigan, con solo no volver''. Me describía luego Ernesto los panoramas: fajas estrechas, muy estrechas de camino, con la mole de enormes cerros a un lado y despeñaderos al otro, por donde no resultaba entretenido calcular el tiempo que pondría un mortal en llegar hasta abajo, si cayera. El automóvil deslizándose por esas fajas, entre vueltas ''cerradas'' para salvar las cuales requiérese en el chauffeur la máxima destreza, y en medio todo de elevaciones y depresiones del terreno que ora imprimen a la máquina vertiginosa marcha, ora la hacen llegar apenas, como jadeante, hasta la eminencia próxima que los ojos descubren, seguida de otras y otras análogas o mayores que llega a pensarse con secreta angustia si tendrán fin. ''La emoción en el viaje por tren — proseguía — es intensa, tan próximo al abismo va él. Pero al fin y a la postre hay una vía de la que las ruedas sólo por descarrilamiento, pueden salir. Calcule usted, Juana, lo que aumentará esa emoción, viajando en una máquina cuya dirección pende sólo de la serenidad del pulso y el acierto de la mano que la maneja. Una deficiente aplicación de los frenos en el descenso con vuelta rápida; un movimiento excesivo de las ruedas delanteras; la más leve falla... y no se cuenta el paseo, como no sea por conversaciones de ultratumba con los discípulos de Allán Kardeck''. Deteníase después en el espectáculo que ofrecían los

animales de aquellos lugares. "En el estrecho y accidentado camino — escribía — encontramos animales que parecían querer disputárnoslo, tan tranquilamente contemplaban el avance de nuestro automóvil. ¿Por dónde se retirarían? Los toros y las vacas del lugar, no cabe duda de que podrían desenvolverse con fortuna en la política. Ya casi encima de ellos el auto... un salto y quedaba despejada la vía. Con la misma facilidad con que saltan los ciudadanos de un bando al otro, o de una legislatura provincial a la nacional, o de una gobernación al Senado, afirman su cuerpo en las patas traseras aquellos toros y aquellas vacas, pegan un brinco y se ubican en la primera plataforma que descubren próxima. Cual si se tratara de políticos y de posiciones políticas. ¡Palabra de honor!"

Entretenidísima con estas cartas y gozosa por el estado de ánimo en que revelaban a mi amigo enfermo, llevéselas y leíselas a abuelita. Declaróse ella encantada por su forma literaria y su fondo, pero en otro sentido hízome observaciones que no pudieron menos de intranquilizarme.

—Ese joven anda demasiado — me dijo. — La reacción del principio del cambio de aire, es peligrosa por lo que ilusiona. Los enfermos créense sanos y gastan las fuerzas de que luego habrán menester. Escríbele, Juana, que no se mueva; que por lo menos no se mueva tanto. En mi familia ha habido casos de reacciones como las que te digo: que resultan ilusorias por resistirse a creer los enfermos que les está vedado abusar.

Escribí, por supuesto, a Ernesto con grandes recomendaciones en el sentido que me dijera abuelita. Mas mi carta cruzóse con otra de él en que me hablaba del dique San Roque. "La enorme masa líquida — decíame — de treinta metros de profundidad y varias leguas de extensión, presiona como

con rabia la pared que la detiene. Suele notarse en ésta cierto temblor, más que inquietante en verdad si se piensa que, cediendo esa pared, una catástrofe espantosa pondría la más lúgubre de las notas en nuestra actualidad. Se me informa que están practicándose estudios técnicos para levantar otro muro delante del actual, que parece debilitado o fatigado en la fuerte y constante resistencia. Que sea cuanto antes es mi voto, pensando en Córdoba. en esa ya tan importante ciudad y en lo que representa ella como factor de cultura y noble tradicionalismo. Que no sean los tales estudios, como aquellos pagos que se verifican en tres tiempos: tarde, mal y nunca. Me cuesta un esfuerzo, Juana, no salir a la palestra en los diarios, para abogar porque la nueva muralla se construya en seguida, aun cuando sea sin estudiar..." Me refería Ernesto, a continuación, que cuando él había visitado el dique estaba próximo al desborde, por lo que se le estaba dando salida al agua por un orificio circular que tiene en su base. "¡Cómo se aprecia — agregaba — la magnitud de la obra aquí realizada, cuando se la contempla desde abajo! ¡La presión de la mole líquida, esa formidable presión que obsesionó mi espíritu desde que llegué! Me saltó a los ojos la medida de ella: un enorme chorro del grueso de una barrica que parte del orificio de escape con estruendo ensordecedor, revolviendo las aguas, al caer, como las pensó seguramente Dante al describir su Ponto aterrador. Alcanza hasta trece metros el chorro aludido, antes de tocar la superficie sobre que desciende. Todo un señor chorro, Juana, ¿verdad? Ni el del edificio del Congreso... Ni el del presupuesto nacional..." Seguía Ernesto con el relato de varios episodios de la excursión cuya transcripción holgaría por lo personales, y terminaba: "Empotrada en un cerro divisé una placa con la efigie del autor de esta grandiosa y audaz

obra: el ingeniero Cassaffonsth. Recordé las detracciones de que fueron objeto él y su compañero Bialet Massé, el ingeniero constructor. Recordé más todavía: que tan admirable esfuerzo fué iniciado en la gobernación de don Miguel Juárez Celman. Y una impresión de honda melancolía se apoderó de mi ser, ante tan patente ejemplo de la recompensa que obtienen en la tierra las más altas y trascendentales inspiraciones. A Juárez Celman, Cassaffonsth y Bialet Massé, comprendiéronlos más, en este episodio de sus vidas, las moles graníticas a cuyo reparo estaba, que sus contemporáneos. Esos cerros, inanimados y todo, parecen tener más alma que muchos de nuestros semejantes, porque proclaman y seguirán siempre proclamando, con elocuencia muda, que los mencionados argentinos — hayan sido lo que fueren en los demás actos de su vida — tuvieron al construir el dique una luminosa intuición del futuro de Córdoba; y porque pensaron hondo en esto, porque sufrieron y porque lucharon hasta imponer dicha obra, crecerán sus figuras en el recuerdo depurándose de la imperfección — ley de la vida — que los ciñó hasta asfixiarlos, pero que no los podrá substraer tarde o temprano a la gratitud nacional''.

Aquella tarde estuvo a visitarme Dorotea y le hice varias preguntas, a las que se excusó de contestarme. No podía hablar allí, según me dijo; en otro lugar y otra vez, era probable que se decidiera a referirme cosas de mi pasado que yo, hasta entonces, había debido ignorar, mas siendo ya una señorita, y queriendo saberlas, habría, al fin, que revelármelas.

—Pero no diga nada, querida—agregó Dorotea—de esto en que quedamos semiconvenidas. Su abuelita tiene un sistema que se vendrá por tierra si yo hablo. No estoy decidida a hacerlo todavía, pero puede

ser que me decida. Consultaré el caso. Según sea lo que me digan resolveré y se lo comunicaré.

Estas palabras conmovieron, como se imaginará, mi sistema nervioso. Estaba próxima a una revelación. Una revelación que sabía Dios las tremendas cosas que encerraba, pues tanto me había sido esquivada. Perdí el apetito durante dos días y no dormí. Llegó en buen momento, para desviarme de esa preocupación, la respuesta de Ernesto Perkins al pedido de reposo que le hiciera. Había resuelto poner fin a sus excursiones y se estacionaría en Alta Gracia. Creí que fuera todo pura complacencia a mi empeño, mas supe poco después por abuelita, a quien se lo había dicho Silvina, que al regresar Ernesto de su visita al Dique se había sentido muy descompuesto en Córdoba y había tenido un vómito de sangre. La noticia me dejó helada. De acuerdo con abuelita, telegrafiamos a Ernesto pidiéndole nos manifestase su estado. La contestación desvaneció mi inquietud. Sentíase otra vez perfectamente. Y esto vilo confirmado en una nueva carta suya que recibí por el primer correo siguiente, en la cual reaparecció pensando y describiendo con la lucidez y el garbo que eran en él la manifestación de la salud. He aquí la carta aludida: "Antes de bajar del tren, con sólo tender la mirada por las alturas festoneadas de chalets que se divisan, recíbese ya una impresión deleitosa de Alta Gracia, que la contemplación ulterior de la villa acentúa y acrece. Nótase esto, especialmente, en la contemplación de su radio antiguo, con modestas viviendas próximas al río que rodarían hasta su lecho, si se cayeran, con sólo el impulso que adquiriesen en el descenso; y con su Iglesia, convento y obraje de los indígenas, recuerdo valioso de la era jesuítica, de la que hablan al turista en Alta Gracia cada piedra y cada acequia del lugar, el lago todavía hoy existente frente al viejo convento y la muralla granítica del

primitivo dique, intentado a corta distancia del pueblo, en el lugar conocido por el Paredón. Juana: cuando esta nuestra patria aprenda a no vivir con el pensamiento puesto solamente en el presente y en el futuro; cuando se acostumbre a volver, ya que no con amor, con curiosidad, a lo menos, su espíritu al pasado, estos restos del esfuerzo inicial para incorporar nuestros desiertos de otra hora a la vida del orden y el trabajo, no seguirán, seguramente, salvándose de la destrucción por solo las mercedes del acaso. Habrá una autoridad nacional que vele por ellos, que los conserve y aun los restaure en lo mucho ya perdido, a fin de que entre también por el testimonio de los ojos el conocimiento y la comprensión de lo que fuimos y lo que hicimos en la infancia de nuestra formación social. Alta Gracia, en su parte nueva, que se extiende siempre hacia lo alto, nos da en reflejo la época presente, esta época aliada del regalo. Bellas casaquintas con todo el confort moderno, a las que sirven como de corona las amplias construcciones de un gran Hotel y Casino, dícennos que junto a la humildad surgen ya todas las ostentaciones de nuestro mundo: al lado de la quietud tradicional, el hervidero bullicioso del placer febril. Pueblan los aires los acordes orquestales de alegres danzas; adivínase por un resplandor de luces que en cierto lugar se mantiene hasta el alba, cómo allí se alzan y derrumban noche a noche los fantásticos castillos del azar: ha entrado, en suma, todo aquello a que se da el nombre de progreso, en este lugar que gobernaran siglos atrás las disciplinas de la institución de Loyola. El progreso, ¡oh, sí! que permite vivir en Alta Gracia con la comodidad y los refinamientos de las ciudades; pero que no siempre, ni siquiera frecuentemente, alcanza a reemplazar el solaz tranquilo y realmente reparador de la vida sencilla, dentro de las pragmáticas invariables de la sies-

la y la familiar cotidiana tertulia. Uno y otro espectáculo, Juana, hélos tenido ante mí, con sus atracciones respectivas, mayores en el último, doy fe; es decir, en el hogar a la tradicional usanza, llano, sin preocupación o cuidado de las apariencias vanas, amable y hospitalario; y tan reverencioso, en sus viejos troncos, de una fuerza y un impulso que fueron, como solícito, ante los tiernos retoños, de una fuerza y un impulso que serán. Bajo la impresión de tal ambiente y escenas, me ha parecido que no ha debido ser sólo por sus lomas y quebradas, sólo por la bella accidentación de su suelo, que ha sido llamado este pueblo Alta Gracia. Alta Gracia... de Dios''.

He reproducido íntegra esta carta, no sólo por ser una de las de Ernesto Perkins que con más gusto leí, sino por haber sido, además, la última que me escribió. La última ¡ay! sí. Yo estaba, una semana después, recibiendo de abuelita una lección de repostería, preparando una pasta casera en que ella era maestra, cuando recibimos un mensaje de Silvina. Había llegado Ernesto Perkins de Alta Gracia. Había llegado mal y pedía verme. Me sobresaltó tanto la novedad que no tuve fuerzas para ir de inmediato. Abuelita envió a Manuela a lo de Silvina para que trajera detalles. Ernesto había tenido otro vómito de sangre en Alta Gracia y, apenas repuesto de las fuerzas que perdiera, no había habido exigencia ni ruego que lo pudiesen contener allá. Diciendo que, pues le llegaba la muerte, no había de sorprenderlo sino entre los suyos, hízose acompañar hasta el tren y se había aparecido en lo de su padre.

Desde aquel momento pasamos, abuelita y yo, muchas horas diariamente en lo de Silvina. Esta, reaccionando de sus anteriores desabrimientos con el hijastro, cuidábalo asidua y ejemplarmente. Ernesto dejó de llamarla por su nombre propio, para decirle, a cada paso, y cariñosísimamente: ''mamá''. El se-

ñor Perkins se presentaba algunas veces en el dormitorio del enfermo, pues ya Ernesto no salía de él; pero raramente. Seguía absorbido por la vida de Club.

Una noche, estando yo sentada al lado del sillón en que Ernesto dormitaba, semiahogado a cada paso por la tos, murmuró él débilmente:

—Juana: ¿dónde están mamá y su abuelita de usted?

—¿Las llamo?

—No. Lo que deseo es saber si alcanzan a oirme.

—Están pieza por medio de nosotros, en el comedor, preparándole a usted el alimento.

—Bueno, Juana. Escúcheme usted. Yo siento que me voy.

—¡Ernesto, por favor!...

—Ya sé lo que me va a decir. Lo que me dicen todos. Que no hay tal cosa. Pero yo me conozco. Me conocí también cuando me vine de Alta Gracia. No sé si será mañana o pasado mañana, o dentro de más tiempo. Pero esto se acaba, Juana, se acaba.

Respiró fatigado, sin que yo le contestara nada, pues me sentía temerosa de que al articular cualquier palabra me fuera a salir un sollozo, y continuó:

—Juana: me vine de Córdoba porque me desesperaba la sola idea de estar en este trance lejos de usted. Todo, todo lo demás de la existencia, me cuesta poco dejarlo. Pero a la amiga de mi infancia, a la que jamás tuvo para mí sino preferencias y afecto, a esa no me conformo con tenerla lejos, muy lejos, no puedo conformarme, no puedo. Alcánceme, Juana, la poción. Me viene la tos y acudirá en el acto mamá.

Alcancéle lo que pedía, muda siempre, y siguió Ernesto:

—Prométame, Juana, que cuando esto haya terminado rezará usted por mí; rezará mucho y siempre.

Dicen que las oraciones por los muertos llegan. Yo soy creyente, usted lo sabe. Creo en eso y en lo demás. Me he confesado. Recibiré también el Viático. Cuando esté en la otra vida llegarán a mí sus oraciones, como a los desterrados las cartas de los amados distantes.

Golpes secos de tos sacudieron su pecho al decir esto. Silvina y abuelita no los oyeron, porque el pobre se esforzó mucho en dominarlos.

—¿Me promete, Juana, lo que le he pedido?—insistió Ernesto.

—Sí, sí, Ernesto—contesté—No necesitaba reclamármelo. ¿Cómo ha podido?...

No me dejó terminar.

—No está uno seguro de estas cosas, mientras no oye formalmente sellado el compromiso. Juana: si se casa usted, cuéntele a sus hijos que en los albores de su vida tuvo un verdadero amigo. Lleve o haga llevar flores a mi tumba, muchas flores...

La tos, que había estado Ernesto conteniendo, atacólo con violencia inusitada. Vinieron Silvina y abuelita, prodigámosle, entre las tres, las atenciones del caso y aquél adiós lacerador quedó truncado.

No se reanudó más, porque agravándose momento por momento el enfermo, exhaló tres días después el último suspiro, luego de haber arreglado, como un justo, cual me lo anunciara, todos sus asuntos con Dios.

CAPITULO IV

La revelación de la nodriza

La muerte de Ernesto Perkins fué para mí un golpe muy recio. No podía separar de mi pensamiento el recuerdo de aquel infortunado amigo, tan digno de mejor suerte tanto por su bondad cuanto por su inteligencia. Sólo encontraba consuelo en la oración, que bajo la sugestión de su tierna despedida parecíame me comunicaba con él. ¿Lo había amado yo a Ernesto? Ahora mismo que han pasado varios años del suceso y puedo pensar sobre el particular tranquilamente, no podría decir si fué el amor el que nos vinculó. Para amor, paréceme que le faltó a mi sentimiento vehemencia, entusiasmo; empero para amistad, fué demasiado el grande interés de varios años de mi vida que me inspiró su persona. ¡Pobre Ernesto! Tu ausencia dejó en mí, un vacío que con nada después me ha sido posible llenar.

La postración que me dominó en el período subsiguiente a su pérdida, llegó a inquietar a abuelita, que no me dejaba sola un instante y me llevó a dormir a su cuarto. Silvina, en esos días, visitó nuestra casa con asiduidad desusada. Me tocaba la frente a cada paso en exploración de mi temperatura, me interrogaba sobre si dormía o no, y si comía, y me hacía mil recomendaciones de cuidarme. Era visible que la preocupaba mi estado. Silvina conversaba mucho con abuelita a cierta distancia de mí. La oí una vez que se empeñaba en

que me hiciese ver por algún médico. Pero yo no tenía enfermedad ninguna, lo sabía mejor que nadie. Lo que tenía era sólo una gran pena. No me llamaba la atención nada de la vida: Dorotea misma, que me visitó varias veces, hubo de retirarse todas ellas sin poderme sacar una muestra de interés en su persona ni en su conversación. Y, sin embargo, entre ella y yo había mediado un diálogo reservado que debía reanudarse. Yo no lo había olvidado. Pero, por aquella época, si me hubieran anunciado que se iba a desplomar el firmamento sobre mí, ello me hubiera encontrado igualmente indiferente.

Un día que había regresado del cementerio, a donde me dirigía con frecuencia para cumplir con lo que me pidiera Ernesto antes de morir: que llevase flores a su tumba (lo que hacía siempre después de ofrecer una comunión por él, que me parecía valía más y le sería de mayor provecho) encontré en casa a Silvina en conciliábulo como otras veces, con abuelita. Reclamóla a ésta la presencia de Benito el mayordomo, el ex mayordomo, mejor dicho, quien luego de haberse ido a sus pagos, volvía a Buenos Aires, siempre por el asunto de su pensión, aun no arreglado. Silvina y yo quedamos solas.

—¿Del cementerio? — me preguntó.

—Sí, y de encomendar a Dios al pobre Ernesto — le contesté.

Silvina acercó a mí sus labios y me besó en la frente varias veces, al mismo tiempo que pasaba por mi cuello su brazo derecho, para que descansase en él mi cabeza.

—¿Lo querías mucho, verdad? — díjome bajando la voz.

—¿A Ernesto? ¡Cómo no quererlo, habiendo sido lo que fué siempre conmigo!

—De manera que tú no puedes querer a quienes no han sido contigo lo que él...

Comprendí que se refería a ella misma y no quise que tuviera de mí un motivo de queja.

—También a tí te quiero, Silvina — le dije — En un tiempo, tal vez no me comprendiste; o yo fuí desapegada de tí... Ahora no. Y estoy contentísima de ello. Yo sufro, Silvina, si tengo que no querer.

—¡Pobrecita! — dijo Silvina y me volvió a besar — Quiéreme mucho, mucho. Como yo te he querido en todo tiempo, aunque las apariencias no siempre te lo hayan dejado ver. Vale más que deposites tu sed afectiva en las personas de tu sexo. ¡Ah, el cariño a los hombres! Hay que llorarlo amargamente las más veces. El dolor que te llena ahora es para mí bendecible, porque me hace esperar que para tu corazón haya muerto el amor. Juana, Juanita mía: no quieras a hombre ninguno...

Dióme otros besos Silvina y, como volviera abuelita, terminó la escena. Todo eso era raro, extraordinariamente raro. ¿Por qué Silvina, de improviso, se había transformado tanto en lo que me concernía?, ¿y por qué sus palabras, reveladoras de tan grande decepción, y de tan solícito interés por mi suerte en la vida? Sentí nuevamente que golpeaba a las puertas de mi espíritu el deseo de penetrar en las brumas que me envolvían. Como aquella tarde debía visitar a las de Estévez, me propuse aconsejarme de Celina y así lo hice. Celina, que era mujer de muy práctico criterio, adújome reflexiones que me hicieron bastante fuerza en el sentido que ella deseaba.

—El misterio... el misterio — me dijo — Nos rodea en todas partes y en todo momento, desde que nacemos. Pretender la plena luz, es colocarse en el camino de una existencia de mortificación pe-

renne. Preferible es la conformidad con las cosas como son o están para cada cual. Una no lo sabrá todo, pero tendrá en cambio paz.

Distrájonos en lo mejor de esta conversación la llegada de un antiguo compañero común de la infancia: Alberto Ordóñez. En los albores de la adolescencia habíame hecho la corte. A mí me había sido siempre simpático; pero no se sabía nada en Buenos Aires de su familia y era muy pobre. Las chicas de mi edad, todas lo tenían en menos. Se necesitaba valor para desprenderse de la presión del ambiente y yo no lo tuve. Después, el muchacho había concluído su carrera; se había recibido de abogado y, aunque muy joven, ya descollaba. Me fué placentero el reencuentro. Luego de recorrer todos los temas, recayó la conversación en una niña con la cual dióle bromas Celina. Alberto confesó la verdad: estaba entendido con ella; la haría pedir a la semana siguiente por uno de sus amigos, ya que no tenía padre ni madre, tanta había sido su desgracia en el ingresar del mundo; y confiaba en que sería feliz. Alberto tejiónos en seguida el elogio de su amada, rubia, delgada y alta, según nos dijo, de la principal sociedad y todo un estuche de primores desde el punto de vista de la mujer para el hogar. En sus palabras noté un particular acento o "retintín". Era como si me dijese con él: "tú no eres rubia, tú no eres delgada, tú no eres alta, ni de tan gran familia". ¡Ah! Todo lo que yo habría querido ser. Parecía que Alberto hubiese leído en lo íntimo de mi alma. Si había habido un propósito vengativo en aquellas palabras, no le había fracasado a Alberto Ordóñez. Se había tomado su desquite. Sentíme más descontenta que nunca de ser como era.

Abuelita había quedado en esperarme en lo de Silvina y a casa de ésta me hice conducir en el auto de

las de Estévez, una vez que terminé mi visita. No estaban ni abuelita ni Silvina en la casa: todavía no habían regresado de una salida "a compras" que combinaran al encontrarse. En cambio, ¿a quién se figurarán ustedes que encontré en lo de Silvina? A Dorotea, mi nodriza, la cual conforme supo que yo había llegado vino en mi busca. Que conociese Dorotea a Silvina no podía extrañarme; y tampoco que la visitase: era una mujer muy ligada a toda la familia nuestra. Pero, con la confianza que tenía en la casa, según pude observarlo, ¿cómo yo no la veía jamás allí?

Me habían ofrecido té, y estaba tomándolo en el comedor acompañada de Dorotea, cuando ésta me dijo:

—¿Sabe, niñita, que hice la consulta?

Estaba muy lejos en ese momento de la conversación que habíamos tenido antes con mi nodriza; y así le pregunté instintivamente a qué consulta se refería.

—Aquélla, niñita, sobre si la podía enterar a usted de su pasado.

Ya no pude tomar el té y fuí toda oídos:

—¿Y...? — dije con una ansiedad que en vano hubiera querido disimular.

—Tengo la autorización que necesitaba, con el compromiso solamente de prevenirle a usted que, si yo hablo, es porque usted lo quiere así y me lo reclama.

—Sí, sí. Quiero saber. Hable, pues, Dorotea. Concluya, por favor, con las nebulosidades acumuladas en torno mío.

—Niñita: no me vaya a descubrir ante su abuela ¿eh?...

—¡Pero, Dorotea! Ni que fuera yo una nena...

—Siempre es bueno prevenirse. Bien, niñita. Usted cree, ¿no? que el general fué su padre...

—Así me lo han dicho siempre.

—Bueno. El general no fué su padre de usted.

—¿No?...

Sentí que me mareaba y me así, con mano nerviosa, del respaldo de la silla en que estaba sentada.

—Si se va usted a impresionar, será mejor que no siga, niñita. Yo no quiero que después me hagan cargos...

—No, no, Dorotea. Continúe. Le prometo dominarme. Si no fué mi padre el general ¿quién lo fué?

—Un señor que usted no conoce. Yo, a lo menos, creo que no lo conoce. Un señor muy rico y que está todavía soltero, que es a quien he consultado yo antes de decirle todo esto. El mismo que, hace muchos años, visitaba en una casa de familia. porque estaba para casarse. La novia, muy jovencita, ciega en las cosas de la vida; y él, hombre como la mayoría... Se produjeron sucesos que no debieron haberse producido, y el resultado fué usted, niñita; usted, inocente de todo...

—Pero, ¿quién, quién, Dorotea, aquel señor, el novio, mi padre?

—El señor Dormal. Don Santiago Dormal.

Instantáneamente recordé la tarjeta que recibiera del caballero que fué en busca de abuelita, sus preguntas, su intento de acercarse afectuosamente hacia mí, la severidad de abuelita cuando me ordenó los dejase solos, y las palabras de ella, poco después, respecto a que el señor Dormal había hecho en nuestra familia grande daño. Recordé también las actitudes de Leonor, no invitándome a su baile y no queriendo presentarme a sus dos señoronas amigas. No era yo una hija como mandan Dios y la ley. Bajé la cabeza y me eché a llorar. Dorotea me contemplaba en silencio, sin atinar a nada. Tenía la alarma pintada en el semblante. Parecía pensar: ¿para qué habré hablado? Al cabo de unos minutos quiso tentar un cambio de la situación y dijo:

—Niñita: tengo encargo del señor Dormal de decirle que anhela verla y a menudo, estando dispuesto, al efecto, a presentarse donde usted disponga...

No pude contener la ansiedad de que estaba rebosante mi pecho, y, poniéndome de pie, corté la palabra a Dorotea, diciéndole:

—El otro misterio, el otro. ¿Por qué el general pasó como padre mío? Mi madre, ¿quién fué mi madre?

La imagen de Silvina, que penetraba en ese instante a su tocador, dibujóse en el cristalero que tenía a mi derecha y la mirada de Dorotea me dió la respuesta aclaradora.

CAPITULO V

Cómo había sido mi padre

Por más que me esforcé por aparentar tranquilidad, cuando aparecieron en el comedor abuelita y Silvina, ambas adivinaron que me pasaba algo. Debía de estar sumamente pálida. Por el cuerpo me corría un sudor frío que me hacía temblar.

—¿Qué tienes?—me preguntó abuelita.

—No sé que será—repuse.—El té un poco frío, tal vez... Lo estaba tomando y me ha venido esto.

Silvina probó una cucharadita de la taza que tenía yo delante.

—Helado—exclamó y tocó el timbre. Su semblante se había puesto adusto. Podía tenerse la certidumbre de que no la esperaba un buen momento a la mucama.

En cuanto a mi abuela, con más experiencia de la vida, adivinó mejor el motivo de lo que ocurría. Fijó una mirada inquisidora en Dorotea y le preguntó:

—¿De qué han hablado?

—Le refería un accidente que hubo de pasarme hoy en el tranvía. Casi me mata al bajar. ¡Figúrese! Se habrá impresionado la niñita.

Abuelita no pareció convencida, porque indicó a Dorotea imperativamente el segundo patio, al fin del cual estaba la cocina. Hecho eso, se acercó a mí y me llevó a un sillón del tocador de Silvina, donde entre las dos me arroparon. Alivióme esto, pero seguía con el cuerpo cortado. Llevada a casa pasé sin levantarme tres días. Silvina, contra los

procedimientos afectuosos que venía siguiendo a mi respecto, no había aparecido por casa desde la tarde en que me descompusiera en la suya. No tomó ya esto para mí el carácter de lo incomprensible. Debían sospechar, ¡oh, sí!, tanto abuelita como ella, de alguna indiscreción de Dorotea: suponía seguramente Silvina que yo había sido informada de mi pasado, y la vergüenza, la confusión, debían originar su ausencia. Así pensé, al propio tiempo que una voz interior me gritaba: "es tu madre, tu madre". ¿Los hijos tenemos el derecho de llamar a juicio a nuestros padres? ¿No nos corresponde aceptarlos como son para darles aquello de que le somos deudores: nuestro cariño? ¡Lo que sufren los padres por sus hijos! ¡Lo que había sufrido Silvina por mí! ¡Cuántas torturas morales que yo ni presumir había podido, explicaban su conducta de otros días para conmigo! El amor al ser que llevara en sus entrañas, en lucha con el pregón que podía resultar él de una deshonra que para las mujeres que se estiman, equivale a la muerte. Las expansiones del corazón, los gritos mismos de la naturaleza, ahogados en defensa de un secreto, merced a cuya guarda rigurosa había podido encontrar quien le diera su apellido y formara con ella hogar. Todo eso pasó por mi imaginación y me decidió. Abuelita se había acercado a mi lecho trayéndome una taza de chocolate.

—¿Y Silvina? — le pregunté, mientras la complacía fortaleciéndome.

—No sé qué le habrá pasado. Estará enferma. O no habrá podido venir. ¿La querrías ver?

—Sí, abuelita. Hazle saber que he preguntado por ella.

—¿Nada más?

—Sí; también más. Que deseo verla.

Dos horas después entraba a casa Silvina. Lo supe por Manuela. Pero tardó en pasar a mi dormitorio. Se quedó largo rato conversando con abuelita en la sala. Por fin vino abuelita y se puso a arreglarme la cama.

—Está Silvina — me dijo de improviso.

—Lo sabía. ¿Por qué no pasa?

—Está concluyendo una carta de urgencia. ¿Quieres que vea si ha terminado?

—Sí, abuelita.

Abuelita no se decidía. Daba vueltas y vueltas en la pieza, con distintos pretextos. Era evidente que deseaba decirme algo y no se atrevía. Salió al fin, luego de mirarme varias veces, para volver en seguida con Silvina. No entró con ella, sino que se quedó en la habitación contigua. Algo más significativo aún: cerró la puerta de comunicación, dejándonos solas a Silvina y a mí.

¿Qué le pasaba a Silvina? Tenía la faz demudada; los ojos como saltados; el paso inseguro.

—Juana, Juanita... — murmuró más que dijo.

Yo le tendí los brazos y la estreché fuertemente, fuertemente, contra mi corazón. ¿No valía esto más que las palabras? Como si con aquel abrazo se le desapareciese una grande angustia, Silvina recuperó su aspecto normal.

—¿Te sientes mejor, querida?—me preguntó.

En ese momento yo no podía decir lo que pasó por mí. Un sentimiento indecible, mezcla de júbilo y de dolor, rebosó de mi pecho y buscó el cauce que sólo podía encontrar en las lágrimas. Volví a abrazarla a Silvina de la misma manera que al verla, y lloré sobre su seno varios minutos, con llanto nervioso y ahogado que, sin embargo, me hacía bien, me quitaba una opresión asfixiante que me molestaba desde la tarde de la revelación.

—¿Piensas levantarte hoy?—me dijo Silvina cuando observó que pasaba mi crisis; y me lo dijo con la imperturbabilidad más grande, cual si no tuviera la más leve idea de las causas que la producían. Tanto estaba habituada al dominio de su sensibilidad.

—Sí — repuse, agregando — Hazme el favor de llamar a abuelita.

Y eso fué todo lo que medió entre Silvina y yo, después de conocido por mí el gran secreto de su vida y la mía.

Cuando me sentí bien del todo, me acordé de Dorotea. ¿Cómo no había acudido ni a informarse de mi salud? En una de las primeras salidas que hice, lleguéme hasta su domicilio. La pobre mujer estaba muy afligida. Abuelita le había indicado la tarde misma que la encontró en lo de Silvina, que era mejor no fuese por casa hasta que le diese aviso ella. No le había dado aviso ninguno y por eso no había ido.

—La señora me trató mal esa tarde, niñita — continuó Dorotea—Sus palabras no dijeron mucho, pero en cambio el tono de su voz y la dureza de su mirada... !

—Le habrá parecido a usted Dorotea. Ya verá como no hay nada de eso.

Esta respuesta mía no la convenció a Dorotea.

—Yo la conozco mucho a la señora, niñita — continuó — Quisiera equivocarme pero estoy convencida de haber perdido su confianza. Y yo no podía hacer sino lo que he hecho. Su señor padre de usted tiene derechos sobre usted. Me había llamado varias veces para pedirme diese el paso que dí. Creía que ya estaba usted en edad de saber la verdad de su origen. Decía que una cosa era haber renunciado a la compañía de usted y otra, ya intolerable, que ni supiese usted que tenía padre. ¡Y las obligaciones mías con el señor Dormal! Yo, es verdad que le debo atenciones y servicios a su abuelita; pero también

al señor Dormal. En todos los apuros que he tenido, apenas me he dirigido a su hermana, la señora Elena, he sido ayudada. Ella tenía órdenes del señor Dormal en ese sentido. Y todo por haberla criado a usted, niñita, nada más. Otra clase de servicios no le he prestado. De manera que ha sido usted, niñita, la bendición para este pobre hogar.

Yo oía a Dorotea con poca atención. Me preocupaban varias preguntas que deseaba hacerle: ¿por qué mi padre no se había casado con Silvina? ¿por qué, después de cinco años, no me había llevado con él, no lo había intentado a lo menos? ¿No se desprendía de cuanto me había sido referido que mi padre me tenía presente en sus recuerdos, esto es, que no era un padre desamorado?

Hechas por mí todas estas preguntas, Dorotea me contestó:

—Quien podría responder, sería Benito. Me consta que lo sabe todo. Era el hombre de confianza del general, cuando se produjeron los sucesos. Lo había acompañado en todas sus campañas militares. Le diré, niñita, que usted quiere ser informada. Tal vez con usted no guarde la reserva que con nosotros, no obstante ser sus parientes.

Requirióme después Dorotea mi decisión sobre la invitación que me había hecho mi padre para encontrarnos. Precisómela más a ésta: el señor Dormal había indicado hasta la forma del encuentro o los encuentros. Me llevaría ella misma, Dorotea, a casa de la señora Elena, que vivía sola.

—No me he decidido aún—dije a Dorotea.

Y me retiré, dispuesta a hablar con abuelita. A espaldas de ella no haría nada, no. Si estaba mi padre de por medio en el asunto, no podía olvidar que con abuelita había pasado yo la mayor parte de mi vida y que nadie tanto como ella había demostrado quererme de veras. Varias veces estuvo a punto de salir de

mis labios la consulta, pero no me atrevía. ¿Cómo recibiría abuelita aquellas novedades? Llegaba el momento de hablar y se me ahogaba la voz en la garganta. En las tentativas que realicé para hacerme la encontradiza con abuelita ya en el patio, ya en la huerta, ví que Benito se me acercó varias veces pareciendo querer hablarme. Debía estar acechando, como yo, su oportunidad.

Llegó ésta para entrambos. La mía con abuelita, en la forma más inesperada. Estaba yo arreglando unos floreros en el comedor y se aproximó ella a mí, no yo a ella, y me dijo:

—Noto, Juana, que andas queriendo decirme algo. He pensado mucho estos días sobre tu situación. No tengo derecho para privarte de que lo veas. Tienes pues, mi autorización.

—Pero, abuelita, ¿quién le ha dicho?...

—Los años enseñan a leer en los corazones, querida mía. Yo estaba segura de que no darías ese paso, a escondidas de mí. He seguido momento por momento tus vacilaciones. Juana: gracias. Eres leal con tu abuela. Así tenía que ser.

Salí de la confusión que esto me trajo, como mejor pude. Y mi abuelita terminó:

—Lo único que te pido, es que hagas las cosas con prudencia y con sigilo. Cualquier ligereza tuya, podría para *alguien* ser fatal.

Dicho esto, abuelita me dejó. Quedé pensativa largo rato y medí una y otra vez los alcances de la antecedente prevención, que comprendí perfectamente, huelga decirlo. Luego me vestí para salir. Era el día que acostumbraba llevar flores a la tumba de Ernesto Perkins.

—¿No le hará falta ayuda, niña? — me preguntó Benito, viéndome salir.

—Gracias, Benito. Hay siempre hombres en el cementerio que se prestan para el efecto.

—Es que puede evitarse eso, si usted quiere. Yo iré por otro lado y la buscaré a usted allá.

—Bueno — repuse, adivinando que lo que deseaba el ex mayordomo era... una ocasión.

Se demoró bastante Benito en llegar al cementerio. Había terminado yo mi tarea, y me preparaba para retirarme, cuando se presentó él.

—Tiene que disculparme niña — me dijo — El tranvía tuvo una larga detención.

—No importa, Benito. La buena voluntad se agradece siempre.

—¿Tendría inconveniente, niña, en que la acompañase unas cuadras?

—De ningún modo. Mucho gusto, al contrario.

Y echamos a andar cruzando el paseo de la Recoleta.

—Es que... niña...

Benito se calló, sin saber cómo entrar en materia.

—Le ahorraré trabajo, Benito — díjele, siguiendo instintivamente los procedimientos de mi abuela — Usted ha hablado con Dorotea.

—Es verdad.

—Debe conocer entonces lo que me interesa a mí saber por medio de usted.

—Sí, niña. Pero yo quería advertirle una cosa. Que no ha salido hasta ahora de mis labios lo que le voy a referir. ¡Pobre general! Así se lo prometí y lo he cumplido. Pero usted es interesada directa. No debo yo llevarme a la fosa todo aquello que supe. El general mismo, me parece, aprobaría si viviera.

—Así también lo creo yo.

—Pues... niña, cuando la desgracia... Vea, niña, no caminemos. Es mejor. Aquí hay un lugar retirado y un banco. ¿Por qué no se sienta usted?

Nos sentamos y continuó Benito:

—Cómo llegó a conocimiento del general lo que había pasado entre la niña Silvina y el señor Dormal, yo no lo sé. Eran novios. La familia estaba en la

estancia y allí iba con frecuencia el señor Dormal, quedándose días y semanas. La señora del general estaba muy delicada de salud. Padecía de una enfermedad del pecho y pasaba en cama la mayor parte de los días. Una noche en que se había recibido la noticia de que a la mañana siguiente llegaría el novio de la niña Silvina, el general me llamó a su escritorio y me dijo: "Benito, mañana, cuando regrese el coche de la estación, haz que le cambien la yunta, poniéndole la más veloz entre las que hay aquí; hecho eso me avisas y me esperas en la sala de armas. De todo esto, como de lo que después veas, ni una palabra a nadie ¿oyes?". Cumplida la orden que se me impartiera, fuí al día siguiente a dar aviso de ello al general, quien me dijo condujera al visitante, el novio de la niña Silvina, al lugar en que me había dicho lo esperase. El señor Dormal, que se paseaba por el parque de la estancia, me siguió y cuando llegamos a la sala de armas ya estaba en ella el general, quien saludando secamente al recién llegado, cerró por su propia mano todas las puertas. "Señor Dormal — le dijo — ha abusado usted de la amistad y de la hospitalidad. Estoy al cabo de todo y huelgan las palabras. Va usted a responder de su conducta en esta habitación. Tengo derecho a la elección de armas por ser el ofendido, pero se la cedo por si resultar pudiera alguna desigualdad". El señor Dormal quiso formular explicaciones; pero el general no se las consintió. "Ha arrojado usted una mancha sobre el honor de los míos — repuso. — Eso no se repara, según mi escuela, sino con sangre. La suya, para escarmiento y lección de truhanes; o la mía, por no haberme sabido prevenir. ¿Qué prefiere usted? ¿El florete? ¿El sable? ¿La pistola? No tendremos sino un padrino: este buen hombre que nos acompaña. Ha estado siempre a mi servicio; pero yo lo desligo en este momento de toda obligación para conmigo: será tan padrino de

usted como mío. Sabrá hacer honor a su cometido porque ha sido y es militar". El señor Dormal se había cruzado de brazos y no contestaba nada: "He oído a usted mismo — continuó el general — que era muy diestro en el sable. ¿No quiere usted elegir? Elegiré yo. Vengan los sables, Benito". Los alcancé y se pusieron en guardia los dos. A mí me pareció que el señor Dormal lo hacía desganadamente, sin intención de luchar. El encuentro sólo duró segundos. Fuera que el señor Dormal no quisiera defenderse, fuera que el general lo aventajase en el manejo de aquella arma, es lo cierto que el último cayó por tierra bañado en sangre. En ese mismo momento sintiéronse golpes a la puerta. El general abrió. Era su señora abuela de usted, angustiada y sollozante. "Ahí queda eso", dijo el general y corriendo hacia el coche, que estaba pronto, abandonó la estancia. Su señora abuela contempló el coche que se alejaba, exclamando a tiempo que se agarraba con entrambas manos la cabeza: "¡Oh, los hombres! ¡los hombres!"; y me ordenó luego la ayudase a colocar el herido en un sofá próximo. Curólo con los grandes conocimientos que en eso tenía, sin ocultar el cuidado que le inspiraba, pues tenía abierta la cabeza de un hachazo y estaba sin conocimiento. A las tres horas sentimos el ruido del coche de la estancia que regresaba. Venía en él el general, que no había huído, según pudo pensarse, sino se había dirigido al pueblo más cercano en busca de un médico. Permaneció este último en la estancia todo el tiempo que requirió la asistencia del herido, que fué cerca de un mes, durante el cual tuvo el estado del señor Dormal alternativas muy inquietantes. Pero en definitiva salvó. El general en persona lo condujo hasta esta ciudad de Buenos Aires, conforme fué posible. El señor Dormal después se fué a Europa, donde se estableció. Antes de ausentarse, el señor Dormal habló con su abuelita de usted, a cuyos so-

lícitos cuidados en principalísima parte debía la vida y prometióle que no haría valer sus derechos de padre sobre usted, cuando viniese, los cuales se los transmitía a ella en agradecimiento a tan grande favor.

Escuché a Benito todo su relato, sin interrumpirlo una sola vez. Decir la impresión que me causó, está de más, pues pueden suponerla por sí solos los que me lean. Sólo al ver que terminó el ex mayordomo, di salida a mi preocupación por la incógnita que me quedaba todavía planteada, preguntándole:

—Pero ¿por qué, por qué no se casó mi padre con Silvina?

—El médico que asistió al señor Dormal — me contestó Benito — lo interrogó al respecto y él no dijo sino esto: que si había faltado a la familia del general, esa falta estaba saldada porque la había pagado con su sangre. El general no se movió de la estancia, terminado ese verano. Pasó en ella el invierno con los suyos, bajo el pretexto de la necesidad de aire puro que tenía su esposa. Llegó usted... pocos días antes del fallecimiento de la señora del general; y ella, que murió del pecho, apareció perdiendo la vida al dársela a usted.

Dijo el ex mayordomo y se levantó del banco. Yo hice lo mismo. Noté que mis piernas flaqueaban. Habían sido fuertes las impresiones de aquella mañana. Pero dominé la situación con un esfuerzo de voluntad. Y quedó flotante en mi espíritu esta idea: ¿qué habría hecho mi padre, si no lo hubiera tratado el general como lo trató?...

CAPITULO VI

La primera entrevista

Celina se presentó en casa a buscarme, con un "programa" que no podía estar mejor combinado. Era domingo. Palermo, después de la misa; almuerzo luego con varios jóvenes invitados, entre ellos Alberto Ordóñez; uno de los grandes clásicos del año a las 4 en el Hipódromo Argentino y, por la noche, el Colón. Excuséme de acompañarla y ella insistió. Pero todo fué inútil. El día aquel no me movería yo de casa por ningún concepto. La razón, no podía dársela a Celina. Debía salir con Dorotea. Ya se adivinará a dónde.

Fué puntual mi nodriza y poco después del almuerzo pusímonos en marcha rumbo a la residencia de quien ella llamaba "la señora Elena". Era un edificio moderno con jardín al frente, no obstante el céntrico lugar en que se levantaba. El interior guardaba relación con este detalle, que denotaba la abundancia. Un vestíbulo enorme con una gran percha y sillones que convidaban al reposo, daba acceso a las salas de recibo, que eran tres, todas lujosa y bellamente amuebladas. Esperamos breves segundos, y un sirviente hízonos pasar al escritorio. Estaba ahí Elena Dormal, rodeada de libros y revistas, que eran según no tardó en decírmelo, los amigos que le habían quedado de su paso por el mundo. Hízome Elena una recepción afable, pero no desprovista de la etiqueta que lo súbito del conocimiento de mi persona

pedía. Dorotea pasó a las otras dependencias de la casa y quedamos solas. Me examinó mucho Elena, mientras me preguntaba por mi salud y la de los que me rodeaban, así como por mis costumbres e inclinaciones. Ya la había informado su hermano de mí. ¿No lo conocía yo a él? Le referí el encuentro en lo de abuelita.

—Sí, cuando fué a reclamarte... — dijo ella, agregando en seguida — Perdone, señorita; se me ha escapado el tratamiento familiar...

—Que le ruego siga usando, señora...

—Sólo que estuviéramos a la recíproca. Yo no puedo ser señora para ti, Juana. Permíteme que te llame por tu nombre. Es pronunciado hace mucho tiempo en nuestras conversaciones con Santiago. Y al fin y al cabo, soy tu tía. Llámame tú también por el mío.

Comencé desde ese momento a simpatizar con Elena, que luego me refirió muchas cosas para mí de gran interés. Santiago, su hermano, que no parecía capaz de preocuparse de nada fuera de sus negocios y de sus viajes, había tenido siempre una especie de obsesión en lo que me concernía. Estando en Europa, no había dejado pasar ningún correo sin hablarla de esa hija suya que el mundo ignoraba y de las noticias prolijas que ella, Elena, le transmitía a mi respecto, informada al efecto por Dorotea. Cómo había producídose ese caso, Elena no había querido nunca investigarlo. Sabía lo que eran los hombres, especialmente los dotados de una gran posición, como su hermano, y que no habían tenido la suerte de formar hogar jóvenes. Producidos los hechos, holgaba a su juicio el conocimiento de las personas actoras. ¿Quién había sido mi madre? Ni lo sabía, ni se interesaba por saberlo. Santiago habíale hablado de ella como si hubiese muerto. Mejor que fuera así. La maternidad que no puede confesarse, debía ser para una mujer

el mayor de los suplicios concebibles. Pero su hermano Santiago, sin ser un santo, ni siquiera un hombre de costumbres correctas — por eso no había vivido ni vivía con ella — tenía esa cuerda sensible que acaso algún día fuese su salvación: la hija que no podía ver a su lado, a la que ni hablar le era dado, y a la cual no podía olvidar. Por todas las enunciadas circunstancias, felicitábase Elena de conocerme. Me adivinaba buena. No podía ser sino buena quien tenía mis ojos y mi aspecto. Esperaba que cultivaría con mano primorosa la flor delicada crecida, con el cariño por mí, en el corazón de su hermano. Un hombre de muy apreciables cualidades, por lo demás — agregó — que no tenía vicios repugnantes, inteligente, ilustrado, que trabajaba intensamente pudiendo pasárselo entregado a la holganza y que...

No pudo concluir Elena, porque Santiago Dormal, mi padre, apareció en el escritorio. Inclinóse ante mí y me extendió la mano sonriente; pero no sé lo que vería en mi semblante, algo sin duda que lo animó, porque como obedeciendo a un impulso impensado, echóme los brazos, en los que yo caí con mi alma entera, porque aquella mirada que me dirigiera en lo de abuelita había vuelto a aparecer en sus ojos y ella ejercía sobre mí la acción del imán.

¡De qué no conversamos en el tiempo que se siguió! Solos los dos, porque Elena, pasado un momento, pretextó un motivo cualquiera y se retiró, hablamos largamente. Para referir toda nuestra entrevista, tendría que llenar infinidad de páginas. Básteme, pues, anotar lo que requiere ser encadenado con lo ya escrito.

Hablamos, entre otras cosas, del motivo de la visita que hiciera mi padre a abuelita.

—Yo quería, Juanita, tenerte conmigo — me dijo — A cierta edad de la vida ya nada la llena. Los

mismos negocios no bastan. Siempre, siempre, ya te lo habrá dicho Elena, había pensado en ti. Pero tenía contraído con tu abuela un compromiso... ¿Lo conoces?

Tuve la tentación de decir que no, con lo que podría, tal vez, llegar a saber más de lo que sabía. Empero, me repugnó el engaño. No podía olvidar que era con mi padre con quien estaba hablando. Díjele, pues, que sí conocía la existencia de aquel compromiso.

—Bien—prosiguió él —Yo no habría vuelto jamás sobre mi palabra, a no haber surgido una variante grave en el estado en que se hallaban las cosas y que todo auguraba sería permanente cuando el compromiso se selló. La estancia de tu abuela fué sacada a remate; lo que denunciaba que su posición no era la de antes. Esto lo confirmé por otros conductos. Podías tú serle gravosa; y aún cuando así no fuese, dejarías tú de tener el porvenir tranquilo que yo imaginé te estaría asegurado. Fuí, pues, a ver a tu abuela al día siguiente de haber tomado posesión de su estancia, que a raíz del remate había pasado a ser mía...

Hice, al oir esto, un movimiento de sorpresa. Nada que me hubiera permitido vislumbrar tan siquiera quién había sido el comprador de la estancia, había llegado hasta mí.

—La compré por varios motivos—siguió diciendo mi padre, dándose cuenta, al parecer, de mi impresión —En primer lugar, y ante todo, la estancia de tu abuela se iba a bajo precio. Estas operaciones siempre me han agradado. Luego, aquella estancia tiene para mí muchos recuerdos de días que no volverán, por lo que sólo me queda el recurso de su evocación, para la cual nada hay tan eficaz como ella misma. Por último, había concebido un plan que es el que me llevó a lo de tu abuela. Ella no te podía dar esa estancia, como seguramente fué su propósito. Te la

daría yo, pero viviendo tú conmigo, reconocida por mí como hija ante toda la sociedad; no, de ninguna manera, en otra forma... ¿Te comunicó esto tu abuela, Juanita?

—Ni entonces ni después hemos hablado jamás de esas cosas.

Mi padre reanudó su relato:

—Tu abuela rechazó de plano mi proposición. "Ya hizo usted una vez nuestra desgracia", me dijo, y agregó: "en su mano está también hacerla ahora, arrojando a la murmuración nuestro nombre. Hija suya Juana; de usted ¿y de quién? La sociedad se cebará en el asunto, con su saña conocida. Señor Dormal: puede usted obrar como le plazca; la ley le dará la razón. Pero no cuente con mi consentimiento. Tendré también que arrepentirme de haber creído en la promesa que me hizo. Sea, si Dios lo quiere así". Era tan digna y reflejaba un tan resignado dolor la actitud de tu abuela, que me sentí vencido. Estoy muy hecho a luchar en la vida; mas ciertas cosas me desarman. Desistí en ese mismo instante del propósito que abrigaba y quise demostrar a tu abuela que, si había pensado mal de mí, había estado en error. No solamente dejaría que todo siguiese como estaba—dije — sino que te escrituraría a ti la estancia, y ella, tu abuela, como tutora tuya, la administraría. "El dinero — me contestó — sirve para mucho, señor Dormal; pero no puede borrar la mancha que nos acompaña y separa de usted desde que tuvimos la desgracia de recibirle como amigo. Por mi parte duermo tranquila en mi escasez, que no ofrece al difamar social blanco ninguno. Ignoro si dormiría lo mismo, de otra manera. Pero yo no quiero causarle perjuicios a Juana. La enteraré de todo, si usted lo desea, y será ella quien decida. Bien entendido, eso sí, que si aceptara el regalo, habría de aceptarlo con la compañía de su padre para todo lo restante de sus días". Jua-

nita: tienes una gran abuela; en mi rodar por la existencia he visto caer ante la moneda la más altas torres del carácter y de la dignidad. Aquélla a cuyo lado te has formado, ojalá te haya infundido su escuela.

—¡Pobre abuelita!—repuse, y la envié mentalmente las efusiones más copiosas de mi admiración y de mi amor.

—No podía yo, no, amargar aquella vida—continuó mi padre.—Era preferible que me impusiese el nuevo renunciamiento a ti. En mi oferta, no dejaba de haber un cierto secreto designio interesado. Dotada tú por mí ¿cómo me podrías ser negada en absoluto?... Pensé que, después de todo, quizás aquella noble y fuerte viejecita era el instrumento de una expiación que tarde o temprano llega para las grandes culpas. Porque yo no fuí, Juanita, ni caballero ni humano, al irme de acá, dejando tras de mí en la desventura a una familia...

La pregunta que contenían mis labios desde el comienzo de la entrevista, brotó de ellos angustiosamente.

—¿Por qué, por qué, padre mío, papá mío?—le dije.—¿Por qué su comportarse así?

Mi padre me acarició tiernamente, guardando silencio durante un tiempo. Luego respondióme:

—Me pones en el trance de tener que intentar justificar, lo que reprueba mi propio juicio de hombre hoy experimentado y sereno. Pero, Juanita: ten presente que mis años, entonces, eran pocos: veinticuatro, tan solo, si es que no me falla la memoria. El hijo único de tu abuela, militar acostumbrado al dominio, no me supo conocer. Creyó que por la intimidación me tendría a sus pies. Pero yo siempre fuí muy otro. Por la bondad, por el corazón lo doy todo; por la violencia, mi rebeldía es incontenible y soy capaz de la más grande maldad. El pobre general me

impuso un lance en el que aun el papel defensivo resultaba no cuadrándome. Aunque práctico en las armas, el general era un hombre de edad. Aparte de eso, si yo le hubiera muerto o herido, no hubiera hecho sino añadir a un daño causado otro más. Cobróse, pues, él en mi cuerpo lo que llamaba su afrenta. ¿Tenían la culpa de esa vehemencia suya los demás? No, por cierto. No vi que al cobrarme yo, a mi vez, aquella humillación, no por ignorada de las gentes menos dolorosa; al cobrármela por el hecho de dejar al general frente a frente de la situación irreparable creada, que para un hombre pundonoroso como él sería su tortura *ad vitam;* no vi que, al obrar de esa suerte, hacía recaer sobre otros, sobre inocentes, mi desquite. ¡Ah! Bien que lo he debido lamentar después. La fortuna y los placeres no acallan la voz de la conciencia. Juanita: mucho, mucho de lo que yo he sido y de que no me puedo ufanar, lo debo a dicha equivocación de mi vida. He necesitado aturdirme, y ni aún aturdiéndome he podido alcanzar el contento interior.

Dijo mi padre, y, poniéndose de pie, comenzó a recorrer la pieza en nervioso paseo.

En ese momento reapareció Elena para avisarnos que el té estaba servido, y pasamos los tres al comedor.

CAPITULO VII

La familia de las Leonores...

Volví a lo de abuelita, próxima ya la hora de la comida. Había caído por completo la noche. ¡Cuán velozmente pasa el tiempo cuando una se encuentra bien! Abuelita salió a recibirme, como acostumbraba hacerlo siempre. Beséla y quise relatarle la entrevista. Ella me contuvo con un ademán y estas palabras:

—Prefiero que suprimas todo eso. Te he autorizado, Juana, para ir. Pero no para más. Yo tengo que ver contigo solamente. Te sé prudente y ya no eres una criatura. Me basta. Otras personas con las cuales tú puedas tener obligaciones, para mí es como si no existiesen. Te ruego obres de manera que no tenga que hacerte de nuevo esta prevención.

¡Oh! No llegaría este caso. Tomé buena nota de aquel deseo, que era al propio tiempo un mandato.

Fuimos a la mesa y distrájome abuelita con la referencia de varias novedades ocurridas en mi ausencia. Las de Estévez habían mandado recado invitándome a comer para el siguiente día. En el tocador estaba un precioso ramo de rosas y orquídeas, obsequio de ellas para mí. No lo había entregado el chauffeur, el cual se limitó a darle a abuelita el mensaje aquel. Quien había entregado el ramo era un joven que descendió del mismo automóvil, que habló con abuelita y cuyas señas me dió ella. Por lo que me dijo, no podía ser sino Alberto Ordóñez.

—Bien parecido y muy fino — agregó mi abuelita
— Dejóme muy buena impresión.

—Lo encuentro siempre en lo de Estévez — expliqué — Es allí como si fuese de la casa. Contraerá enlace el año próximo.

—¿Ah, de novio? — dijo abuelita — ¡Lástima!

Habían estado además, Silvina y Leonor. Yo había sido el tema durante toda la tarde. Al saber Silvina que había salido con Dorotea, habíase puesto muy inquieta: varias veces preguntóle a abuelita por el rumbo u objeto de esa salida. Abuelita, naturalmente, había esquivado el responder. En cuanto a Leonor — esto era lo extraordinario de la tarde — se había manifestado muy pesarosa de las exclusiones que de mí hiciera, mal aconsejada según le expresó a abuelita.

—Te entrego el jeroglífico para que lo descifres — me dijo ella — Yo no lo entiendo.

—La habrá hablado Silvina...

—No. A ojos cerrados puedo asegurar que no. Silvina tiene el sistema de no inmiscuirse en los actos ni en los sentimientos de su hermana. Si algo de ella le desagrada, se lo guarda. Gracias a eso, se llevan bien.

—Pues entonces no sé...

—Pon en este asunto lo que las revistas al pie de sus juegos de ingenio: "la solución en el próximo número". Que viene a ser lo mismo que esto otro: en el primer encuentro.

Contra lo que esperaba, tuve un sueño tranquilo. El cansancio físico, sin duda. Llegó la hora de la invitación de las de Estévez y me hice conducir allá con Manuela. Era una gran comida, con invitados de etiqueta. Me sentaron a mí al lado de Alberto Ordóñez, que no tardó en preguntarme qué me había parecido el ramo de que fuera portador personal el día antes.

—Hermosísimo — repuse — Hecho con el gusto que caracteriza a estas mis buenas amigas.

—Elegidas por ellas fueron las flores, en efecto. Y combinado también el ramo bajo la dirección de ellas. Pero obsequio mío, Juana, no de sus amigas.

—Muy agradecida entonces a usted.

—Me lo regalaron para mi novia. El chauffeur que me conducía a casa, debía pasar antes por la de usted. Cambió de destino el ramo en el camino.

Y Alberto se rió.

—¿Sabe que es en verdad una mala partida la que ha jugado usted a su futura compañera? Perdone, Alberto, el pedido que le voy a hacer: no vuelva usted a tomarme como destinataria de estas flaquezas que no debe tener el corazón de un enamorado.

—¡Si lo estuviera!

—¡Cómo! ¿No está usted enamorado y se va a casar?

—Estuve por casarme, Juana; ya no lo estoy.

Y se abrió conmigo en una confidencia. Su compromiso no había sido anudado por el amor; la niña con quien se ligara era excelente, con todas las condiciones que en otra oportunidad me había descripto, pero si le merecía estimación, una estimación muy grande, no le inspiraba cariño. Era inteligente y vió él que, cuando se diera cuenta de la realidad de su caso, serían dos a sufrir la equivocación. Como lo ataba su palabra empeñada, habría ido hasta el fin sin vacilar. Pero hizo la Providencia que el padre de su novia notara en él frialdad, poco interés o sabe Dios qué, y que lo interrogara sobre el estado verdadero de su alma.

—Probablemente "el señor" — dijo Alberto — tenía otros planes sobre su niña y buscaba el medio de encaminar las cosas por esa vía. Me manifestó que ni a su hija ni a mí nos convenía unirnos para tenernos después que "soportar" y nada más. Veía él que a mí ese compromiso no me tenía apasionado. Podía asegurarme que a ella tampoco. Estábamos

los dos en tiempo de remediar el mal paso, que luego habría de hacerse irreparable. Y aquí me tiene, Juana — concluyó Alberto — convertido en ex, en novio que fuí.

Durante todo el anterior relato, Alberto me había estado mirando fijamente a los ojos, en los cuales más de una vez vi el brillo de la emoción. Quedé perpleja cuando tuve la explicación de eso en esta frase que añadió mi amigo:

—Juana: yo no he querido sino una vez...

La alusión era directa. Pero ¿qué podía contestar yo que no fuera un desahucio? Mi corazón, bien lo sentía, no estaba para los llamados al ensueño. Sangrante por muchos dolores que no salían, que no podían salir al exterior, imponía su ley en mí, quisiéralo o no yo. Siempre Alberto me había inspirado simpatía, simpatía fundada no sabía en qué, pero real, positiva, indudable. Sin embargo, de la simpatía a otra cosa había una enorme distancia. Signifiqué todo esto a Alberto Ordónez como pude, no en orden ni diáfanamente, cual hubiera querido, sino con palabra vacilante y trabajosa. Su respuesta fué la siguiente:

—La consolaré a usted, Juana. Déjeme a lo menos, esa misión. Somos dos náufragos del infortunio, zozobrantes. Nos sostendremos recíprocamente. Yo, ya ve usted, ni de qué padres vengo he podido saberlo. Deduzco de lo que usted me dice que lo que usted me ofrece es amistad. Aceptada, Juana. Pero amistad sin fallas ni sombras y con algún privilegio, siquiera sea él pequeño. Que de otra manera no valdría la pena el consorcio. Amigos predilectos y mientras vivamos ¿quiere?

Sellé este pacto sin inconveniente.

Mientras transcurría la comida habían llegado visitas que esperaban en la sala. Terminada que fué aquélla, pasamos a recibir esas visitas, con las cuales,

después, nos trasladamos al jardín. Entre los visitantes estaban Leonor y su esposo. Lejos de huirme, Leonor se me aproximó y me dirigió la palabra varias veces. Pareció buscar un aparte conmigo; mas tenía yo un centinela al lado que no abandonaba su posición: Alberto Ordóñez. Ya en el jardín, fué él en busca de mi abrigo, que me hacía falta. Menos demoró Alberto en dejar su puesto que en ocuparlo Leonor, la cual con muy afectuosa expresión me dijo:

—He sabido, Juana, que te sonríe el porvenir...

—¿Lo dices por quien me acompaña? Somos amigos, nada más.

—Bueno. Por algo se empieza. Pero no lo decía por eso. Casi te hemos tenido convertida en estanciera, ¿no?

Había llegado, evidentemente, a Leonor la noticia de la propuesta de mi padre a abuelita. ¿Ahí estaría el origen de su cambio? ¿No sería ya despreciable yo, porque tenía o se presumía que tendría amparo monetario en la vida? Como para no dejar dudas en mi ánimo sobre el particular, continuó Leonor:

—Mi esposo opera en gran escala en negocios. ¿Sabes lo que dice? Que es un potentado. Primera firma entre las primeras del país.

—¿Quién, Leonor?

—Dormal, pues.

Por suerte regresó, en ese momento, Alberto Ordóñez con el abrigo. Si no es eso, creo que no habría podido contenerme de decirle algo desagradable a Leonor. Todavía siguió ella conversando con nosotros un rato, haciendo cuanto estaba a su alcance para expresarme que me distinguía, hasta que se mezcló en otro grupo. Dí gracias a Dios íntimamente por la terminación de aquella escena, que se me estaba tornando insoportable.

Al retirarme de lo de Estévez, Alberto me preguntó:

—¿Hasta cuándo, Juana?...

—Hasta que nos encontremos.

—¿No podría yo visitarla?

—¿Dónde?

—En casa de su abuelita.

Iba a contestarle que no. Semejante novedad no podría menos que ser interpretada en sentido distinto al que realmente tendría. Pero no hubo lugar a la respuesta, porque las de Estévez pusiéronse a mi lado y ya no me dejaron hasta despedirme.

Abuelita tuvo esa misma noche la crónica sintética de la comida, con exclusión de lo referente a Alberto. Era muy tarde y estábamos las dos muertas de sueño. Quedamos en reanudar, a la mañana siguiente, esa conversación. Pero a la mañana siguiente abuelita tardó mucho en levantarse y, cuando lo hizo, vi que no tenía su agilidad habitual. Preguntéle si estaba enferma y díjome que no; sentíase un poco cansada, nada más. Poco antes de almorzar tuvo que sostenerse de una silla en momentos que pasaba de su dormitorio al mío.

—Abuelita, ¿qué te pasa?—le pregunté alarmada, corriendo en su ayuda.

—No sé; un mareo...

Y, sentándose, admitió que le echara aire con un abanico.

Poco después se repuso, pero yo no quedé tranquila. Sabía que en las personas de su edad los mareos no son buenos. Insistí en que diésemos conocimiento de su ligero accidente a un médico; mas su negativa fué terminante.

—Si quieres que te dure poco tu abuela, llama doctores—me dijo.

¡Cómo había de querer yo eso! No pudiendo vencer su resistencia, escribí a Silvina diciéndole lo que ocurría. Cuando se presentó ella, abuelita era otra vez la de antes. Tomó a broma mis aprensiones y llevó pronto, en el mismo tono, la conversación al com-

pañero tan asiduo que me había tocado en la comida.

—Buena planta, buena; y con excelente educación, al parecer—manifestó —¿Lo conoces, Silvina?

—No.

La respuesta esta fué seca, reveladora de que no la complacía a Silvina el asunto.

Silvina agregó después:

—¡Desgraciada de la mujer en cuyo corazón entra el amor!

—No tanto, no tanto—repuso abuelita —La noche es noche, Silvina; y lucen en ella las estrellas. Hay sombra, pues, pero también claridad. Suprimido de la vida el amor, ¿a qué se reduciría la vida? Creo que hay una desgracia más grande que la de la mujer en cuyo corazón entra el amor: la de aquéllas en que extingue el sufrir las fuentes de la ternura. No poder amar, Silvina, es morir. Me he permitido rectificarte, por hallarse presente esta criatura...

Y me señaló a mí.

—Hemos de cuidar mucho, Silvina, —prosiguió abuelita—de no crear decepciones prematuras. Para todas las cosas su tiempo. Juana, peinada y vestida como yo, sería un adefesio. Le sientan los tules, lo vaporoso, lo tenue; cuanto simboliza, en suma, la ilusión; no el paño severo y liso de las personas que hemos vivido mucho y, por haber dado a la vida lo que le debíamos, podemos permitirnos, sin desmedro de nuestra misión ya cumplida, contemplarla cara a cara y juzgarla con arreglo al trato que nos dió.

Silvina no se convenció porque siguió todavía defendiendo su tesis. Había creído siempre, y seguía creyendo, que los desengaños eran un acibar muy amargo. No prevenir contra ellos a los seres queridos le parecía hasta cruel.

En uno de los movimientos que hizo Silvina mientras hablaba, cayósele una echarpe de seda que llevaba al cuello por estar muy resfriada. Unos moreto-

nes azules que tenía en esta parte de su cuerpo, quedaron en evidencia ante abuelita y yo.

—¿Qué es eso, Silvina? — preguntóle abuelita — ¿Erupción, o qué?

Silvina pareció desconcertada, pero dijo:

—Una mala posición en la cama, tal vez...

—Si tuvieras un mal marido, podríamos pensar otra cosa — observó abuelita — Pero un caballero como Perkins... ¿Regresa siempre tarde, Silvina...?

—Ya no. Pero le ha dado por que no me mueva de casa. Sólo muy de tarde en tarde, pues, podré venir de acá en adelante.

—Quiere decir que nos tendrás allá más a menudo...

—Está raro, Perkins, abuelita. Mejor que no vayan por ahora.

Abuelita estuvo preocupada durante el resto del día. Antes de recogernos invitóme a rezar juntas el rosario por una intención particular suya. Creo no equivocarme si digo que esa intención se relacionaba con Silvina. Durante la noche la sentí suspirar mucho. Cuando se levantó me dijo:

—Si tú fueras desgraciada, pero muy desgraciada alguna vez, Juana, ¿lo dirías?

—¿Yo? A nadie.

—¿Ni a mí?

—Ni a ti, abuelita, te soy franca.

—Está en la sangre, en nuestra sangre — contestó abuelita; y continuó en sus cosas.

Vino el correo y trajo, entre otras cartas, una de Alberto Ordóñez para abuelita. Pedíale en ella autorización para visitarme. Abuelita me interrogó.

—Es un amigo tan solo—dije—No podrá ser para mí otra cosa.

Y mi pensamiento se fué en un vuelo instintivo hacia Ernesto Perkins, que me miraba ciertamente

desde arriba y aprobaría de seguro aquella mi respuesta.

Pero abuelita volvió a la carga. ¿Todavía no pensaba yo en mi porvenir? Tenía el deber de recordarme que yo no la tendría siempre a ella; que podría algún día encontrarme sola... No la dejé continuar, pues la amenacé con taparme los oídos si seguía en ese tren.

—Te haré entonces una reflexión de otra índole. En la vida ocurren mudanzas. Puede muy bien llegar a ser ese tu caso. Supón que te veas rica. Una lotería, algún depósito desconocido que pueda haber salvado de los vendavales tu abuela...

Comprendí que abuelita callaba delicadamente el verdadero motivo de su previsión. Mi padre no me descuidaría como hija y era un potentado. Pero me hice la desentendida. Abuelita continuó:

—Supón que te veas rica. ¿En qué joven que se te acerque podrás dejar de sospechar el interés? Medita, Juana, en todo esto y respóndeme después.

No con las miras de abuelita, mas sí en concepto de no oponer vallas a una amistad que no tenía porqué serme ingrata, consentí en que me visitase Alberto. Cuando abuelita lo supo se puso radiante.

La primera visita de Alberto le sería fijada, según me dijo, para el sábado siguiente. Nosotros hablábamos un martes. El viernes, o sea la víspera, debía ir yo a lo de Elena Dormal, por segunda vez.

No estaba sola, como en la otra ocasión, cuando llegué. Estaba con su cuñada y sobrinas, la esposa e hijas de Abel Dormal, hermano de Santiago. Eran tres las señoritas de Dormal, y de ellas sólo la menor, Dora, fué amable conmigo. Las otras hiciéronme el efecto de presuntuosas y poco expansivas. En las escasas palabras que cambiamos hallaron forma de introducir siempre su alcurnia. Al retirarse, estiráronme apenas

la punta de los dedos. La señora y Dora besáronme en cambio.

Elena, conforme se fueron, dióme la explicación de esa diferencia de conducta. Las dos hijas mayores de Abel Dormal estaban irritadísimas con la novedad de que a su tío le había surgido una hija.

Era padrino de las dos Santiago Dormal y habíase siempre corrido la voz de que éste las preferiría cuando testase. Esta circunstancia dábales una corte de admiradores en los salones. Debían presentirla muy retaceada para el momento en que aquel asunto íntimo de familia se divulgase. Para este efecto no habría habido conducto mejor que aquellas sus dos sobrinas, decíame Elena, que eran la indiscreción en esencia, a no estar como estaba en pugna con ello su interés.

Mi padre apareció acompañado de su hermano Abel. ¡Cuán poco se parecían a este último sus dos hijas mayores! Sencillo, afectuoso, franco, bromista, Abel Dormal tratóme como si me hubiera conocido toda la vida. Permaneció breve tiempo en la casa de Elena. Se habían demorado demasiado — exclamó — estudiando los informes llegados del viejo mundo sobre una empresa comercial en que estaban asociados los dos hermanos; sus hijas, agregó Abel, debían estarlo esperando, pues con su retardo les había frustrado "un programa"; otra vez prolongaría aquella tertulia que para él era muy grata; en ese momento no le era posible. Y se fué.

Permanecí hasta la oración con el autor de mis días, a quien noté algo preocupado. No lo abandonaba el recuerdo de la sociedad de que hablara Abel. Había hecho un cablegrama a Londres. Según fuese la respuesta, podría tener que regresar a Europa por el primer vapor.

—¡Si te pudiera llevar conmigo! — díjome.

Referí a mi padre las novedades producidas en la salud de abuelita, que me reclamaban más que nunca a su lado.

—Era un decir no más — me contestó. — Aun cuando no mediase lo que me dices. Tu abuela ha sido para ti una madre. Primero que todo ella, Juanita.

Antes de despedirnos sacó mi padre de su bolsillo un pequeño estuche y me lo entregó. Contenía un anillo con un solitario nada ostentoso pero hermosísimo, cuyo origen mi padre explicó así:

—Lo compré en París para la mayor de mis sobrinas. Reservábalo para su santo, que está próximo. Pero acá también pueden obtenerse alhajas. No me dará trabajo reemplazar a ésta, que quiero sea para ti, porque igual, de piedra con "agua" tan pura y con el tallado que tiene, será muy difícil se consiga otro; y luego, también y muy principalmente, por la idea que sugiere y supongo comprenderás, Juanita...

—No...

—La de que aguardo y aguardaré pacientemente mi hora. Aquella en que estés tú, como esa piedra, sola, sola....

Devolví la joya en el acto a mi padre y como insistiese le dije:

—Me haría desgraciada. Con solo mirarla, me recordaría que algún día... No, no... Abuelita tiene que enterrarme a mí... Yo no la podría sobrevivir.

Y hube de llevarme el pañuelo a los ojos.

Mi padre guardó la alhaja y yo me retiré pensando en lo que no me había atrevido a decirle: que también había influído en mi decisión, el saber para quién había sido adquirido el anillo. Ya que el interés actuaba tan prominentemente en la vida; ya que por imaginarme "heredera" mi hermana Leonor me había dispensado atenciones que no le mereciera ni el hecho de haber crecido bajo el mismo techo; ya

que por el mismo motivo otras, las dos hijas mayores de Abel Dormal, poníanme ceño de agraviadas: que no quedara en mi espíritu ni la sombra de haberme rendido alguna vez a la atracción de semejante infausto dominador. Yo era de otra cepa, de otros sentimientos, de otra convicción y de otro ambiente.

No era, no, de la familia de las Leonores...

CAPITULO VIII

¡ SOLA !

Bueno, bueno como el pan, Alberto. En el tiempo que estuviera con abuelita, mientras yo concluía de arreglarme, habíalo ella informado del triste caso de Ernesto Perkins y la profunda impresión que en mí causara su prematura muerte. ¿Qué se imaginará que hizo Alberto, apenas nos pusimos a conversar? Pues, pedirme le permitiera acompañarme a recordar con frecuencia aquel grande amigo que yo había tenido, al cual sin haberlo conocido sentía que le estaba tomando cariño. Ya algo de él había oído hablar en lo de Estévez. Sólo que ignoraba la especie de culto que yo rendía a su memoria. Se lo rendiría también él, si yo no me oponía. ¿Por qué había yo de oponerme? Era un homenaje más, que obtenía para el pobre Ernesto. ¡ Así hubiera estado en mis manos conseguir que la sociedad toda llorara su ausencia eterna! Quiso conocer Alberto, en sus visitas ulteriores, íntimamente al amigo que yo había perdido; y hube de mostrarle las cartas suyas de Córdoba que conservaba. Declarólo un talento infaustamente malogrado. Quien como Ernesto había llegado a escribir a los veintiún años con tanta soltura, habría ido muy alto y muy lejos en la vida. No solamente yo debía sentir su muerte sino, junto conmigo, cuantos deseaban el engrandecimiento del país.

Al saber todas estas cosas abuelita, sonreía de una manera especial. ¿Qué idea trabajaría su espíritu?

¿Pensaría tal vez que Alberto y yo terminaríamos por ser algo más que amigos? ¡Pues era ocurrencia! ¡Festejos, uniéndose el nuevo prètendiente en el aprecio y la admiración por el amigo muerto mas no olvidado! Yo tenía una seguridad de mí, que me molestaba de veras no podérsela traspasar a abuelita. Sin embargo, me veo obligada a reconocer que la sonrisa de ella no dejaba de tener su razón de ser. Las visitas de Alberto, que en un principio me tenían punto menos que indiferente, habían concluído por estar muy presentes en mi espíritu. Escribo aquí sin disimulo ninguno y he de hacer una confesión: llegó a darse el caso de que un día de los que tenía elegidos para llevar flores a la tumba de Ernesto, se me pasó sin hacerlo: ese día esperaba la visita de Alberto y estaba atareada concluyéndome una pollera. ¡Pobre amigo mío! ¡Hasta dónde me había trastornado el sofocón! Pero, doblé el tributo, en justa expiación del involuntario olvido. En lugar de tener flores la tumba de Ernesto una vez en aquella quincena, túvolas dos veces.

Entretanto, por lo concerniente a mi padre, el viaje que previera se le había hecho forzoso.

La respuesta de Londres que esperaba, impuso nuevamente su ausencia del país. Fuí a despedirlo la víspera de su partida y ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme en lo de Elena con Alberto, que había ido con el mismo motivo! Hablamos muy poco allí, pues Elena pidióle que le hiciera una diligencia y me dijo él que no podría desocuparse de ese encargo hasta la noche. Pero este y otros detalles hiciéronme comprender que gozaba Alberto de grande confianza en la casa. Mi padre parecióme bastante emocionado cuando me dió el adiós.

—Para todo cuanto precises—me dijo—absolutamente para todo, Juana, queda Elena. Mira en ella

a mí mismo, hija mía. No quiero irme con la preocupación de que pueda yo hacerte falta y no me encuentres. Cuando yo me haya ausentado y tu dispongas de tiempo libre, lee esta carta en que te dejo otras prevenciones.

El sobre que me dió guardélo en mi cartera, intrigadísima. Si no hubiera sido por la condición que se me había impuesto al decirme: ''cuando yo me haya ausentado'', lo habría abierto antes de llegar a casa. Cumplido el plazo abrí el sobre. Contenía una hoja de papel con estas solas palabras: ''de tu padre'', y un billete de mil pesos. Había temido, por lo visto, que le rehusase yo el obsequio, como en la ocasión anterior, y no había querido dar lugar a que pudiese hacerlo. Era solícito y atencioso mi padre. Pensé que merecía no haberse quedado soltero. Quien velaba sobre mí con tanto celo, ¿cómo no habría de haberlo hecho por un hogar todo de él y sólo de él? Aunque abuelita proveía, yo no sabía ni jamás le pregunté cómo, a todos mis gastos, a mi edad no dejaba de tener tentaciones. Guardábame de exteriorizarlas, precisamente para no serle más gravosa a mi abuela, que de seguro las habría satisfecho. Si no hubiera podido hacerlo así habría ella sufrido, estoy segura. No me podría ser, pues, ni con mucho difícil dar inversión a aquella suma, con ser que no era para mí una insignificancia. Mío y para hacer con él lo que quisiese, jamás había tenido tanto dinero. Llenóseme de planes la cabeza. Abuelita no se pudo sospechar la sorpresa que le estaba preparando. Porque entre mis planes figuraba el de renovarle entera su vestimenta. No era que ella estuviese mal: jamás salía a la calle sin un arreglo cuidadoso. Cuanto se ponía era muy usado, pero se daba maña admirablemente para que eso no se notase. La ropa, que a mí no me duraba casi nada, a ella le duraba años. Cómo hacía, yo no

sé. El caso es que nunca se la veía ni manchada ni rotosa, y que en ella, sólo gastaba por rarísima excepción. Yo quería, puesto que las circunstancias me lo permitían, ponerla paqueta a abuelita de la cabeza a los pies; ponerla linda, linda, no ante el criterio mío, que de cualquier manera la encontraba así, sino ante el del mundo.

Habíame propuesto salir después del almuerzo. Debían tener mis ojos una particular expresión al mirar a abuelita, porque ella me dijo que me notaba muy picarona.

—Es que tengo ganas de besarte, abuelita — repuse riendo y persiguiéndola por la pieza — De besarte mucho, mucho.

Y no se me pudo escapar. La besé ocho o diez veces seguidas en la nuca, mientras ella musitaba:

—Dijérase que te has enloquecido, Juana. ¿Qué te pasa? Dí.

—No sé. Estoy contenta.

—Bueno. Ponte seria un momento. Si anduvieras cerca de lo de Silvina...

—Pasaré por la esquina.

—Baja entonces, e infórmate. Van corridos muchos días sin que sepamos nada de allá.

—La veré.

—Pero con prudencia, Juana. Recuerda lo que nos dijo de las rarezas de Perkins.

—Sí, abuelita.

No quise detenerme, de ida para el centro, en lo de Silvina. Lo haría a la vuelta, al regreso. Sentía dentro del cuerpo un hormigueo que me impelía irresistiblemente a realizar pronto el propósito que había concebido. Gorras, polleras, botines, ropa de hilo: hice hacer de todo un paquete y dispuse que lo llevasen a casa en seguida, para la elección respectiva. En una tarjeta mía que llevaba le escribí a abuelita con lápiz:

"Me he sacado la lotería. Todo eso, o lo que de ello quieras, es para ti. Escoge". Pedí un sobre en el comercio donde hacía mi compra, cerrélo y ordené lo llevasen junto con el paquete. Pero ¡zonza de mí que no había reparado en el inconveniente! Yo no iba a estar en casa hasta tarde. ¿Quién pagaría? De pronto me dí una palmada en la frente. Tenía la idea. Fuí a la caja, expuse el caso y entregué doscientos pesos en depósito. Mi billete de mil se convirtió en ocho de a cien, nuevecitos, flamantes, que por el bulto dábanme la sensación de haber salido gananciosa en el cambio. ¿Y para mí? ¿no compraría nada para mí? Debo ser la mujer más indecisa de las que habitan la tierra. Paséme cerca de dos horas de una a otra tienda, sin encontrar por decirlo así un alfiler que me llenase del todo. Opté por volver acompañada. Llamaría en auxilio, para otro día, a las de Estévez. Y me fuí a lo de Silvina.

La sirviente, contra lo habitual, no me hizo pasar en el acto.

—Espérela un momento a la señora — me dijo — Vendrá en seguida.

Y dejándome en el vestíbulo, cruzó el patio inmediato corriendo. Tampoco esto era lo normal en aquella casa. Regresó la sirviente con la llave de la sala en la mano, abrió y me hizo entrar. ¡Yo en la sala de lo de Silvina! ¿Qué pasaría? Seguía a la sala el tocador y después el dormitorio. Un eco de disputa llegó hasta mí. Después, reinó el silencio más completo. Pasarían cinco minutos largos y se presentó Silvina. Se había hecho algún arreglo, era visible; pero sin que alcanzase él a disimular el estado de sus ojos, muy hinchados y colorados. Agitada y afligida díjome apenas me saludó:

—¿Para qué has venido, por Dios? ¿Olvidaste mi prevención?

—Abuelita quería saber de ti.

—Hubiera venido ella. Pero ¡tú, Juana, ¡tú!

Y se echó a llorar, murmurando a media voz:

—No te puede ver. Ni que te nombren consiente.

—¿Quién, Silvina?

—Perkins.

Sonó el timbre en ese momento, en un toque imperativo y largo.

—¡Llama! — exclamó Silvina — Un momento.

Y corrió hacia el interior. Volvió pronto, más demudada que la vez anterior.

—¡Lo que me temía! Exige que te vayas. Que te vayas inmediatamente. Discúlpalo, Juana, Juanita mía. Debe estar enfermo. No se ha levantado todavía y son las cinco de la tarde. Regresó del Club al amanecer y me pidió dinero. Yo no lo tenía. Le he dado mi firma por más de lo que poseo. Le he entregado hasta mi última alhaja. Si antes de las doce de esta noche no levanta una deuda que ha contraído, es hombre perdido.

Todo esto me lo dijo Silvina, casi ahogándose y al propio tiempo que me empujaba nerviosamente hacia el vestíbulo.

—Yo tengo unos pesos, Silvina — contesté, a tiempo que salíamos de la sala — Si te sirvieran...

—¡Tú! ¿Y tuyos? ¿Dónde los tienes?

—Acá; en mi cartera.

—¿Cuántos?

—Unos ochocientos...

—¡Ochocientos pesos!

Y volvió a dejarme sola corriendo hacia el interior, de donde regresó seguida de su marido en robe de chambre y zapatillas.

—¿Es verdad, Juanita, lo que me dice mi mujer? — me preguntó él.

Abrí la cartera y mostré los ocho billetes que guardaba en ella. Los ojos del señor Perkins parecie-

ron querérsele salir de las órbitas, de tal manera miróme a mí y miró a los billetes.

—¿Y es verdad que me los prestarás?

Por toda respuesta los saqué y se los entregué.

Sin tan siquiera darme las gracias, volvióme Perkins la espalda y tornó apresuradamente hacia adentro. Silvina entretanto, reclinada en mi seno, sollozaba. Presentí que se iba a desmayar y condújela hasta un sillón de la sala. Tenía mi pañuelo humedecido en buena agua de olor y se lo dí a aspirar. Comenzó la reacción poco después. Ya con los ojos abiertos quiso tentar de ponerse de pie. En el mismo momento arrancó un automóvil de la puerta de calle. Silvina volvió a caer en el sillón. Luego pidióme que oprimiera el timbre próximo.

—Llame al señor—dijo a la sirviente que compareció.

—El señor acaba de salir — respondió ella.

Pasaron varios minutos sin que hablásemos nada. Luego, Silvina interrumpió el silencio. Había querido llamar a su marido, para pedirle me devolviera los ochocientos pesos. Le remordía la conciencia de que hiciese eso conmigo. Porque aquel dinero seguiría seguramente la suerte de los otros que había facilitado ella a su esposo. ¿Y cómo podría devolverlo él? La tranquilicé a Silvina en cuanto pude. Si no me lo devolvía, ¡paciencia! Me lo había dado la lotería; lo mismo que había llegado se iría y santas pascuas.

—¡Pues es suerte la tuya! — manifestó Silvina, ya más animada — Perkins y yo no perdemos jugada. De la chica y de la grande, "quintos", "enteros" y "combinaciones". No dejamos recurso por ensayar y... nada. Dios te ayuda a ti, Juana, es obvio. A nosotros no nos quiere ayudar.

—Hay que confiar en El. Siempre, siempre confiar en El. Aprieta pero no ahoga, ya lo ha dicho el refrán.

—Tienes razón — respondió Silvina. La desesperación la turba a una a veces, hasta ver dudosa esa verdad.

Me pidió después que no le dijese nada a abuelita de lo que había presenciado. No estaba ya la pobre para disgustos: podrían matarla éstos. Si le prometía la más rigurosa reserva, me diría algo más. Prometísela por supuesto y me dijo que su esposo había tenido en el Club conversaciones que le habían hecho perder su natural apacible en lo tocante a ella y en lo que me concernía a mí.

—Qué le hayan dicho o qué haya oído, lo ignoro —continuó Silvina—. Pero su espíritu está celoso y agriado. A veces llego a temer que sea odio, Juana, lo que nos ha cobrado a las dos.

—¿Y el trato que te da?—le pregunté a Silvina, aprovechando la buena disposición en que se mostraba para las confidencias.

—¿El trato?—me respondió—Puedes imaginar cuál será, cuando llega con la impresión fresca de alguna conversación, o cuando pierde en el juego, que es lo frecuente.

Tenía una sospecha desde que viera a Silvina en el cuello moretones azules y, resuelta a verla confirmada o desvanecida, le pregunté casi al oído:

—¿Te ha puesto las manos encima?

—Sí — me contestó en el mismo tono.

—¡Y has tolerado eso, Silvina! ¡Puedes seguirlo tolerando!

Se quedó callada algunos minutos. Luego me dijo, con un acento de convicción que me reveló sería inútil toda insistencia.

—Eso, y más que sufriese, lo tengo merecido.

Y ya no le pude sacar más. Volvió al tema de abuelita y lo mantuvo hasta que me despedí.

Abuelita no necesitó sino verme para comprender que yo no regresaba en el estado de ánimo en que había salido.

—¿Cómo es eso de la lotería? — me dijo acudiendo a mi encuentro — No me habías dicho una palabra, ingratona...

En cuanto me miró a los ojos cortó el párrafo. He dicho ya que era una observadora consumada y que en mí leía como en un libro abierto.

—Silvina...—agregó con expresión dolorida.

—Está bien, abuelita, no le pasa nada.

—Si a ella no le pasa, te ha pasado a ti.

—¡Qué ocurrencia, abuelita! No he estado sino en las tiendas y allá.

—En las tiendas no ha podido ocurrirte cosa que te haya transformado como vienes.

Hice cuanto a mi alcance estuvo para disuadir a abuelita de los recelos que se habían apoderado de su espíritu. Inútil todo. Habléle del paquete que le había enviado e invitéla a elegir.

—Mañana — me contestó.

Y se fué en silencio a su pieza.

Por la noche invitóme a rezar otro rosario por su intención particular. Pude observar que hacia el final del mismo, sus ojos estaban empañados.

Llegó el siguiente día y abuelita no se levantó. Con el fin de distraerla, pues me parecía muy abatida, llevéle al lecho el paquete llegado de la tienda y que estaba todavía sin abrir.

—Cuando me levante — me dijo —. No he hecho jamás compras desde la cama. Mas bien otra cosa. Juana. Alcánzame un cajoncito que tiene el ala derecha de mi ropero. Toma la llave y ábrelo.

Mientras yo hacía lo que me pidiera, agregó:

—Esta noche tienes visita. Es la oportunidad.

Cuando tuvo en sus manos el cajoncito, escogió un pequeño paquete que había allí, entre varios otros, todos con inscripciones de su letra clara y gruesa, y me lo entregó diciendo:

—Tuyos eran esos recuerdos, porque te los tenía destinados desde que naciste. Póntelos.

Eran un collar de perlas y un anillo. Mas ¡qué anillo y qué collar! Regios, uno y otro.

—Los llevé yo al casarme—agregó abuelita—Póntelos, que quiero ver cómo te quedan.

Hícele el gusto a mi abuela y me quedaban tan bien, tanto el collar como el anillo, sobre todo el primero, que corrí a abrazarla llena de gratitud. Noté en ese instante que el busto de abuelita pesaba mucho. Hice fuerzas para sostenerlo y la miré. Estaba blanca, sumamente blanca, y fría.

—¡Abuelita, abuelita, abuelita!—grité, en tanto la colocaba, suavemente, de espaldas sobre la almohada.

No me contestó.

Llamé desesperada a Manuela, que corrió en busca de un médico que vivía en la cuadra. Cuando llegó éste, ya nada había que hacer.

Abuelita había muerto y yo estaba sola en la vida.

¡Qué horribles son estas situaciones! Lloré como una loca. No encontraba conformidad con aquella desgracia. Tuve un ataque de nervios tan fuerte que el médico, al recetarme una dósis de bromuro, creyó deber ponerle tal proporción que me dejó sorda.

Se reprodujo en la casa el cuadro que a mí no se me había despintado, de la muerte del general. Toda la familia reunida y extrañas gentes. Yo andaba por entre todo ese concurso, como atontada. Me hablaban, y contestaba sin saber lo que hacía. Silvina me en-

tregó un sobre que guardé en el cajón de mi mesa de luz como una autómata.

Cuando me vi ante la realidad, la realidad espantosa, fué después que se llevaron al cadáver. Leonor quiso que me fuese con ella, pero yo no acepté su ofrecimiento. Preferí pedir a Celina Estévez que me acompañase durante unos días, a lo que esta accedió gustosísima; e hice que se trasladase a casa Dorotea.

A pesar de todo, aquella primera noche de soledad no la olvidaré mientras viva. Era para mí como si con la muerte de abuelita hubiese desaparecido todo del mundo creado. La soledad, una soledad inmensa, me llenaba el alma, y esta idea atenaceó mi cerebro:

—Sola, sola, sin compañía ninguna aun estando la casa llena de gente; ¿así, ¡oh Señor! tendría que vivir?

CAPITULO IX

Lo que me dijo el libro de abuelita

Elena Dormal había sido de las primeras en visitarme. Al verme, me abrazó con calor maternal y yo sentí consuelo con ese abrazo porque lo sabía sincero. ¡Ah, las demostraciones que se reciben en las pérdidas de los seres queridos! Parecen todas gritar: convencionalismo, pragmática impuesta por el uso, ficción. Elena no era de esas, yo lo había podido constatar antes de mi terrible día. Era una mujer de alma que, si cobraba afecto a una persona, era para dárselo sin reticencias ni variantes. Así había sido conmigo desde que me conoció. ¡Las reflexiones que me había hecho, los consejos que me había dado! Muy poco de esto he podido consignarlo en estas páginas, porque ellas no abarcan todos los detalles de mi vida, sino lo principal de ella solamente. Pero lo que tenía comprobado a satisfacción plena, era que Elena me quería. Yo la correspondía. De cuantas personas trataba en vida de abuelita, excepción hecha de ella por supuesto, Elena era la que más confianza había llegado a inspirarme. La primera vez que me visitó, estuvo conmigo apenas una hora. No pudimos hablar a solas. Celina, mi buena amiga, no me dejaba un momento. La segunda visita de Elena fué a los dos días de la primera. Celina habíase ido a su casa para regresar a la noche. Pasé, pues, con Elena Dormal casi toda la tarde. Me dijo que apenas producida la muerte de abuelita habíasela comunicado a mi padre. No tenía todavía respuesta de él, lo que le hacía suponer

que no hubiera aún llegado a París, a donde le había dirigido el cablegrama. También hablóme Elena de Alberto. ¿Era verdad que nos ligaba a él y a mí una grande amistad? Contesté afirmativamente.

—Sin embargo, no te ha acompañado—me dijo—en estas horas para ti tan amargas.

—¡Pobre!—respondíle a Elena—Sabe Dios lo que pensará de mí. Estuvo en el velorio, estuvo en el entierro y ha venido varias veces después. Salvo el momento en que nos vimos cuando la desgracia, no me ha visto más. No lo he recibido. No he tenido aliento para ello. Con sólo verlo se renueva mi pena. Abuelita lo estimaba de tal modo...

Al simple recuerdo se me llenaron los ojos de lágrimas.

Elena tomó una de mis manos y palmeóla con las suyas cariñosamente. Pasado un momento enlazó a mi cuello su brazo derecho y me dijo:

—Vale más que te evites estas impresiones, querida. Por ahora, descanso, mucho descanso para tu sistema nervioso. Es lo que principalmente te hace falta. Además de que la presencia de Alberto reavivaría tu dolor, podría él hacerte preguntas... crearte preocupaciones...

—No sé qué preguntas. ¿Cuáles, Elena?

—Ha querido saber qué lazos son los que te unen conmigo y con Santiago. Si los del parentesco, en qué grado y cómo...

—¿Y usted que le contestó?

—Que eras de la familia. Hija de una prima lejana de Santiago y mía, muerta muchos años ha. Pero Alberto después ha querido hablarme nuevamente. Lo he advertido por la expresión de sus ojos. Sé que ha conversado noches pasadas con las hijas de Abel.

Estas novedades me interesaron. También la razón de la vinculación de Alberto Ordóñez con la familia Dormal.

—Es un protegido de Santiago—me dijo Elena—. Le ha costeado él la educación. Yo lo tenía a mi cargo en sus días de salida del pupilaje. Hasta que se recibió de abogado, pasóle también tu padre una mensualidad.

Cuando Elena se retiró ya había regresado Celina, con quien hubimos también de volver al tema de Alberto, pues lo había encontrado de visita en su casa. No me guardaba resentimiento, según le había dicho, por darse cuenta acabada del estado de postración en que debía encontrarme.

Transcurrió toda la primera semana de mi desgracia y Celina fué reclamada por los suyos, teniendo que dejarme. Debí felicitarme de haber quedado sin extraños en la casa, porque ese mismo día recibí un desagrado de los que es preferible soportar sin testigos. Se presentaron a cobrar la cuenta del entierro de abuelita. Fernando, el padre de Amanda, era quien lo había tratado, pero sin pagarlo. Yo no tenía dinero. ¿Qué hacer? La necesidad lo imponía y fuí a revisar el escritorio de abuelita. Encontré allí alrededor de cincuenta pesos y una libreta de banco con un depósito de cuatro mil y pico de pesos. Consideré vencida la dificultad y mandé llamar al empresario para pagarle. Supe por él que aquel dinero era como si no lo tuviese, porque no podía sacarlo. Habría que hacer antes la testamentaría de abuelita. Llamé a Fernando y a Leonor para exponerles el caso. De Silvina prescindí, porque sabía su situación difícil. Fernando estuvo solamente unos minutos: sus quehaceres, según me manifestó, reclamábanlo en otra parte; me dijo que las testamentarías se tramitaban con mucha lentitud y que le resultaba imposible a él anticipar suma ninguna. Leonor, que nadaba en la opulencia, me contestó con una pregunta que me molestó sobremanera: ¿sería segura la devolución de aquella suma? habría que obtener la conformidad con la cuenta, de

todos los herederos de abuelita; esto, previa la averiguación, que se imponía, acerca de si abuelita había testado o no, y cómo, porque según lo que hubiera dispuesto deberían buscarse las ayudas...

Por todos lados, el egoísmo y el interés. ¡Dios mío! Cómo es el mundo, aun ante la muerte de los deudos más cercanos. Si hubiese tenido yo dinero, mucho dinero, con cuánto placer les habría llenado con él a Fernando y a Leonor, los bolsillos y aun la boca, para que se hartasen. De repente, como por una iluminación súbita, recordé que Silvina me había entregado un sobre el día de la muerte de abuelita. Corrí a mi mesa de luz y ahí estaba. Contenía los ochocientos pesos que le prestara yo a su marido. En presencia de Leonor llamé a Manuela y la envié a que pagase la cuenta. Cuando me la trajo con el recibo y el vuelto, uní este último a un billete de cien que me restaba de los ochocientos pesos, y se lo entregué todo a Leonor con estas palabras:

—Toma: para los pobres que socorres...

—¡Qué rumbosa!—me contestó, recibiendo el dinero—Gracias en nombre de los pobres esos. Y mi felicitación por tu diplomacia: tenías, y pedías ¿eh?

—No lo había recordado, te lo aseguro. Que de otro modo...

—Hombre prevenido nunca fué vencido, dice el refrán. Es claro, Juana, que se refiere también a las mujeres. Mejor está guardado lo que uno tiene. Que "aflojen" otros...

—¡Leonor!—exclamé irritada.

Cambió de tono, cual si la hubiese impuesto mi protesta. Pero luego de algunas generalidades me preguntó:

—¿Y las alhajas de abuelita? Tenía algunas muy buenas. ¿Las conservaba al morir?

Me pareció que lo que flotaba en el espíritu de Leonor, era la idea de que el dinero que yo había

usado proviniese de aquellas alhajas. La indignación que sentí no es para descripta. Pero me contuve, limitándome a ordenar a Manuela que trajese el cajoncito del ala derecha del ropero de abuelita.

Colocándoselo Leonor sobre las faldas, revisó uno por uno los pequeños paquetes rotulados que en él se veían. Al llegar a uno de ellos, se detuvo. Decía el rótulo: "Mi rosario de oro: para Leonor". Guardó el paquetito en su cartera, sin hacer manifestación ninguna. Luego preguntó:

—¿A quién dejó abuelita su collar de perlas y su anillo de bodas? Era lo mejor que tenía. De bastante valor.

—Me los regaló a mí la mañana misma de su muerte.

—Habría testigos de ello, naturalmente...

—No. Estábamos solas las dos.

—¿Cómo podrás entonces probar el hecho?

Ya no fuí dueña de mí. Para colmo, aquellas palabras habían sido pronunciadas en presencia de Manuela, la mucama, que esperaba le fuera devuelto el cajoncito para colocarlo en su lugar. Saqué de mi alhajero el collar y el anillo y, volviendo a donde estaba Leonor, se los arrojé en las faldas, diciéndole:

—Llévatelos, Después de lo que has dicho, no los quiero, aunque provengan de ella. Llévatelos.

Leonor no pudo contestarme porque en la puerta de la habitación había aparecido Silvina, con el aspecto de una estatua de la severidad.

—Disputa por las alhajas — exclamó — ¡Parece mentira, Leonor!

—Lo más valioso — repuso ella — lo único valioso, resulta regalado a Juana, pero por acto secreto entre las dos, abuelita y ella. Acto que puede ser cierto, lo mismo que no serlo.

Silvina, acercándose a Leonor, la fulminó con esta frase:

—Mezquina e interesada fuiste desde pequeña. La edad no te ha corregido. Juana: el collar y el anillo son tuyos. Me consta que era la voluntad de abuelita dejártelos. Oíselo decir muchas veces.

Y arrebatando las dos joyas de las faldas de Leonor, las puso en mis manos.

—Tenía que ser así. Tenías tú que tirar para el lado de ella — dijo Leonor con malignidad acentuada.

—¡Cómo podría ser de otra manera! Ciertos sentimientos... tienen que ser más fuertes que el simple lazo fraterno.

—¡Miserable!—gritó Silvina—Vete de aquí.

—Sí, me iré. Pero habréis de probar tú y ella la voluntad de abuelita. No basta en estas cosas con afirmar.

Manuela, que se había retirado de la pieza al aparecer Silvina, regresó con una cajita y un papel, que entregó a Leonor en estos términos:

—Los puse en un florero al encontrarlos en la habitación de la señora, el día de su muerte. Ahí estaban todavía.

Eran la cajita en que habían estado el collar y el anillo y el papel que envolviera todo eso, con este rótulo de puño y letra de abuelita, como los demás: "mi collar y anillo de bodas: para Juana".

Leonor arrojó al suelo la caja y el papel y salió de la pieza sin despedirse. Yo caí en los brazos de Silvina. Había sufrido lo que no es decible en aquellos momentos.

Referí después a Silvina todo lo que me había pasado ese día. Lo de la cuenta del entierro también, por supuesto. Al narrarle la solución súbita que encontrara, me dijo:

—Después de entregarte el sobre aquel día, temí lo perdieses. Pero había sido tan grande el gusto de

poderte devolver el préstamo, que afronté la imprudencia. Figúrate que, lo que nunca le pasa a Perkins, salió aquella tarde de casa con tus ochocientos pesos, y los convirtió en diez y seis mil!

—Pero ¿cómo?

—Jugando. Compró la banca en el baccarat y fué tal el favorecerle de la suerte, que en una hora había hecho aquella suma. ¡Así está él de desprevenido contra ti! Te llama su "mascota". Me pidió él que te viniese a ver.

Fuese Silvina y volví yo otra vez a sentir el peso abrumador de mi soledad y los disgustos de aquel día. Iba de una pieza a otra de la casa, sin encontrar ninguna en que me hallara bien. En esas recorridas vi sobre la mesa de luz del dormitorio de abuelita un librito que ella nunca abandonaba y decía jamás dejaba de dar la solución para las más grandes aflicciones. Bastaba abrirlo por cualquiera de sus páginas, al azar — afirmaba abuelita — Siempre, siempre era fuente inextinguible de fortaleza y de consuelo.

Tomé en mis manos el librito, que era la "Imitación de Cristo", de Kempis, y leí en la primera página que me salió:

"¿Cómo podría sufrirme en esta miserable vida, si no me confortase tu gracia y tu misericordia? ¡Señor! ¡Enséñame a hacer tu voluntad! ¡Señor! Ten misericordia de mí, que tanto sufro. ¡Enséñame a sufrir!".

Caí de rodillas ante el crucifijo implorando esa merced, por toda respuesta a lo que en los renglones transcriptos me había dicho el libro de abuelita.

CAPITULO X

La decisión de mi padre

Tuve por fin noticias de mi padre. Elena había recibido de él un cablegrama que me envió en seguida, no trayéndomelo en persona por haber amanecido enferma. El cablegrama, fechado en París, decía así:

"Lloro en la abuelita muerta el espíritu apagado de una admirable mujer. De todo corazón con la nieta atribulada. Por correo mi decisión e instrucciones."

¡Cómo sabía llegar mi padre hasta los repliegues más íntimos de mi alma! Esas palabras no eran la fórmula de clisé para los duelos: tenían un algo distinto, por el que dijérase que asomaba una participación real en mi congoja. La sensación de soledad que me envolvía, mermó. No había quedado tan aislada en la vida, cuando tenía quien me comprendiese y acompañase así. Pero hablaba mi padre en su cablegrama, de una decisión. ¿Habría vuelto sobre su propósito de algún tiempo antes y querría llevarme a su lado? Recordé lo que me había dicho Elena acerca de por qué él no vivía con ella. ¿Cómo entonces podría vivir conmigo? A menos que cambiase y se amoldara a los hábitos austeros. Pensé cuán sensible es que aun entre los hombres de buen corazón, cuál lo era mi padre, hiciese mandinga de las suyas. Si por algo no me resultaba violenta la perspectiva de salir de donde me hallaba, era por atraer a mi padre a las vías de que, después de lo que oyera a Elena, tenía que suponerlo distanciado. Más cuando su hermana

se abstenía de intentar eso, no podía ser sino por considerar que su empeño sería infructuoso. ¿No sería una pretensión temeraria la mía?

De una idea pasé a otra. Acaso la decisión de mi padre fuera que Elena y yo viviésemos juntas. Por Elena no veía inconvenientes en esto; más a casa de ella iban, y mucho, aquellas sus dos sobrinas cuyas maneras y palabras habíanme dejado la impresión de ser semejantes a Leonor. Resolví no decir nada, empero prepararme para no aceptar esa proposición si llegaba a serme formulada. Elena sola, era una cosa; y otra muy diferente con los aditamentos aquellos, que no era posible suprimirle. Yo no me sentía con fuerzas para sufrir más.

Hice, con este motivo, una especie de balance de mi situación. Tenía casi íntegros los doscientos pesos de la compra de tienda proyectada para abuelita y que no se efectuó; tenía los ciento y tantos que destiné a los pobres de Leonor y ella dejó en el suelo al retirarse irritada; tenía el collar de perlas y anillo de bodas de abuelita. Esto y los cuatro mil y pico de pesos del depósito bancario, legado a mi este por abuelita según un papel de ella que se encontró, permitíanme considerar asegurados los gastos de la casa durante un tiempo. Quedaba después lo que pudiera tocarme por la gran casa de abuelita alquilada. Reconocía una fuerte hipoteca, mas algún remanente había de dejar. Como no existían menores entre los herederos, pues yo acababa de llegar a la mayoría de edad, la testamentaría sería rápida. Era simple cuestión de entregarla a un buen abogado. Pensé en Alberto, dueño de un estudio jurídico bastante acreditado. ¿Por qué no podría ser él quien hiciese todo? Este pensamiento, me condujo a otro. ¿Por qué no podría también ser Alberto?... Rechacé el pensamiento. ¡Yo, casarme! No. ¿Qué diría desde el cielo Ernesto, mi pobre Ernesto, cuya tumba con motivo

de mi nueva desgracia había olvidado? Pero una voz misteriosa sugirióme al propio tiempo otra reflexión. También desde el cielo abuelita, mi querida, mi inolvidable abuelita, ¿no sonreiría complacida, como había sonreído siempre en la tierra a la idea de tal enlace? Lamenté no haber podido querer, cuando se me había presentado Alberto pretendiéndome por segunda vez. Porque no podía dejar de ver que lo de la amistad no destruía otras posibilidades. Alberto mismo me decía con sus ojos y actitudes, muchas cosas que sus labios callaban fieles al pacto que concertáramos. Alberto habría debido fijarse en otra mujer, no en mí; en alguna de mis amigas. ¿Por qué no en Celina Estévez? En realidad podía ser muy bien que por ahí se estuviera encaminando. A mí no me veía ni me podría ver en mucho tiempo. No tenía yo señora que me acompañase durante sus visitas: Dorotea no era de nuestra condición social. Y yo sabía que de lo de Estévez no salía Alberto Ordónez; y había visto bien claro que era siempre Celina su preferida entre las dos hermanas. Pero Celina sería una mala amiga si aceptara galanteos de él; no era posible, no, no era posible... ¿Quién había concebido esta especie de protesta? Me quedé desconcertada al constatarlo: había sido yo misma. ¿Y no era que Alberto sólo me interesaba como amigo? ¡Ah! Tenía que convencerme de que mi cabeza era un laberinto. ¿Estaría en camino de perder el juicio?

Fué oportuna para desviarme de estos pensamientos la llegada de Silvina. Venía muy bien arreglada, con un luto de confección cara. A mí no se me podía escapar este detalle y deduje que Perkins continuaba ganando. Supe pronto, sin embargo, que no era así. Perdía invariablemente, desde el día de la ganancia con mi préstamo; sólo que perdía cuerdamente, es decir poco. Estaba con la obsesión de que le iba de esa desgraciada manera, porque le faltaba

su "mascota": dinero mío. Y me enviaba un mensaje: que le cambiase algunos billetes de él por otros de mi bolsa. Sonreí de la ocurrencia. ¡Yo, fuente de buena fortuna, con sólo el flúido de mi persona! ¡Oh, los jugadores, que creen obrar como hombres y no son sino niños!

Silvina permaneció conmigo casi toda la tarde. Estuve por mostrarle el cablegrama que me había enviado Elena, mas por suerte recapacité a tiempo. Digo a tiempo, porque mentando incidentalmente en la conversación las visitas que me había hecho Elena Dormal, se demudó y cobró el aspecto abatido que le conocía de otras veces. Luego lloró diciendo:

—Nos van a separar, Juana. Tal vez sean los actuales, nuestros últimos contactos.

—Separarnos ¿por qué?

—Lo presiento. ¡No me faltaba sino esto, santo Dios!

—Silvina—le dije—Yo no soy un fardo que se pueda llevar a voluntad de una parte a otra. No hay quien pueda separarme de lo que yo no quiera dejar.

—Harán que lo quieras.

—¡Silvina!—insistí—De ti no me separarán jamás.

Fué tanto el calor que puse en estas palabras que el llanto de Silvina se calmó, cobrando su rostro una expresión como de esperanza.

Los días que transcurrieron desde esa tarde, fueron muchos. Alberto, encargado por mí de todo lo referente a la testamentaría de abuelita, pidióme autorización para traspasar a su socio, que era una persona casada y de edad, la parte directa de ese cometido. Prudente y delicado ese mi buen amigo. ¡Cuánto más estimable se me hizo por dicho rasgo! Vino a casa en compañía de su socio, para presentármelo. En momentos en que el aludido daba un vistazo a los papeles de abuelita, recogidos y guardados por mí

cuidadosamente, díjome Alberto con mirada triste y abatida:

—¡Hasta cuándo, Juana! ¿La podré, por Dios, visitar de nuevo alguna vez?

—Podrá — le contesté — Ganado se lo tiene en buena ley.

Yo no sabía en ese momento, cómo me las compondría para el efecto. Pero me había resuelto a recibirlo: las circunstancias harían lo demás. Alberto dióme muestras de apreciar en mucho tal decisión. ¿Por qué habré de callar que yo también me sentí contenta por ella? ¡Estaba tan necesitada de calor afectivo, así fuese sólo el de la amistad!

El socio de Alberto me requirió datos sobre el pleito perdido de las cien leguas. No le pude referir sino generalidades: quien estaba al tanto de todo sobre el particular, era Fernando.

—Sería preferible otro conducto — dijo el abogado.

Mirélo sorprendida y por toda respuesta mostróme una carta del propio Fernando a abuelita, en la que le pedía disculpa por haber tolerado y "ayudado en cierto modo" a que fuese ella explotada en ese asunto. Recordé que Fernando había mostrado un singular empeño, por esos días, en que todos los herederos de abuelita ocupásemos al mismo abogado y que ese abogado era aquel que abuelita despachara de casa indignada. Recordé también cómo abuelita se había desentendido enérgicamente de toda intervención de Fernando en sus negocios.

—En todas las familias se presentan casos de estos — expresó el socio de Alberto — Una cierta flojedad en los principios morales, por un lado; y por la otra la necesidad de vivir, los explican. A mí me parece, a primera vista, que este pleito no está irremisiblemente perdido. Ha tenido, por de pronto, una

mala, una pésima iniciación. Si no fuera que en toda persona caben los errores, podría pensarse que de intento se ha equivocado la vía. En fin, señorita, opinión definitiva no tengo todavía. No la puedo tener en un examen tan ligero de estos papeles. Pero desearía informes que no están aquí. ¿Quién podría dármelos?

Pensé en Silvina y remití a ella al abogado. Yo la prevendría antes.

Haría media hora que se habían retirado Alberto y su socio, cuando se presentó en casa Elena Dormal.

—Vengo a buscarte — me dijo.

—¡A buscarme!

Elena sabía bien que yo no salía a ninguna parte.

—Vengo a buscarte, sí, por decisión de Santiago — agregó.

Y me mostró una larga carta de él, que conducía en su cartera.

Más que leer, devoré su contenido. Me estaba destinada esa carta por entero. Hablaba mi padre de los distintos procedimientos que se le habían ofrecido, a elección, para resolver el caso mío. Podía adoptarme como hija, lo cual facilitaría las respuestas esquivadoras a las averiguaciones indiscretas. Me habría adoptado porque se le habría dado la gana, y sanseacabó. Su primera idea había sido esa y casi, casi su decisión. Pero después había pensado que, teniendo como tenía él "una cierta posición", tal procedimiento no dejaría bien asegurada mi situación futura, cual lo había deseado siempre. Por el mismo correo extendía, pues, poder especial a su hermano Abel, a fin de que plantease hasta ultimarlo el juicio de reconocimiento legal, amplio, completo, de mi calidad de hija suya, enviándome provisoriamente una declaración que había hecho ante escribano público y que me aseguraría, desde que la recibiese, para cual-

quier evento, los derechos civiles inherentes a esa calidad. Lo dicho, en cuanto concernía a la faz jurídica del asunto. En los demás sentidos, su resolución era también clara y neta. Quería tenerme a su lado. Comprendía que su vida no había sido, hasta entonces, la de un buen jefe de hogar; pero lo sería en lo sucesivo. Viviría conmigo y con Elena, a cuyo efecto ésta, inmediatamente de recibir su carta, me la haría conocer, me llevaría consigo y, una vez terminadas las diligencias que me reclamasen a mí en Buenos Aires, me conduciría a París, donde estaría él esperándonos.

La carta contenía una postdata. Después de terminar, habíale asaltado a mi padre el temor de que el juicio que había de iniciar Abel pudiera perjudicar a terceros. Nada deseaba más, que evitar esto. Con tal objeto, creía que Elena o yo debíamos llamar a Benito, el ex mayordomo de la estancia de abuelita, y prepararlo para que declarase, en el momento oportuno, que yo había nacido de relaciones fugaces de don Santiago Dormal con una muchacha cualquiera de la campaña a la cual Benito hubiera conocido y que hubiese bajado a la tumba. Para los gastos que todo esto requiriese, quedaba Elena con carta blanca.

Guardé silencio durante varios minutos, luego de enterarme de las resoluciones de mi padre. No atinaba con la respuesta que debía de dar. ¡Dejar todos los recuerdos de abuelita entre los cuales vivía! ¡Cambiar de hogar, de apellido y hasta de país! Esto último solucionaba uno de los inconvenientes que más me habían preocupado: el contacto continuo con las dos hijas mayores de Abel Dormal. Empero, suscitaba otros. Era, por otra parte, fuerte, muy fuerte todo aquello. ¿Y Silvina? ¿Las palabras con que había presentido ella la separación que llegaba? ¿El

compromiso moral con que yo la había levantado de la postración en que cayera? No era posible, no, que yo rompiera tantas y tan poderosas amarras como me ligaban con lo que había sido hasta entonces mi vida.

Elena debió adivinar lo que pasaba en mi espíritu, porque me interrumpió en mis reflexiones diciendo:

—No será necesario que esto se haga de inmediato. Podrás tomarte los días que quieras para el traslado y aun probar primero si lo deseas...

—¡Probar! — repuse — Elena: no me haga usted la ofensa de pensar que pueda yo abrigar dudas sobre lo que sería para mí su compañía. Si cupiera reemplazar a las madres — una madre ha sido abuelita para mí — usted sería de las pocas que podrían hacerlo. No es eso, Elena; no es eso. Son otras cosas, otros problemas hasta este momento insolubles, que tan grande cambio me crea.

—Medita, entonces, Juana. Estudia con tranquilidad tu situación y resuelve luego.

—Es lo que me creo obligada a pedirle: un plazo para responder.

—¡Plazo! No, querida. Nada que te presione. Los días que quieras. El tiempo que quieras. Santiago sería el primero en juzgar discretísima esta conducta. Hay que conocerlo a Santiago, Juana mía. ¡Es de una bondad tal! ¿Quieres que te haga una confidencia?

Asentí.

—La casa en que yo vivo es de él. También su moblaje entero. De igual manera los fondos con que se atiende a su sostenimiento. Todo, todo de él, que me lo ha entregado y entrega con la generosidad más amplia, no consintiendo ni en que se lo agradezca. ¡Todo esto, por quien no es sino su hermana! Juzga, pues, lo que te espera a ti.

Volví a callar. Yo no podía confiarle a Elena — a mi propio padre no se lo hubiera confiado — el motivo que principalmente me detenía. No tenía tampoco por qué aparecer ante ella desdeñando ventajas, con riesgo de que se me juzgase farsaica en eso.

Por fortuna cambió ella el tema, sin duda para darme un respiro; y sólo al despedirse no pudo evitar que reapareciera, por el hecho de tener que entregarme el documento a que la carta de mi padre se refería: una especie de expediente con varias fojas de papel sellado llenas de legalizaciones de firmas y sellos a lacre, conteniendo la declaratoria provisoria que me aseguraba en los derechos de mi nuevo estado civil.

Como los aseguraba a ellos, ¡así hubiera podido asegurarme la paz y el contento!

CAPITULO XI

¡Madre, sólo una!

—Nos va llegando la hora, niñita, del viaje aquel de donde no se vuelve. ¡Qué hacerle! Cuando supe la noticia de la muerte de la niña, su abuela, no me sorprendió. Me hizo el efecto de un mensaje de ella, diciéndome: "Benito, hasta luego", o cosa así.

Nuestro ex mayordomo, que me decía esto, había vuelto a Buenos Aires por una carta que recibiera llamándolo de parte de don Santiago Dormal. ¿No sabía yo a qué respondería ese llamado? Antes de ir a la dirección que se le había indicado, le había parecido prudente a Benito verse conmigo.

¡Vaya si sabía yo para qué lo llamaban a Benito! Era una de las instrucciones dadas en su carta por mi padre. Pero me limité a decirle que yo lo averiguaría y, entretanto, no diese él paso ninguno.

—Mis hijos — dijo el ex mayordomo — esperan ansiosos saber lo que hay. Ellos creen que don Santiago me necesitará en el puesto que tuve. ¡Oh, niñita! Sería para mí muy buena cosa. Los tiempos son difíciles. Tengo mi rancho en el pueblito y, mal que mal, vivimos todos. Pero cuando estaba de mayordomo en la estancia todo iba incomparablemente mejor. ¡Niñita: si usted pudiera influir algo ante don Santiago...!

—Está en Europa.

—Lo sé. Pero hay correo para Europa, según creo...

—Bueno, Benito. No ahora, porque todavía no puedo pensar en nada, pero más adelante, descanse usted tranquilo, le escribiré.

—Es verdad que la gente nueva que don Santiago ha puesto en la estancia, sabe más que uno. Son extranjeros muy leídos y escribidos, niñita. Pero, para mí, que le salen caros. No se contentan como nosotros con mate y puchero. Quieren de todo. Y lo que no les es dado se lo toman. Por la luz que me alumbra, niñita. Lo puedo probar.

Quedó hecha en mí la decisión de ayudar a Benito. ¡Soy de inadvertida! A mí sola debía habérseme ocurrido empeñarme en su favor. ¡Un servidor nuestro de tantos años y tan fiel! Apenas quedé sola apareció en mi mente, descarnada, la idea a que debía obedecer el llamado de que era objeto ese buen hombre. No podía ser sino Elena la que conversaría con él. La carta de mi padre era terminante al respecto: ella o yo. ¿Y para qué todo eso? Para buscarme una madre cualquiera entre la muchedumbre anónima de mujeres fallecidas desde mi nacimiento. Una madre que yo tenía y sabía viva. Una repulsión invencible por este procedimiento se apoderó de mí al analizarlo. Envolvía aquello una negación indirecta de lo que me parecía no debía negarse jamás. Madre, sólo una. La auténtica, la real. Y si no, ninguna: lo misterioso, lo ignorado. ¿Por qué mi padre se empeñaba en revolver así las cosas? Necesidad legal de ello no tenía, pues con reconocerme él como hija bastaba. Sin duda lo que perseguía era desviar la murmuración social de los rumbos que podría tomar. Si el general habíame hecho pasar como hija de él, tenía que ser por algún motivo. La declaración que se buscaba de su mayordomo, concluiría con todo. Porque mediaba la circunstancia que me he olvidado de mencionar, de que muy poco después de la muerte

de la esposa del general había fallecido la hija mayor de Benito, sin haberse casado... Por ahí, — era claro como la luz — tenía que estar orientado el plan de mi padre. Como el propósito de romper una vez por todas la espada de Damocles que tenía Silvina pendiente sobre su cabeza, no podía serme indiferente, de ahí la perplejidad en que me hallaba.

Cuando, como de costumbre desde que muriera abuelita, llegó Silvina a visitarme, no pude contenerme y lloré en sus faldas. Me sentía muy triste y muy postrada. Yo no soy para esta clase de situaciones torturantes. Me aniquilan.

Silvina hablóme de muchas cosas, con ese motivo. Del decepcionarse sin fin que comporta el vivir, de la necesidad de sobreponerse a los desfallecimientos y también del caso personal en que me hallaba: joven, soltera y sin persona mayor de la familia que me acompañase.

—¡Si yo pudiera llevarte conmigo! — añadió — No deploraré nunca bastantemente el haberme casado. Tu situación no está bien, Juana, no está bien. La sociedad no desperdicia las ocasiones de hincar su diente envenenado. Te hará pagar cruelmente, a lo mejor, el aislamiento en que vives.

Silvina debía estar muy preocupada con esta idea porque insistió mucho en ella. Yo, merecía ser feliz. Suponiendo que alguna vez tuviera que dejar de verme a menudo, sufriría mucho; mas ella estaba hecha a los dolores. Y había un dolor único que la arredraba: el de saber algún día que por causa suya, directa o remota, yo no tuviera en la existencia la suerte que de todo todo corazón me deseaba y de que — lo repitió — era yo merecedora.

Temí que hubiera llegado a conocimiento de Silvina o que ella sospechase lo que mediaba en ese momento entre Elena Dormal y yo. Mas vi pronto que

no era así. Lo que Silvina había entrevisto era mi posible casamiento. Había conocido por el asunto de la testamentaría de abuelita a Alberto Ordóñez. El interés que a mi respecto había él manifestado, fué para ella revelador. El joven era serio, honrado y de porvenir. No podía, no debía yo mantener circunstancias que pudieran servir después de alimento a la maldad. Que si me visitaba, que si no me visitaba... Con sólo eso había tema para la gente conversadora. Mi vida solitaria tenía que cesar. Silvina no sabía cómo; mas era necesario, era indispensable que cesase.

Expliquéle a Silvina el verdadero carácter de mi vinculación con Alberto: una simple amistad. Ella sonrió, lo mismo que había sonreído siempre abuelita. Estudiamos después combinaciones para mi futura vida. En Leonor, por supuesto, no había ni que pensar. ¿Fernando? Era un estímulo para nuestra vida conjunta el cariño que me ligaba con su hija Amanda. Mas nos veíamos poco con ésta desde que habíamos crecido; y, por otra parte, Fernando y Leonor congeniaban mucho y se trataban muy asíduamente. Finalmente, Fernando vivía en dificultades económicas constantes. Nunca había querido emplearse, porque eso le parecía depresivo. Sus únicas entradas, fuera de la renta de dos casitas que le restaban de su herencia, eran las participaciones no siempre bien vistas que tenía con abogados, procuradores y rematadores amigos. ¿A dónde irme, pues? Silvina quedó en hacer averiguaciones sobre una señora de respeto que había quedado pobre y podría encontrar ventaja en tener quien la ayudase a costear los gastos de su casa.

Este asunto aplazado, me preguntó Silvina si hacía mucho que no me visitaba Alberto Ordóñez. Impúsela de la realidad.

—Yo te acompañaré—me dijo—El día que quieras, con tal que sea de tarde. Perkins nunca está en casa desde las 3 hasta las 8.

Allanóme con tanto empeño los inconvenientes para la visita de Alberto, que me quedó la sospecha de que éste hubiera concertado algo con ella. Silvina misma se ofreció para comunicarle a Alberto mi decisión, si era favorable, pues había quedado el joven en ir por su casa para recoger los informes que le pidiera sobre el pleito de las cien leguas.

La visita de Alberto tuvo lugar y mentiría si dijera que no me fué grata. Conversamos desde las 4 hasta las 6 en presencia de Silvina, pero distante ella de nosotros, pues concluía una labor y necesitaba estar próxima a las ventanas de la calle, por la luz.

¿Qué me dijo Alberto? ¡Tanto! Ha de tenerse presente que así, puede decirse que a solas, no nos veíamos desde que abuelita se fuera de la tierra. Pasaré por alto lo que hablamos de la querida muerta, "nuestra querida muerta", como la llamó él; prescindiré también del recuerdo que no dejó de tener para Ernesto Perkins, abochornándome en mi interior, porque — ¡oh, la absorción que operan las agitaciones de la vida cotidiana! — había seguido en mí el olvido de él. Lo que no puedo pasar por alto, porque lo tengo demasiado presente — la razón se verá — es el final de la visita, cuando observando Alberto que se aproximaba la hora de la retirada aludió al estado de su corazón, nostálgico más que nunca de aquel cariño que suaviza todas las asperezas de la existencia y que le da a esta un incentivo grande: el cariño de la esposa.

—Yo gano dinero, Juana — me dijo — Pero he de preguntarme a menudo: ¿para qué trabajar y ganar? Adquiero día a día valimiento, consideración

social que usted sabe no tenía y la he anhelado mucho. Mas también díceme una voz secreta que no puedo acallar: ¿para qué eso? Y la verdad me lacera el alma: no tengo a quien ofrecer ni mi dinero ni mi reputación.

—Hace usted mal — le respondí — Si no tiene a quien ofrecerlo, será porque no se resuelve a ello. Un joven de sus condiciones no debe temer repulsas. ¡Son tan escasos los hombres de valer que quieren formar hogar!

Fuí sincera en esta contestación. He dicho que Alberto me inspiraba una profunda simpatía. Todo aquello que dije lo sentía de veras. Mas sólo al ver la impresión que causaban en él mis palabras, apercibíme de algo que había estado muy distante de mi espíritu en aquel momento: mi persona. Yo había hablado en general y él podía tomar mis palabras como aplicadas a nuestro caso particular. Como las tomó, en efecto, pues me dijo en temblorosa voz:

—Luego entonces, Juana, Juana... mía — permítame que una vez siquiera sea feliz llamándola así — ¿puedo esperar?

Si yo hubiera podido analizarme fríamente, no hubiera respondido, no, como respondí. Estaba convencida de que mi corazón había quedado inmunizado para siempre contra el amor. Lo que sentía por Alberto me parecía que no era sino amistad. Mas, de una parte la compasión por el estado en que aquel amigo me había mostrado a su alma, y de la otra un atropellamiento a que he notado que soy propensa cuando me emociono, hiciéronme cerrar los oídos a toda reflexión.

Y mis labios murmuraron:

—Sí: puede usted esperar.

Alberto se levantó transfigurado y me oprimió la mano, al despedirse, con una presión como de caricia.

—No se olvide de nuestro asunto — le dijo Silvina, acompañándolo hasta la puerta de la sala.

—¿Del asunto de ustedes? Ni de ninguno de los a mí confiados. Salude usted en mí, señora, desde este momento, al primer trabajador de nuestro foro.

—¡Cómo se va de animado! — exclamó Silvina al quedar solas — ¿Qué ha pasado, Juana?

—Lo de costumbre, no más.

Y hube de felicitarme de que Silvina se fuera pronto a su vez, porque necesitaba estar sola. Estaba asustada de mí misma. Tenía la sensación de haber obrado como una aturdida. Yo no lo quería a Alberto; era solamente su amiga, nada más que su amiga. "¿Estás segura?", me pareció que me decía, con su sonrisa que conocía tanto, la voz de abuelita, proveniente de su imagen alada que descubrí entre nubes blancas y rosáceas. Me había dormido.

Al día siguiente se me apareció en casa Elena Dormal. No me preguntó nada; pero bien veía yo que su visita no podía responder sino al deseo de conocer mi decisión acerca de lo indicado por mi padre. Hablamos de los términos en que estaba concebida la declaración hecha por él en París, ante escribano. No los recordábamos con exactitud y le pedí me esperase un instante para releer yo el documento. Pasé con este motivo al escritorio, donde lo guardaba. La declaratoria de mi padre representaba una cuantiosísima hijuela asegurada; pero me conduciría, dada la forma como habían sido planteadas las cosas, a una especie de negación siquiera fuese sólo moral de mi madre auténtica. Esta idea, que se había hecho una obsesión en mí, mezclóse con el recuerdo de todo lo que veinticuatro horas antes me había dicho y había hecho en mi obsequio Silvina. Había una caja

de fósforos al alcance de mi mano. Me quedé mirándola durante un tiempo que no puedo recordar, pero que debió ser largo. Digo esto, porque Elena, que había quedado en la sala, apareció de improviso delante de mí preguntándome:

—Juana: ¿qué te pasa?

—¡Ah! Perdone, Elena... — respondí.

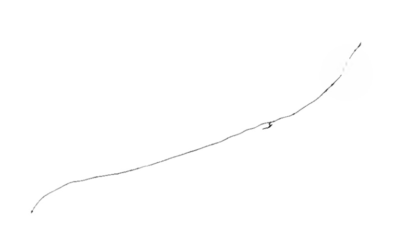
Y encendiendo un fósforo lo arrimé a los papeles sellados.

—¡Juana! ¡Juana...! — me dijo Elena — Que los quemas...

—Eso quiero — exclamé — Que no quede nada de ellos.

Y por toda explicación, que Elena probablemente no comprendió, agregué:

—¡Madre, Elena, sólo una!



CAPITULO XII

El arrancón

Cuando no quedó de la declaratoria de mi padre sino un montocillo de ceniza que el aire comenzó a esparcir por la pieza, Elena me dijo:

—Es tu voluntad y basta. Los motivos que tengas, los respeto. ¿Quedaremos aquí, Juana, o vamos a volver a la sala?

—Como usted quiera, Elena. Ejecutada la sentencia, siéntome muy aliviada. Me estaba matando la idea de que pudiera pensarse que el dinero está, para mí, sobre la lealtad filial.

—¿Vive entonces tu madre? ¿Sabes quién sea? ¿La conoces? ¿Te tratas con ella?

Pensé primero no contestar. Mas ocurrióseme que podría entrañar cobardía moral ese silencio y respondí resueltamente:

—Sí.

Elena me contempló muda un momento y luego dijo:

—No necesito más para comprenderte. Comprenderte, Juana, en tu actitud, implica quererte más. Has hecho lo que debías. Una mujer que Santiago estimaba grandemente, debe haberse sentido satisfecha de ti desde arriba: tu abuela. Te ha infundido evidentemente su escuela, como lo deseaba él. Ni ahora, ni más adelante, te pediré yo detalles. Conoces a este respecto mis ideas y mi modo de ser. Sólo te diré que, renunciando al reconocimiento por parte

de tu padre, no has renunciado a tu adopción por él, cual fué su pensamiento primero. Esto no requiere tramitaciones ni documento ninguno. Es un hecho que se opera... porque se opera. Nada más. ¿Preparo todo, pues? ¿Encargo los pasajes?

Sin decidirme todavía, porque otro proyecto estaba aleteando en mi cerebro, no rechacé la proposición. Dije a Elena que definitiva y netamente, tendría mi respuesta esa misma noche; y me insinué inquiriendo hasta dónde llegaría mi libertad, supuesto que hubiésemos de vivir juntas, para el trato con otras personas.

—Libertad absoluta — respondióme Elena — en tratándose de personas de tu sexo. Yo te invito a una hermandad, no a un pupilaje. Ahora, por lo que toca a relaciones con hombres, sería otra cosa. Estarías tú a mi cargo y mal podría, pues, desentenderme de intervención en eso. En tu beneficio mismo, Juana, pues he vivido más que tú.

—Ni yo pretendo otra cosa — me apresuré a contestar — Me juzga mal, Elena, si ha creído...

No me dejó concluir.

—No he creído nada — dijo, interrumpiéndome — sino que me pareció del caso la advertencia, porque he sabido tienes algo con Alberto...

—Amistad, solamente...

—¡Juana! ¡Juana! ¡Sin confianza conmigo! Ten presente que Alberto me ve casi todos los días...

Comprendí por esto que mis palabras al joven en su visita última, debían ser conocidas de Elena. ¿A qué, pues, los subterfugios? Quise que se enterara de la situación cómo era y se la expliqué. Para mí, examinándome a fondo, Alberto seguía siendo sólo un amigo; un caro, muy caro amigo, eso sí. Pero algo que le dijera en la última entrevista podía haber sido interpretado por él de otra manera. Teníame eso

muy preocupada, hasta asustada. No sabía cómo obrar, porque tampoco era mi deseo darle un disgusto. Yo anhelaba de veras continuar teniendo su aprecio y su confianza.

Me pareció notar que a Elena no le causó mal efecto el hecho de que yo no sintiese amor por Alberto. Me pareció, porque se animó mucho al oirme y se interesó de manera acentuadísima en que aprovechase la primera ocasión para poner las cosas en su lugar.

Confirmó esta impresión mía, la siguiente manifestación que me hizo:

—Por lo que me dices, tú no lo quieres. El enemigo mortal del amor, en nosotras las mujeres, es el dudar. ¿No nos sentimos seguras de querer? Es porque no queremos.

Prosiguió diciéndome que si alguna desgracia había, de que yo debía empeñarme en librar a Alberto, era la de que fuese poco querido. Tratábase de un muchacho bueno y singularmente afectivo. Debía yo anhelar para él, si la amistad que le profesaba era cual la describía, una mujer que lo pudiese amar de manera cálida, ardiente, que lo pudiese amar por entero. Ella sabía de alguna niña que reunía esas condiciones y le podía convenir. Entre las dos podríamos ingeniarnos para que todo se encarrilara por esa vía. Ya conversaríamos después detenidamente sobre el particular. Conversaríamos, y haríamos nuestra combinación.

Quedé desazonada, luego que se fué Elena; y me pregunté si no estaría exagerando yo, cuando dudaba tanto de mí misma. ¡Yo, incapaz de querer! ¡Y era desgraciada, precisamente por tener demasiado corazón! ¿A qué me habría franqueado tanto con Elena? No estaba contenta de eso. Su discreción merecíame plena confianza; estaba segura

de que lo que le había dicho no saldría de ella; mas mis cosas, habíame agradado siempre tratarlas y resolverlas por mí sola, sin intervención de terceros. Había incurrido en otro atropellamiento y me cobré fastidio a mí misma al constatarlo.

La visita cotidiana de Silvina, sacóme de estas impresiones. Con ella me llegaba la oportunidad de tentar el plan que había concebido y de que dependía la decisión que anunciara a Elena para la noche. Silvina iba en sus relaciones con Perkins de mal en peor. Desde que yo supe que le había puesto las manos encima, aquel hombre érame despreciable y odioso. No comprendía cómo Silvina continuaba soportándolo. Yo debía tener un temperamento muy distinto: ¡si a mí un hombre, por mucho que lo quisiese, llegaba a golpearme!... A la sola idea me sentía capaz de todo: del veneno o del puñal, tal vez no; pero de escupirlo y abandonarlo en el acto, eso sí que sí. Silvina se podía separar de aquel marido indigno; se debía separar. Y ello producido ¡qué perspectiva! Ella y yo solas, viviendo en una casita modesta, aun pobre, pero nuestra, sólo nuestra. Yo que me encontraba sin fuerzas para sufrir más, sentíame pletórica de ellas para trabajar. Cosería, bordaría, o me emplearía. ¡Qué me podía arredrar, tratándose de no vivir agregada a nadie y de gozar de paz!

Pregunté a Silvina por Perkins y su conducta y vi que la situación, para mi plan, no podía presentarse más viable. Ya no era solamente el juego el que lo ponía insoportable. Había comenzado, además, a beber. La noche anterior había llegado a su casa completamente embriagado. En esos momentos, no era sino una bestia. Daba miedo y daba asco. La había golpeado también nuevamente.

Pero cuando, indignada y creyendo ir a lo seguro, enuncié a Silvina la separación, rechazóla terminan-

temente. Ya me había dicho en otra oportunidad que no había sufrimiento de que ella no se considerase merecedora. Los afrontaría a todos, a todos, porque el sufrir era su expiación. Además, abuelita le había dado un consejo que no olvidaría nunca. Cualquier sacrificio, antes que la separación en un matrimonio. Esta, sólo en último, muy último extremo. Creían mejorar los cónyuges que se separaban; y en infinidad de casos había visto abuelita que lo que lograron fué abrirse las puertas de males mayores. Era inútil todo plan que reposara sobre la base de la separación. Fué la contestación final de Silvina y vi que no había que insistir.

Quien insistió fué ella. Insistió en lo que ya antes me había dicho: en que yo no podía seguir viviendo sola.

—Siempre hasta ahora te he hecho pedidos — me dijo — Nunca te he dado un mandato. ¿No me desconoces facultad para esto último, Juana?

Medité un instante y respondí con firme convicción:

—No.

—Pues, no ya por pedido — siguió ella — sino por obediencia: ¡pon fin, Juana, a tu situación ésta!

—¿Aun cuando debiera ausentarme? — pregunté a Silvina.

—¡Ausentarte! ¿A dónde?

—A cualquier parte. A Europa, por ejemplo.

Silvina palideció y se llevó una mano al corazón. Pero tenía, ya lo he dicho, un muy grande dominio de su voluntad.

—Aun cuando hubieras de irte a Europa — dijo y se levantó y despidió lagrimeando, para agregar todavía desde la puerta — Es mandato, Juana, no pedido.

Silvina se sacrificaba a lo que entendía era su deber: bien que me saltaba esto a los ojos. Sus pala-

bras y su retirada sumiéronme en una verdadera crisis de angustia. Pero, toda vacilación era ya ociosa. No tenía otro medio para obedecer que aceptar el primero de los planes de mi padre, en lo cual también, aunque no expresamente declarada, debía contemplar una orden.

Para no prolongar más la irresolución de mi caso. escribí de inmediato a Elena comunicándole que me tenía dispuesta al arrancón del ambiente en que había vivido. No me iría a su casa en seguida, porque eran muchos los arreglos que debía efectuar. Fué esto, más que nada, un pretexto. Me parecía mejor salir de casa directamente para el vapor que nos conduciría al viejo mundo. Invitada por Elena a viajar con ella, no trascendería el carácter real de mi abandono de la casa que ocupaba; y cuando se supiese que las dos viviríamos juntas indefinidamente, la cosa parecería naturalísima.

Mi despedida de Silvina la hice la víspera del viaje, pidiéndole se viniese a pasar la tarde conmigo. A Leonor y Fernando no les dije nada. ¡Vivíamos, de todas maneras, tan distantes! Por otra parte, de Leonor tenía nuevos motivos de queja, después de la escena que produjera a propósito de las joyas de abuelita. El hecho de no haber pasado de conversaciones lo de la estancia que Santiago Dormal pensara escriturar a mi favor, habíame vuelto a desvalorizar ante los ojos de ella. Según decía, yo no pasaba de ser una de las tantas pobres chicas condenadas a vivir de lo que buenamente se les quiere dar. La pobre chica resolvió, pues, lo que le cuadraba: no decirle a Leonor ni que se iba de la patria. Antes de separarnos, exigí de Silvina que cualquiera novedad ingrata para ella y que tuviese importancia, había de comunicármela por cable bajo clave y firma supuesta que le dejé. Esa promesa que obtuve fué el precio que puse a mi obediencia, con ser que la

hubiera obedecido a Silvina sin precio ninguno. Pero esto no se lo dije, por supuesto. Cuando Silvina se despidió, casi desfalleció.

Estos arrancones ¡cómo cuestan! Tienen sin duda los viajes un grande atractivo. Mas verdaderamente serían cosa mejor, si se les pudiesen suprimir las despedidas; o si fuera posible, cuando una se ausenta, cargar con todo aquello de que le es doloroso desprenderse.

En el vapor tuve la sorpresa de saber que sería también nuestra compañera Dora Dormal. Toda su familia se había reunido para despedirla a ella y Elena. No me incluyo en el número, por más que respecto de Abel Dormal creo que podría hacerlo sin riesgo de equivocarme. Abel no perdió oportunidad de demostrarme, no solamente que me estimaba, sino que me distinguía. Mecha y Clara, sus dos hijas mayores, como de costumbre: serias, secas y aun adustas conmigo. Clara estaba con un joven que parecía ser su novio. La señora de Abel, discreta y correcta como otras veces, en el tratamiento que me dispensó.

No he dicho una palabra todavía de quien no podía faltar en aquellos momentos: Alberto. Estaba próximo a la escalera de acceso al barco, cuando llegué yo acompañada por Manuela, Dorotea y Benito, que se habían hecho cargo de mi equipaje. Alberto me esperaba sin duda. Se ofreció para guiarme hasta donde estaba Elena y, en el trayecto, en una detención que nos impuso la aglomeración de la concurrencia en los pasillos, me dijo:

—Hasta ayer, Juana, fuí feliz. Creí poder irme con ustedes. Esperaba el desistimiento, que era casi seguro, del poseedor de un pasaje. No se produjo en la forma que la empresa preveía. Ese pasaje, directamente fué traspasado a Abel Dormal.

—Pero ¿va también con nosotros Abel?

—No. Quien va es un empleado del sindicato a que pertenecen él y su hermano. Yo lo vi a Abel para pedirle hiciera ir al empleado por otro vapor. Pero no era posible. Así a lo menos me lo afirmó. ¡Lo que deploro, Juana, este fracaso de mi propósito! Sólo me consolaré con saber que a usted le es sensible también. ¿Es así?

—Por todas razones, Alberto, no puede ser sino así. El trato de usted; su ayuda de hombre en tantas y tantas emergencias como tienen los viajes...

No pudimos después conversar a solas. Veíalo a Alberto ora próximo a mí, ora lejos, con los ojos enrojecidos y un aspecto general de abatimiento que daba pena. Me quería, Alberto. Debía quererme como yo, ciertamente, no lo merecía: con un amor intensísimo. Bastaba observarlo un instante para recibir esta impresión. Noté que Mecha Dormal intentó varias veces entablar conversación prolongada con él. ¿Sería Mecha la... la candidata de Elena en la confidencia que tuvo conmigo y se recordará? Alberto, en todos esos casos, tardó poco en intervenir en los diálogos generales y sus miradas, girando de grupo en grupo, deteníanse siempre en mí. Unas miradas hondas, húmedas — no sé cómo decirlo — que me llegaban hasta muy adentro.

El vozarrón de la sirena del barco dió los toques reglamentarios anunciando el próximo desamarre. La concurrencia comenzó a dispersarse atropelladamente.

—Niñita: no olvidaré nunca lo que ha hecho por mí...

Fué Benito quien me dijo esto, muy emocionado. Había hablado yo, en efecto, con Elena de su caso, Elena con Abel y, si bien no estaba todavía de mayordomo nuevamente el buen hombre, había vuelto a ser ocupado en la estancia.

Manuela y Dorotea me tendieron a su vez las manos. ¡Pobres! ¡Cómo estaban de conmovidas! Ma-

nuela quedaba a nuestra espera con medio sueldo y viviría con Dorotea. Yo no me había conformado con separarme de ella.

—Las flores, Manuela. Las flores, Dorotea...

—Sí, niñita — me contestaron al mismo tiempo que se retiraban — Ni su abuelita ni don Ernesto podrán tacharnos de desmemoriadas.

Se me acercó Alberto. ¿Qué pasaría por mí en ese instante? ¿Por qué mi corazón, que nunca me había parecido fuese de él, estremecióse dolorosamente haciendo que se me agolpasen lágrimas en los ojos? Extendíle una mano temblorosa, sin poder llegar ni a articular la palabra adiós. Alberto no me la retuvo, como otras veces, algunos segundos. Soltóla casi de inmediato y se puso en camino hacia la borda llevándose por delante cuanto encontraba al paso. Dióse vuelta de pronto y como viera que mis ojos lo habían seguido, contrájose su faz y cubrióla con el pañuelo.

No pude permanecer en el lugar en que estaba. Mis nervios eran una pila eléctrica. Sentía una especie de desesperación por moverme. Fuime corriendo por la borda hacia la proa, separada por otras personas de Elena y de Dora, en tanto el barco alejábase de la muralla del dique, y poco a poco enfilaba el canal de salida.

Agitábanse pañuelos desde la orilla. Pronto, muy pronto, fueron apenas pequeñas aletas blancas. Un bote arrancó desde la orilla y tomó nuestra misma dirección. El botero remaba con una decisión que denotaba la buena paga. Alcancé a reconocer al pasajero que lo ocupaba. Era Alberto, que se puso de pie al verme, agitó su pañuelo y al comprender que yo lo había visto y lo saludaba con mi mano enguantada de blanco, cayó de nuevo en su asiento, sollozando.

CAPITULO XIII

Un rival de Dios

Las primeras horas del viaje hubieron de resultarme muy poco atractivas. Habíase apoderado de mi ser un desforzamiento que me llevó a recostarme. Cuando llamaron a almorzar, pedíles a Elena y Dora que me disculpasen, pues no me sentía en disposición de probar bocado. Logré, felizmente, dormir un rato y, al despertarme, era otra. Encontréme ágil y hasta contenta. La hora del té congregónos a Elena, Dora y yo en el comedor. Creo que me compensé del almuerzo perdido. Estaba verdaderamente voraz. ¡Y con qué placer aspiré luego el aire fuerte, cargado de ozono, que se respiraba desde el puente! No necesitaba más para saber que el viaje me sentaría. ¡Cuánta diferencia, y a cuán pocas horas, entre ese mi estado y el de la partida! Al separarse el vapor de tierra, había sentido impulsos de dar un salto y volverme a ella. En ese momento, un bienestar singular bañábame entera como en una onda deleitosa.

Nuestro vapor, fuera de Montevideo donde se detuvo algunas horas, empero de noche y lejos de la costa, no tocó puerto durante muchos días. Santos, Río de Janeiro y demás ciudades del Brasil, no las vimos. Tampoco a Lisboa, en Portugal. Fué, pues, todo un señor viaje el que nos tocó. Hubimos de experimentar la monotonía de la vida de a bordo. Por más que conversábamos, los relojes parecían no

marchar. Las fiestas del "salón" no alcanzaban tampoco a inmunizarnos contra el bostezo. Comenzó a moverse violentamente el barco poco antes de pasar la línea y nos atacó el mareo. A pesar de sus molestias no fué para nosotros huésped ingrato, porque nos alivió de dos días que se nos pasaron punto menos que inadvertidos. Al levantarnos una mañana, tuvimos ante los ojos un panorama hermosísimo de cerros salpicados hasta la cumbre de copos de nieve que caían sobre una arena amarilla. Estábamos frente a las Islas Canarias, en cuya capital, Las Palmas, nos detuvimos.

La novedad del amarre nos encantó. Hubiéramos bajado a tierra gustosas; pero Dora no se encontraba bien y debimos acompañarla. Estábamos las tres contemplando el inusitado movimiento, apoyadas en una parte de la borda muy cercana a la escalera de acceso del barco, cuando apareció en ella un caballero de regular estatura, moreno, bien trajeado y que llamó la atención en seguida por el alboroto que armaba en torno de él, ya con órdenes a su sirviente, que le conducía el equipaje, ya con preguntas o reclamos a los oficiales del vapor que le habían salido al encuentro. Al verlo, Elena hizo un movimiento de sorpresa y dijo algo que yo no entendí por un fuerte ruido accidental que se produjo. El caballero, en el mismo momento, miró a nuestro grupo y, corriendo hacia Elena, abrazóla exclamando:

—¡Tía! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo te va Dora?

Elena se apresuró a presentarme al joven con estas palabras:

—Mi sobrino Carlos Idoyaga.

—¿Me disculpa un momento, tía?. Voy a concluir de instalarme y seré todo de usted y ustedes.

Inclinóse ante nosotras cortésmente y se fué restregándose las manos, no sé si de frío, pues el día era desapacible, o de júbilo.

—¡Cómo está de viejo! — dijo Dora a Elena.

—Y sólo tiene treinta y ocho años — repuso ella. — Por el trabajo y los contrastes, no puede ser. La pobre Julia dejóle una gran estancia, con cuyo producto tiene de sobra para vivir.

—¿Quién era Julia? — pregunté yo, interviniendo.

—Nuestra hermana mayor — respondió Elena. — Porque fuimos cuatro hermanos: ella, Santiago, Abel y yo. Julia se casó y enviudó a los dos años. Cuando Carlos, mi sobrino, tenía doce, es decir hace veintiséis años, murió. Quedó Carlos al cuidado de unos tíos paternos, que lo hicieron educar. Con nosotros se ha visto siempre, pero poco. Su vida la ha venido pasando en el campo o en el extranjero.

—La última vez que fué a casa — dijo Dora — yo acababa de hacer la primera comunión.

Volvió poco después el sobrino de Elena y nos invitó a celebrar el encuentro — el feliz encuentro, como lo llamó — bebiendo una copa de champaña. Revelóse alegre en esta oportunidad y bastante locuaz. También, tal vez, algo pagado de sí mismo; muy "yo" por lo menos en sus opiniones, que emitía a propósito de todo con el aire de las personas hechas a no encontrar ni admitir contradictores. Sobre los viajes, por ejemplo, dijo que él los realizaba no por ilustrarse; los hombres ilustrados no eran más felices que los no ilustrados; el tiempo que perdían los primeros en aprender, empleábalo él en divertirse; el resultado era igual para los otros y para él: vivir... morir...

Nuestra otra escala fué Cádiz, ciudad que desde el vapor nos pareció una paloma blanca de alas abiertas. Bajamos para recorrerla en compañía del sobrino de Elena, muy atencioso y expeditivo para estos casos: pudimos comprobarlo. Al regreso tuvo Elena la novedad de un telegrama a bordo para ella. Era de mi padre y decíale en él que no podría estar

en París para la fecha de nuestro arribo, por lo cual le proponía hiciésemos una ligera recorrida por España entretanto él se desocupaba. ¡Qué vida la de mi padre! Estaba en Constantinopla, a donde pedía le fuese enviada la respuesta. Resolvió Elena que bajáramos en el siguiente puerto de escala: Barcelona. Idoyaga manifestó que haría él la misma cosa. El rumbo que llevaba era otro. Mas se encontraba muy a gusto en nuestra compañía. Tenía por sistema ser franco: conforme no se encontrase bien, nos diría "buenas tardes" o "buenas noches", y abur: él por su lado y nosotras por el nuestro. Nos pedía usásemos de análoga franqueza: él no se resentía por esas cosas. Si los dogmas se pudieran adaptar a su naturaleza siempre rebelde, habría uno que aceptaría sin violencia: el que estableciese como obligación de la vida, la siguiente: pasarlo bien.

—Mira que lo primero que haremos será visitar a la Virgen de Monserrat — le dijo Elena.

—No importa — contestó — No seré creyente, pero soy curioso. Y, por otra parte, no me molesta que los demás crean. En la mujer, hasta me agrada. Visitaré también a la Virgen, tía. Y aun al Papa, si hasta Roma se les ocurre ir.

—¡Ojalá pudiéramos! — respondió Elena — Lo deseo de alma.

Bajamos en Barcelona. Visitamos su renombrado Paseo Colón, digno en verdad de la grande e industriosa capital de Cataluña. La rambla hallábase, cuando llegamos, poblada de quioscos de flores y de pájaros, que vendían muchachas de agraciados rostros y cuidadoso arreglo. Diónos todo eso la impresión de la música, la poesía y la belleza reunidas.

A Monserrat, teníamos que ir por ferrocarril a cremallera. El sacudimiento de este viaje nos lo compensaron vistas magníficas. Montañas de grandeza imponderable; precipicios... tentadores para más de

un desgraciado; campiña cultivada hasta en el último de sus palmos. ¡ Y qué bella la Virgen de Monserrat, no obstante ser de tez muy obscura, al punto de parecer modelada en azabache! A medida que nos habíamos ido aproximando al santuario, mi alma se había transportado a mis cosas viejas: abuelita, Ernesto Perkins, Silvina, Alberto... También, sí, Alberto; ¿por qué no? Por abuelita y Ernesto, recé con un fervor que pocas veces consigo. Para Silvina pedí una gracia especial, muy especial a que aludiré siempre sin revelarla, por tratarse de un anhelo mío, absolutamente de mi intimidad, y que no estoy segura de que tuviera el derecho de alimentarlo. Empero, fuera lo que fuere, yo lo sentía a este anhelo y la Virgen, sólo la Virgen, me escuchaba. Por Alberto no pude rezar. Su recuerdo me llenó entera. Pero un recuerdo que llamaré profano, no que traspirase unción religiosa. Pensé en lo que haría, si habría persistido en su idea de embarcarse, si podría yo recibir a su lado algunas de las impresiones del mundo viejo. Pensé también en lo que opinaría mi padre de nuestra amistad; si sería como Elena, a la cual al parecer esa amistad no la complacía mucho. ¡No la complacía! Me corregí. ¿Quién sino yo misma tenía la culpa de ello? ¿No le había declarado a Elena que no lo quería a Alberto y que, no queriéndolo, le había dado esperanzas...?

—Hace rato que te aguardamos, Juana — me dijo Elena al oído.

Había perdido la noción del tiempo, abstraída en mis cosas.

—¡Qué rezadora había sido! — exclamó Idoyaga al verme salir del santuario — Si nos descuidamos, tienen que tendernos la mesa y el lecho frente a la Virgen.

—¡Qué quiere! — repuse — Son tantos los seres amados por quienes tengo que pedir...

—Nosotros también, por supuesto, entre esos seres amados... — dijo Idoyaga y se echó a reir.

—Pues no es poca tu pretensión — le contestó Dora, acudiendo en mi ayuda.

—Téngoles dicho muchas veces que, por dejar de pretender, nunca me pasará nada. Pretendo y he pretendido siempre todo.

Y volvió a reir.

De Monserrat nos fuimos a Málaga, desde donde Elena telegrafió a mi padre para fijar la fecha de nuestro encuentro. Málaga es una ciudad de clima parecido al de nuestra Córdoba. Me quedó la impresión de que la Málaga nueva será linda. Vimos trovadores en las calles cantando a sus amadas. Mi padre contestó que debía permanecer todavía ocho días en Constantinopla y que era mejor lo esperásemos en Italia, no en España.

—¡Su Papa de usted, tía! — exclamó Idoyaga — Lo verá. Lo veremos, pues yo todavía no deshago la compañía.

Marchamos para Italia y durante el viaje Elena buscó conversar a solas conmigo. Cuando lo logró, preguntóme si había reparado en la persistencia de su sobrino en acompañarnos. Era eso raro en él, que no se molestaba por nadie. De que algún motivo lo retenía con nosotros, no cabía duda. ¿Dora?... No era para Idoyaga sino una chiquilla, y como a tal la trataba. Tenía que ser por mí que Carlos Idoyaga se nos mantenía acoplado. Híceme la sorprendida por la ocurrencia de Elena, que sin embargo no había dejado de pasar también por mi mente. Mas como Elena insistiera en convencerme del interés de su sobrino en mí, creí de mi deber decirle claramente:

—En el supuesto ese, Idoyaga perdería su tiempo. Y me extraña, Elena, que sea usted, al tanto de...

—Precisamente por lo que me dijiste la vez pasada — me interrumpió ella — ¿No era que tu corazón estaba libre?...

—Que yo dudaba de mí, Elena. Que no sabía si quería o no quería...

—¿Lo has sabido después?

Callé. Es cosa sabida que el que calla otorga. Elena lo interpretó así. Reveláronmelo estas palabras, que añadió luego de reflexionar algunos instantes:

—Alberto no te conviene, Juana. Me he abstenido de decírtelo, porque no me parecía necesario. Ahora que lo es, ten presente lo que has oído. ¿Qué puedo yo desear más que la felicidad de él y la tuya? Pues por eso, precisamente; por tu bien y el de Alberto, te lo advierto en tiempo. No puedes tú ser la esposa de Alberto. No puede él ser tu marido. De tu corazón dispón, Juana, como quieras. No debes darlo sino a quien ames. Pero desvíalo de Alberto porque, te lo repito, eso no puede ser.

Elena díjome lo que antecede con una firmeza y una seriedad que me dejaron fría. Muy grave razón debía ser la que mediase para que ella, tan prudente, se pronunciase así. Como se levantó de mi lado apenas concluyó aquella advertencia, comprendí que no podía o no quería ser más explícita. Mi imaginación lanzóse entonces al análisis de todas las hipótesis. ¿Estaría casado Alberto? ¿Tendría lazos en la vida de aquellos que...? Rechacé los pensamientos de esta especie. ¿Cómo podría él haberse comportado conmigo así? Tendría que ser un canalla. Y era caballeresco Alberto al más alto grado, y correctísimo. Yo no lo conocía de un día, sino de muchos años. ¿Y cómo, si el motivo para lo dicho por Elena fuese de aquella grave naturaleza; cómo Elena había pensado en otra niña para él; según mis sospechas, en su propia sobrina Mecha? ¿O sería por

esto mismo, por Mecha, que Elena encontraba imposible el enlace de Alberto conmigo: por estar concertado ese enlace para Mecha?... Ya no era joven ésta; podía, así, serle irreparable la pérdida del novio, supuesto que eso hubiera llegado a ser Alberto para ella. Mas, yo no le habría *soplado* el pretendiente; no se lo habría *soplado*, porque habría estado ignorante de todo; Alberto se habría dirigido a mí, sólo por su propia voluntad, sin mal manejo ninguno de mi parte. ¿Por qué habría de ser, pues, yo la sacrificada y no Mecha?

Todo el tiempo que tardamos en llegar a Italia me lo pasé dando vueltas y más vueltas a estas hipótesis. Afortunadamente el sobrino de Elena viajaba en otro coche del tren internacional que nos conducía; y lo veíamos poco. De otra manera, mi desgano de conversar habría podido tomar ante él el carácter de una desatención.

Llegamos a Roma a las dos de la mañana. La ciudad dormía. La ligera recorrida de ella que hubimos de hacer al dirigirnos hasta el hotel, dióme la sensación de hallarnos en medio de una vasta necrópolis. Mediado el día, vino Idoyaga en nuestra busca. Ya había averiguado que al día siguiente "bajaría" el Papa a San Pedro y nos traía entradas para una tribuna de preferencia. Había visitado, para el efecto, al secretario de la Legación Argentina ante la Santa Sede, que era amigo suyo de la infancia. En cuanto a ser recibidas en audiencia privada, no podía asegurar que lo consiguiésemos. El secretario le había prometido hacer la gestión respectiva, empero dudando de su éxito. Incluímos en nuestro programa de salidas una visita a monseñor Roca, joven y ya eminente sacerdote argentino, muy de la relación de la familia Dormal, que se hallaba en Roma. Esa visita fué para mí de interés no menor que las que hicimos: a San Pedro, el templo mayor del mundo,

con su célebre estatua en bronce de la nave central, gastada en los pies por los besos de los devotos, con sus mosaicos admirables que no se sabe si son de pintura o esmalte y con su imponencia general indescriptible; a San Pablo, con su blancura ideal de paredes y columnas, sus medallones representativos de todos los Papas habidos desde Pedro el pescador, sus mármoles y pórticos rarísimos, sus altares de malaquita y su magnificencia toda; a San Juan de Letrán, con el antiguo obelisco que, cual centinela de los siglos, pues es contemporáneo de la guerra de Troya, se alza en la plaza del mismo nombre y con sus cuadros de mérito imponderable, su mesa de la última cena y su Escala Santa; y a las catacumbas de Santa Inés, Santa Petronila y San Calixto, recuerdo imborrable de las primeras heroicas generaciones de cristianos.

Fué para mi de tanto interés como todo esto, la visita a monseñor Roca, porque me dió a conocer al sacerdote de que me sentía necesitada para abrirle mi espíritu en procura de luz y consejo. La confianza que me inspiró su persona fué instantánea. Y el reposo, la ilustración y el tacto, trascendieron de las palabras de monseñor Roca en tal forma, que me dije: "este habrá de ser, Juana, tu guiador".

La primera vez que vimos al Papa, no la olvidaré en muchos años. Era el gran León XIII. Apareció en la iglesia de San Pedro, donde estaban apeñuscadas más de sesenta mil personas, subido en la silla gestatoria que conducían cuatro soldados de la guardia suiza vestidos de seda encarnada. No se oía sino esta exclamación, que crecía hasta ensordecernos a medida que se aproximaba a nosotros: "¡Viva el Papa Rey!" Parecía León XIII una ilusión, más que un ser viviente. Extendía sobre todos, bendiciendo, una mano delgada y temblorosa, que no parecía tener ya fuerzas más que para eso. Cuando llegó al altar

mayor y entonó no sé qué canto del ritual, ¡qué voz la suya! No parecía posible que proviniese de aquella naturaleza aparentemente exhausta. Siguió la ceremonia, con esa grandeza que emana de todo el simbolismo cristiano: aquel ser aclamado y venerado por todos, que tenía el poder moral mayor de cuantos se conocen sobre el globo, había descendido de su silla y, confundido con el común de los fieles, elevaba como cualquiera su corazón a Dios.

A nuestro regreso al Hotel, encontramos una tarjeta de monseñor Roca y las invitaciones anheladas para una audiencia privada del Santo Padre. Tenía también Elena una carta con estampillado extraño, luego de leer la cual dijo:

—Suerte que sea para mañana la recepción privada que nos ha conseguido monseñor. De otro modo, habríamos tenido que perderla.

—¿Por qué, Elena? — pregunté.

—Porque saldremos pasado, a primera hora, para Nápoles y de ahí para Constantinopla.

Quedamos mudos.

—¡Este Santiago... !—continuó Elena—Siempre el mismo. No le costaba nada habernos dicho que estaba enfermo...

Todos a un tiempo inquirimos noticias, ansiosos.

—Parece haber pasado ya el peligro. Pero yo no me quedo tranquila. ¿No puede él venir a buscarnos? Iremos nosotras a su lado.

—Yo siento, tía—dijo Idoyaga—Pero esta vez nos separará distinto rumbo. Con mis mejores votos, huelga decirlo, por la salud de tío.

—Demasiado has hecho, Carlos—contestó Elena—Habremos de agradecértelo mientras vivamos.

—Si es que no debo ser yo el agradecido. ¡He pasado con ustedes cada agradable día... ! Pero volveremos a encontrarnos, tía.

Y agregó:

—El mes próximo estaré en París.

Cuando nos recibió León XIII en audiencia particular, pudimos examinarlo de cerca. Pálido como la cera, sin una sola arruga en la cara, sus dos ojos pequeños y brillantes, salidos como de una calavera, nos miraban sonriendo. Una por una fuímonos acercando a él, implorando su bendición para nosotras y para nuestros seres queridos y haciéndole tocar rosarios y medallas. Explicábase el buen predicamento de monseñor Roca en el Vaticano, con solo verlo. Estaba allí, incorporado al número de los que rodeaban como auxiliares al Pontífice. Al acercarme yo al santo anciano, me recibió con un cariño que me conmovió hasta lo íntimo del alma. Me preguntó si era de Buenos Aires, la capital de la Argentina, o de alguna de sus provincias; me dió a besar el anillo y me palmeó en la cabeza como a los niños. En ese instante no pude contenerme y se me llenaron los ojos de lágrimas. Agregóme en italiano el Papa esta otra pregunta: si no tenía alguna gracia especial que solicitar por su intermedio. Recordé lo que había pedido a la Virgen de Monserrat y contesté: "Sí, sí, Santo Padre: una muy grande, muy grande". León XIII elevó sus ojos al cielo y, bendiciéndome de nuevo, dijo: "Concédatela Dios, hija mía".

Salí de la audiencia casi sin poder tenerme. Nunca me he emocionado como entonces. Necesité un buen cuarto de hora para reponerme.

Antes de retirarnos del Vaticano pasamos por la Sala Clementina, con sus gobelinos sencillamente maravillosos; y por las galerías de Rafael, monumento colosal del arte. Tenía en esta recorrida a Carlos Idoyaga a mi lado, quien me dijo de improviso:

—Ya me parece, Juana, que la veo hecha una francesita.

—¿Por qué?

—Me refiero a nuestro próximo encuentro en París. Poco le costará a usted, de seguro, tener ese no sé qué de las parisinas.

—No crea. El chic nace en la mujer francesa. Me sentiría muy satisfecha de adquirirlo, porque soy una admiradora de las parisienses. Pero...

—Yo también soy admirador. Mas no me pregunte usted de quién...

—Supongo que de la mujer francesa...

—¡Qué me importa a mí de la mujer francesa! La mujer a quien yo admiro, es una de mi tierra... Juana... ¿sabe? Tengo entre ceja y ceja metida una impresión.

—Si es entre ceja y ceja, está mal usada la palabra. Mejor que impresión, habrá usted de decir que tiene un capricho.

—Capricho, o lo que sea. Juana: estoy cansado de estar solo. La soledad me pone triste. ¿No le parece que tengo razón?

—Seguramente.

—¿No sabe usted qué me contestaría la que yo quiero?

—Creo que antes de hablarla usted, debe informarse acerca de si su corazón está libre.

—Encontrándose usted en un caso de esos, ¿qué contestaría?

—¡Yo!

—Sí.

—Que no pienso en casarme.

—Su corazón, entonces, estaría libre.

—No, porque está ocupado por Dios, que es su dueño y señor.

—Pues... Juana... ¿sabe?... Dios tendrá un rival. Y ese rival seré yo.

—¡Qué locura! Semejante rivalidad no es posible.

—Lo será. Porque, no lo tome a broma. Va de veras. Yo me propongo quitársela a usted a Dios.

—Dios no me dará sino al que se me presente como amigo de El y mío.

—Juana: no lo dude. Yo se la quitaré a usted a Dios.

Dijo Idoyaga, a tiempo que se rehacía nuestro grupo. Luego, por la noche, nos despedimos y al siguiente día, muy temprano, estábamos nosotros en viaje para Nápoles, de donde seguiríamos a la capital de Turquía.

CAPITULO XIV

Un imposible

Nápoles, ciudad alegre y bulliciosa, promete grata estadía al forastero. Nosotros, con el pensamiento fijo en el enfermo distante, no la vimos sino de pasada para el vapor que nos llevaría a nuestro destino. El vapor parecía estar esperándonos, porque apenas llegamos arrancó. Luego de pasar por delante del archipiélago de las islas Lipari — un grupillo de diez y siete, más o menos — pudimos contemplar la mole del Stromboli, el volcán que según la leyenda fué morada de Eolo. Por el estrecho de Messina, desde el que alcanzamos a ver a Reggio, Calabria y la ciudad cuyo nombre lleva ese estrecho, pasamos al Mediterráneo, donde la presencia de tiburones, ballenas y peces voladores matizó nuestro viaje con los atractivos de lo novedoso, así como el espectáculo de las olas que al chocar en la quilla de los barcos producen ondas de luz color verde muy claro. El Pireo, Atenas, Esmirna, con sus recuerdos de la vieja civilización, saliéronnos al paso, quedando sólo en nuestra retina el cuadro de sus tiendas pocilgas, en que los tapices se entremezclan con la comida; de sus abundantes camellos de cara seria y giba atestada con mercaderías y de sus casas de doble reja que dicen por sí solas de la situación a que se halla todavía reducida en esos lugares la mujer. La verdad que si no fuera por el Cristianismo, nosotras también seria-

mos así. Penetrando en los Dardanelos, nos aproximamos por fin a la capital de Turquía.

Nada hay comparable a la llegada a Constantinopla. La entrada al Bósforo es de un efecto indescriptible sobre los ojos y sobre el espíritu. Quédase éste mudo de admiración. Aquello, sencillamente, no tiene igual. Contemplamos la ciudad de Constantino, fuertemente impresionadas. La antigua Bizancio no podía presentarse más preciosa, sobre todo de lejos, como toda ciudad turca. Destacábanse entre la edificación compacta y llamativa, Santa Sofía con su gran cúpula, luego otra mezquita soberbia cuyo nombre no pude obtener, después la columna de cuarenta metros que el gran emperador cristiano sacara del templo de Apolo en Roma y, un poco a lo lejos, sobre una colina, el palacio del Sultán.

Apenas atracado a tierra el vapor y colocada la planchada, buscamos con los ojos a mi padre. No estaba. Cuando con la inquietud consiguiente a esta ausencia, quisimos inquirir datos, hízosenos imposible dar el menor paso rodeadas como nos vimos, y junto con nosotras el vapor entero, de perros hambrientos que el personal de a bordo y la gente de tierra procuraba ahuyentar sin mucho empeño. Un joven vestido a la europea que había subido al barco entre los primeros, llegó hasta nosotros acompañado de un mucamo de a bordo.

—¿La señora Elena Dormal? — preguntónos en correcto francés.

Elena se adelantó hacia él.

—Tengo encargo de conducirla hasta la residencia de su señor hermano.

—¿Por qué no ha venido él? ¿Grave todavía?

—No, señora. El peligro de vida ha pasado. Pero de su brazo derecho, el más estropeado en el accidente, no puede decirse lo mismo. No es seguro que

lo pueda salvar. A pesar de lo cuàl ha sido una desgracia con suerte la del señor Dormal. Pudo muy bien morir, como el fogonero de la máquina que lo conducía.

—¿Dónde? ¿Cómo? — pregunté afligida.

—Acá, cerca de la ciudad, en las obras del ferrocarril turco-búlgaro que el señor Dormal visitaba como presidente que es del directorio de la sociedad que las construye. Yo, que soy su secretario, no lo acompañé en la excursión por pura casualidad. La máquina no daba cabida a más de uno, fuera del fogonero extinto y del maquinista que resultó también mal herido.

—¡Vamos, chicas! — dijo Elena — No perdamos momento.

Recogidas nuestras maletas, hizo entrega Elena de todas sus constancias del equipaje al secretario de mi padre y nos dirigimos a la planchada. El acceso a ésta era imposible, de tal manera hallábanse sus proximidades repletas de gente que parecía discutir acaloradamente. Digo parecía, porque no comprendía una palabra de ese idioma de los turcos, para mí impenetrable.

—No se insultan — dijo el secretario de mi padre, adivinando nuestra impresión — Conversan. Los turcos son así. No pueden hablar sin gritar. Con permiso... — agregó.

Tomando la delantera mostró un cintillo que tenía prendido en la parte superior del chaleco. Tanto la oficialidad del barco, como la muchedumbre, abriéronnos calle al instante. A pocos pasos esperábannos dos carruajes lujosamente atalajados, uno de los cuales ocupamos. El otro quedó para el equipaje, según dijo el secretario, que subió también con nosotras, luego de traspasar a un lacayo los documentos que le diera Elena.

En el trayecto el secretario informónos sobre la situación especial que tenía mi padre en Turquía. Era una verdadera personalidad. Por su residencia, que era el palacio del gran visir, puesto gentilmente a su disposición cuando llegó, habían desfilado los ministros de todas las grandes potencias y los hombres más conspicuos del mundo político y financiero turcos. El Sultán había enviado todos los días un representante de su casa civil a informarse de la salud de aquel su gran amigo. Su disgusto por lo sucedido era tanto mayor cuanto que los culpables del accidente parecían ser sus propios súbditos: unos obtusos que no alcanzaban a comprender los beneficios que les produciría el ferrocarril, viendo sólo el perjuicio inmediato que les ocasionaría con la supresión de las caravanas.

—¿Fué intencional entonces el accidente? — preguntó Elena.

—El señor Dormal lo cree así. Notábase mucho descontento en los beduínos. Habían además formulado amenazas. Por último, en el lugar del descarrilamiento, pues lo que hubo fué un descarrilamiento de la máquina, se encontraron sacadas muchas tuercas de los durmientes.

—¡Salvajes! — exclamé, desbordante de indignación.

Espléndido el palacio del gran visir en que residía mi padre. Habría hecho honor por su construcción a cualquier gran capital de Europa. Luego de atravesar amplios vestíbulos sucesivos y de subir por una regia escalera al segundo piso, llegamos a la habitación en que se hallaba mi padre. Al abrazarnos desde el lecho, se le cayeron lágrimas. Habíalo contrariado — nos dijo — la noticia de nuestro viaje a tanta distancia; mas una vez que lo veía realizado, confesaba que le procuraba mucho placer y mucho

aliento. Había menester de ambas cosas. La soledad, enfermo y en aquel extraño ambiente, le hacía daño. Podría ser que con nuestra visita lo torturase menos la idea de la tremenda desgracia que contemplaba cercana: una amputación que lo dejaría como un inválido. Este pensamiento reaparecía a cada momento en la conversación de mi padre. Veíase que estaba obsesionado con él. Llegaron los médicos y lo encontraron con aumento de temperatura. Se nos recomendó que cuidáramos de que hablase poco. La temperatura subió más en la noche. Pronunció mi padre muchas veces en alta voz palabras que no tenían sentido. Evidentemente deliraba. Y siempre, siempre la mutilación probable asomaba, agitándolo de manera que nos inquietó.

En uno de esos momentos Elena díjome al oído:

—¿Qué te parecería, Juana, que hiciéramos una promesa?

—Sí, Elena: cuéstenos lo que nos cueste.

—¿Nos acompañarás tú, Dora?

—Sin la menor reserva.

—Bueno. Visitaremos las tres los Santos Lugares, si salva Santiago su brazo. Iremos a dar gracias al cielo, por el gran favor, sobre la losa misma del santo sepulcro.

—Iremos.

¡Poder de la fe y de la gracia! Nos sentimos con un valor y una confianza indescriptibles, después de la promesa esta. Las impresiones mismas de los médicos dejaron de interesarnos en la forma febril que cuando llegamos. Ellos sabrían mucho; pero nosotras creíamos estar en posesión de un secreto equivalente en valor, para el caso, a la máxima sabiduría. Nosotras teníamos una certidumbre íntima de que sería en definitiva innecesaria la amputación.

Y así fué. ¿Por obra solamente de la ciencia? Puede ser, como puede no serlo también. El hecho es que sin aquella impresión de fortaleza que nos diera la promesa, los días angustiosos que pasamos al lado de mi padre, habrían concluído por enfermarnos.

Sobrevino la convalecencia y con ella reapareció en nuestro enfermo el buen humor. Mientras almorzaba una tarde, servido por nosotras tres, lo que lo tenía encantado, refirióle Elena la asidua compañía con que habíamos contado en nuestra recorrida de España y Roma.

—Sorprendente, sí — dijo mi padre — Porque Carlos ha esquivado siempre la sociabilidad. Herencia tal vez del viejo Idoyaga, que era un vasco misántropo.

—¡Teníamos también un señuelo...! — exclamó Elena.

Y me miró, haciéndome enrojecer hasta los ojos.

—¡Acabáramos! — agregó mi padre — Y... ¿sabes, Elena? No dibuja desatinadamente sus planes la señora Casualidad. Carlos, aunque algo hosco, nunca fué mal hombre. ¡Pues de veras! No me parecería mal.

—Lo que sería necesario es que no le pareciese mal a la interesada — dijo Elena.

—Naturalmente. Y si le pareciera mal, no habría caso. Pero ¿qué motivo, qué razón...?

—Alguna impresión anterior: suponla...

—Eso no podría ser cosa grave. En un libro de mi predilección hay un pensamiento que siempre recuerdo. Aludo a los tulipanes de Pope. ¿Conocen ustedes eso?

Contestamos negativamente.

—Pues dice Pope que los tulipanes tienen la realeza de la hermosura entre las flores. Pregúntase

luego el porqué de ello, y encuentra la causa en estas profundas palabras: a las variaciones de los tulipanes debemos la mitad de su encanto. Imaginemos, en efecto, a lo que se reduciría la realeza de la hermosura de los tulipanes, siendo ellos invariable, monótona, insoportablemente iguales...!

—¿De manera que habremos de proscribir de la vida la consecuencia en los afectos? — pregunté.

—Juana... — me dijo mi padre — No has vivido como yo en Inglaterra y todo lo entiendes por el lado de la estricta formalidad...

—Es así esta criatura — exclamó Elena — ¡Pone una gravedad en todo! Porque le aceptó una vez no sé que promesas a Alberto...

—¡Alberto!

—Sí. Han cultivado y cultivan los dos muy estrecha amistad.

Mi padre ya no habló durante el resto del almuerzo. Por la tarde, solo conmigo, estuvo mirándome largo rato con ojos que me parecieron de compasión. De improviso suspiró. Y como yo le preguntara por el motivo, repuso cual si hablara consigo mismo más que conmigo:

—¡Pobrecita!

Esa misma tarde convinimos en la forma cómo apareceríamos él y yo ante el mundo. No quería contrariarme en lo más mínimo. Si había de ser sincero, mi actitud hasta lo había llenado de orgullo. Era sangre muy generosa la que circulaba por mis venas. Daba por ello gracias a Dios. Yo sería ante la sociedad hija suya de adopción y tomaría, con ese motivo, el apellido Dormal. No le llamaría padre, sino Santiago, como si fuera él un tío mío o un hermano mayor. En cuanto a los puntos no arreglados — los de mi seguridad económica futura — arbitraría él la conveniente solución.

Hicimos días después las primeras salidas y al regreso de una de ellas, abriendo mi padre su correspondencia, díjome:

—Hay, Juana, un telegrama para ti.

—¡Telegrama! ¿Dónde?

—En París. Así me lo comunican pidiendo instrucciones.

—Alberto, que se ha embarcado — exclamó Elena.

Mi padre repuso con gravedad que me llamó la atención:

—Alberto no se ha embarcado ni tampoco se embarcará.

—Habíalo asegurado con tanta decisión...

—Asuntos muy serios de su bufete de abogado lo retienen y retendrán aún mucho tiempo en Buenos Aires.

Pregunté a mi padre si no le daban datos sobre el firmante del telegrama y su contenido:

—Me dicen que es de firma desconocida y que viene en clave.

Sentí escalofríos. Con esos detalles sabía yo que sólo podía ser de Silvina el telegrama y que algo ingrato y de importancia debía haberle ocurrido. Pedí a mi padre ordenara la remisión urgente del telegrama, y como me dijera que podía disponer su retransmisión telegráfica, acepté. Algunas horas más tarde estaba en mi poder el despacho, en el cual me comunicaba Silvina que Perkins se había quitado la vida. Afortunadamente mi padre estaba en ese momento con visitantes y pude evitarme la comunicación directa a él de la noticia. Me limité a decirle a Elena que una de las hermanas a cuyo lado creciera, la que más quería, Silvina, acababa de enviudar y, pretextando un dolor de cabeza, me acosté.

¡Las vueltas y revueltas que dió esa noche al asunto mi imaginación! ¿Qué causa habría originado el

suicidio de Perkins? No podía ser sino algún gran contraste del juego. ¿Y cuál sería la situación de Silvina? ¡Ah! ¡Para qué me había ausentado yo de Buenos Aires! Silvina y yo a esas horas podríamos estar viviendo juntas, como se lo había yo propuesto sin éxito. No me levanté de la cama en dos días. Cuando lo hice, había escrito una extensa carta para Silvina que quise en persona llevar al correo. Al abrir mi cartera en la respectiva oficina para abonar el franqueo, notéla más gruesa y pesada que de ordinario. En efecto: tenía ella algunas docenas de libras esterlinas y además dos billetes de mil francos. Interroguéla a Elena cuando regresé. Contestóme que Santiago le había pedido mi cartera y la había tenido consigo algunos momentos. No sabía más.

Cuando me vi con mi padre retuvo él cariñosamente mi mano en las suyas cerca de un minuto.

—Tengo que agradecerle lo de la cartera, Santiago — le dije.

—¡Oh! No vale la pena — me respondió — Pensé que pudieras querer darte algún gusto. He ordenado a mi secretario que se ponga a tus órdenes.

—Gracias. Pero me parece que no tendré en qué ocuparlo.

—Ustedes las señoras no se desenvuelven bien en los bancos. Pudieras tú querer... cambiar los billetes, por ejemplo.

Delicado mi padre. Bien comprendí que a lo que había querido aludir era a un posible giro de dinero por mi parte para Buenos Aires. Como en efecto lo hice. Lo que más me preocupaba de Silvina, era la situación de pobreza en que se podía encontrar.

Una vez restablecido del todo nuestro enfermo, fué llegado el momento de cumplir la promesa que hiciéramos. Elena se encargó de comunicársela a su

hermano y de pedirle autorización para nuestro viaje a Palestina.

—Bien pensado — contestó — Lo prometido es deuda. Tenían que ser así ustedes, para llenarme la vida como me la llenan. Yo, nunca he podido pasar a los tramposos.

Se informó después del día en que deseábamos partir y dijo prepararía todo al efecto. No nos dejaba de amargar el gusto de la visita a los Santos Lugares, la idea de la nueva separación que nos crearía. ¿A dónde se iría mi padre y dónde nos reuniríamos de nuevo? No había dicho él nada al respecto y ni Elena, ni Dora ni yo nos atrevíamos a interrogarlo. Cuando llegó la fecha y el momento de la partida, Elena le tendió la mano.

—¡Cómo! — dijo él — ¿Despedida? No, hermana mía; no.

—En verdad que no tienen nada de agradables estas escenas — expresé yo.

—Es que no me despido. No nos despediremos, porque yo voy con ustedes.

—¿A Palestina?

—Sí, a Palestina. ¿No hicieron ustedes la promesa por mí?

—Así es.

—¿Y les parece bien que agradezcan todos el favor, todos menos quien lo recibió?

—Como no habías dicho nada... — contestó Elena.

—Como no me habían ustedes preguntado una palabra... — expresó mi padre.

—¡Qué grata sorpresa! — exclamamos Dora y yo a un tiempo.

Mi padre continuó:

—Visitaremos antes Santa Sofía. Que no se diga que han estado ustedes en Constantinopla y no han

visto esta maravilla. Deberán dejar el calzado a la puerta para ponerse unos zapatines de paja. Diz que de esta manera el templo ese, que lo edificó una cristiana y grande cristiana, Santa Elena, mas que la media luna se lo ha apropiado después, no será profanado. ¡Cosas de turcos! La propiedad que verdaderamente vale, está grabada en Santa Sofía con el sello indestructible de su arquitectura. Verán allí a mahometanos rezando con los brazos en cruz, o con la cara sobre el suelo y a otros lamentándose en los rincones. A mi humilde parecer, valiérales más darse un baño siquiera una vez cada doce meses. ¡Son de desaseados!

Fuimos y hubimos de comprobar cuanto manifestara mi padre. Nos detuvimos también un rato en la mezquita del sultán Almed, muy hermosa; en el museo, con algunos sarcófagos interesantes, como el que contiene o se afirma que contiene el cráneo de Alejandro el Grande; y, por último, en el palacio del sultán, para llegar al cual fué menester que constatáramos una vez más la abundancia de perros existente en la capital de Turquía: unos perros flacos hasta dar lástima y perezosísimos, pues no se mueven del camino aunque amenace llevárselos por delante un carruaje. Bien es verdad que, en vez de hacerse en Turquía lo que haríamos en Buenos Aires: echarlos a látigo, bájase el cochero de su pescante y los saca en brazos para otro lado, con un respeto proveniente de la siguiente misión augusta que los perros desempeñan en la ciudad: limpiarla de las suciedades con que se alimentan.

Conocimos después a Rodas, de cuyo coloso afamado no quedan ni señales, conservándose tan solo en las paredes de la ciudad, escudos de los caballeros de las cruzadas; seguimos a Beyrut, que no merecía la visita sino por ser el lugar de la única facultad

de medicina de Turquía, y nos dirigimos luego a Baal-bek, por el monte Líbano, en un atrevidísimo ferrocarril con cremallera. Esto, como paisaje, sí que valía la pena. También por las ruinas que restan del tiempo de Salomón. Es sorprendente observar el arte y la delicadeza con que en aquella civilización primitiva se hicieron del mármol verdaderas filigranas. Como es sorprendente también, constatar que aquellas enormes moles (consérvanse aún de pie en los templos de Júpiter, Baco y Venus, columnas marmóreas de siete metros de circunferencia por treinta de alto y bloques de piedra de diez y nueve metros de largo por tres de espesor) no pudieron ser transportadas con los elementos mecánicos de hoy. Pasando finalmente por Damasco, donde visitamos la casa de Ananías y donde muchas cosas nos hablaron de la conversión del gran Saulo, llegamos a Samoj y nos embarcamos para Tiberíades.

Este viaje dió lugar a la reanudación del tema de Alberto. Era grande el calor y habíamos subido al puente del barco para refrescarnos. Elena recordó impresiones que sobre esos parajes le había dejado un libro muy hermoso que le regalaran, cuando no tenía ni idea de abandonar a Buenos Aires.

—¿El libro que te regaló Abel? — preguntóle mi padre.

—No — contestó ella — Otro que me llevó Alberto, el día que se doctoró.

Mi padre guardó silencio.

—A propósito de Alberto — prosiguió Elena — ¿No tenías tú, Santiago, que decirle algo a Juana?

—Cuando sea indispensable.

—¿Has logrado olvidarlo, Juana? — me preguntó Elena directamente.

—No la comprendo, Elena.

—Que si has logrado olvidar a Alberto...

Callé, como siempre que Elena me hacía esta clase de interrogaciones.

—¿Ves, Santiago? La situación, sin variante. Se volverán a ver tarde o temprano, resurgirá con mayor fuerza la simpatía que los atrae...

Mi padre habló:

—Quiero y debo suponer, Juana, que serás razonable. Alberto se ha formado puede decirse que en nuestro hogar y tú has sido incorporada a él. Es como si fuesen ustedes dos, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Nuestro más grande interés está en que tanto Alberto como tú, vivan contentos y lleguen a ser dichosos. Si nos oponemos, pues, a que se amen como novios para unirse luego como esposos, tiene que ser por algo...

—¡Qué cosa, Dios santo! — pregunté temblorosa.

—Alguna razón muy poderosa.

—Pero ¿cuál? ¿por qué?

Y escondí mi rostro demudado en el pecho de Elena.

Mi padre, con firme convicción, empero con voz que me pareció doliente, dijo:

—Porque es un imposible.

CAPITULO XV

Do ut des

El por qué de la grave manifestación de mi padre, obsesionó desde ese momento mi espíritu. Las aguas se pusieron inquietas sacudiendo al barco fuertemente, y yo ni reparé en ello. Fué menester que me significaran expresamente la conveniencia de que cambiase de lugar, hasta por motivos de seguridad. Al desembarcar comenzó la transformación que aguarda a los que viajan por Palestina: ser tomados en cuenta de maletas — y tampoco ello me interesó mayormente. En los puertos no hay muelles. Opérase en los primeros el trasbordo de los pasajeros, de los barcos a lanchas pequeñas que tripulan hombres de color aceituna y de un desarrollo físico extraordinario: fortachos, atléticos y cubiertos de harapos que, cosa rara, los llevan con asombrosa elegancia. Esos hombres, de pie en las débiles embarcaciones que manejan, aguardan el momento en que las olas las elevan hasta el nivel en que los pasajeros esperan, y recibiendo a éstos uno por uno, los trasbordan cual si tomasen en brazos a una criatura. Elena y Dora, casi se desmayaron de susto en aquel angustioso momento; mi padre ensayó protestas contra el procedimiento, que no le dieron resultado; yo, como si nada. Me dejé transportar con la indiferencia más absoluta. Mi espíritu estaba muy lejos de aquel espectáculo. La preocupación que me absorbía era muy otra.

Fuimos al lago de Tiberíades, hermoso y grande, como que tiene veintiún kilómetros de largo por nueve y medio de ancho. Dora había llevado un libro que evocaba a lo vivo los grandes recuerdos de este lugar, y me lo prestó en un descanso que hicimos. Esa lectura me fué benéfica. Por aquellas aguas había andado el Señor; sobre ellas marchó hacia sus discípulos, como si pisase tierra; esas mismas eran las olas que asustaron a los discípulos del Maestro, dando lugar a que éste las calmara y a que les dirigiera aquella su recomendación tan sugestiva: "hombres de poca fe, ¿por qué dudáis?" ¡Ah! Yo también dudaba; dudaba de mis fuerzas para resistir los vientos ingratos que sacudían la mísera barquilla de mi vida. Apoyé mi frente en el libro, cual si durmiera; y lloré con llanto copioso que me dejó en el alma una sensación de alivio.

Repusímonos con una noche de descanso de las fatigas de tanta mudanza y, cuando nos dispusimos a reanudar la marcha, nos preguntó mi padre:

—¿Quieren que hagamos la excursión completa, antes de dirigirnos a Jerusalén? ¿O prefieren que pasemos por alto algunos lugares, conformándonos con los recuerdos que nos dan de ellos los libros?

—Visitemos todo, Santiago — contestó Elena — No hemos venido hasta aquí, para consultar las razones de comodidad.

Y recorrimos en etapas sucesivas que mi memoria no guarda en su orden exacto: Cafarnaum, que quiere decir ciudad o pueblo de consolación, donde el Señor realizó mayor número de milagros y salvó de una terrible fiebre a la suegra de Pedro; Caná de Galilea, donde inauguró su vida pública, asistiendo a una boda y elevando el matrimonio a la dignidad de sacramento; Caifa, con su tierra blanca, calcárea, que cubre a los viajeros de los pies a la cabeza y sus bosques de palmera semejantes a los de nuestra cam-

paña de Goya en Corrientes; Nazareth, que significa retoño o flor, blanca, silenciosa, con su fuente venerable a donde acudía la Virgen en busca del agua necesaria en su hogar, y con su iglesia de la Nutrición levantada donde vivió el Niño y tuvo su taller San José; el monte Tabor, áspero, hosco, de salvaje grandeza, donde Jesucristo se transfiguró; el monte Carmelo, donde vivió el profeta Elías y donde meditaron y oraron tantos sabios paganos, Pitágoras entre ellos; y luego por vapor, previo el embarco desagradable antes descripto, Jafa o Jafet, de donde nos dirigimos a Jerusalén

Muy malos los hoteles de Jerusalén; mas en la postración que sentíamos... ¡cuán reparadores! Yo no recuerdo haber dormido nunca tan profundamente como a raíz de nuestro arribo a la ciudad sagrada. Estaba verdaderamente rendida A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, tenía a Elena delante de mi con un sobre lleno de sellos en las manos.

—Es para mí, pero he querido abrirlo en tu presencia. Es carta que leeremos juntas. Nos ha venido siguiendo desde Roma sin alcanzarnos. Y continuaría esperándonos en París, si Santiago no hubiera ordenado fuera remitida acá toda la correspondencia que allá hubiera para él y nosotras.

—Veamos — repuse incorporándome en el lecho — ¿Letra conocida?

—Sí. De Alberto. Carta, pues, no solamente para mí...

—Lea, Elena.

Estas palabras mías me brotaron precipitadamente, en concordancia con la ansiedad que sentía.

La primera parte de la carta de Alberto estaba destinada a narrar la tristeza en que había quedado. No podía dominarla ni con el trabajo, que le había caído en forma de no dar abasto para atenderlo él

y su socio. De no haber sido por eso, habría tomado, cual lo pensara, el siguiente vapor. ¡Si no se hubiese tratado de asuntos que requiriesen su intervención personal! Pero, entre otros, uno que le había llevado Abel Dormal implicábale una grandísima responsabilidad. Era el año asegurado, desde el punto de vista de los honorarios; pero era también la imposibilidad de su ausencia hasta tanto terminase, lo que podía requerir lo mismo seis meses que dos años.

Recordé la seguridad con que mi padre afirmara en Constantinopla que Alberto no viajaría. Ello se explicaba. Quien le había llevado aquel asunto era Abel.

Contenía después la carta un mensaje para mí. La testamentaría de abuelita recibiría un buen refuerzo en su haber. El pleito de las cien leguas no se ganaría, pero se había podido llegar a una transacción. La persona que adquiriera del gobierno aquellas leguas, después de haberlas él concedido a militares de la expedición al desierto, de quienes las obtuviera abuelita, había consentido, para cortar toda posibilidad de una reivindicación futura, en desprenderse de quince leguas de esas en favor de los herederos de abuelita.

—¿Cuántos son los herederos? — preguntóme Elena.

—Silvina, Fernando, Leonor y yo. Cuatro, pues.

—Casi otras tantas leguas para cada uno.

—Pero muy lejos, muy lejos. Creo que en la gobernación de Santa Cruz.

—No importa. Algo siempre tienen que valer. Y con el tiempo valdrán más.

—Gracias a Alberto, Elena. Era un asunto perdido...

Elena continuó leyendo y al terminar me entregó la carta con estas palabras:

—La postdata es para ti.

Sola, pues Elena tuvo el buen tino de abandonar la pieza, leí a mi vez:

"Aquella buena amiga mía cuya ausencia tiene nublada mi vida, ¿me habrá olvidado? Los viajes son muy terrible rival. Impiden que se detenga el pensamiento. Renuevan sin cesar las impresiones. ¡Ay! Si lo que presiento fuera verdad... Renegaría de la suerte que tan propicia se me presenta en la profesión. Preferiría haberme quedado desconocido y pobre. Dicen que valen mucho el renombre y el dinero. Yo los cedería mil veces por cierto cariño hondo que ansío. No el cariño que varía. Aquel que yo doy y ojalá me pudiera ser dado. El que solo muere con uno. Ernesto Perkins fué un gran afortunado. Ni aun a la fosa le llega el frío. Hay para él calor de recuerdo constante. Un calor por el que yo cambiaría a ciegas: lo que soy, un viviente; y lo que estoy en camino de ser, una reputación."

Alberto no había estado acertado. La amiga cuya ausencia le tenía nublada la vida, según su bella frase, no lo había olvidado, no. Tampoco había olvidado yo a Ernesto Perkins, ni por supuesto a abuelita; había conversado con esta última, noche a noche, de todo y particularmente de él, de Alberto. Había conversado, ¿cómo? Como se conversa con los muertos: por los contactos espirituales que crea la creencia en otra vida. Si aquel amigo por mí no olvidado, Alberto, hubiera podido leer en mi corazón, habría escrito su postdata, seguramente, de otra manera. Los viajes, no habían sido para él un rival: por el contrario, habían sido sus aliados. Lo que no viera yo teniéndolo a él cerca, habíaseme presentado de manera patente con la ausencia. Mi corazón era de Alberto. No era un amor volcánico el que me llevaba hacia él, sino un sentimiento tranquilo. Pero lo quería: había desaparecido para mí toda incertidumbre al respecto. Caro amigo: desde el Oriente distante, la

leve arista de mi ser, tuvo vuelos imaginativos hacia ti. Para desearte más y más éxito; para agradecerte mucho, mucho, lo que por mí sentías y harías si te fuera dado; y para... No, no. Lo que iba a escribir sería una inexactitud. Es verdad que percibí en el cielo del futuro una boda. Mas es también verdad que hice de lado la idea. ¿Cómo podía desentenderme yo de aquel "imposible", tan terminantemente pronunciado por mi padre? Por una especie de sino fatal que me perseguía, la felicidad no era para mí. Tendría necesariamente que ahogar todo aquello alguna vez. Estaba, pues, en condiciones de visitar el lugar donde padeció el que sobre la tierra ha padecido más. Mis hombros parecían querer ceder ante el inmenso madero que también sustentaban. Tenía, sí, mi crucifixión: pequeña, insignificante al lado de la otra, la augusta, la sagrada; empero, pequeña y todo, abrumadora dadas mis pocas fuerzas.

—¿Te quedarás sin salir, Juana?

Era Dora quien me hacía la pregunta, de parte de Elena y de mi padre que estaban listos para visitar los sagrados recuerdos de Jerusalén. ¡Pues no había de ir! ¡Cómo no había de ir! Vestíme apresuradamente y pronto estuve con ellos. Previo el recorrido de algunas cuadras que hicimos a pie y en silencio, llegamos a la Vía Dolorosa, la mejor de las calles de la ciudad santa. Frente al Pretorio de Pilatos, un enjambre de leprosos nos salió al paso. Nos mostraban trozos colgantes de su carne raída, para interesar nuestra compasión. Casi me descompuse de repulsión y de horror. ¡Y yo que me creía desgraciada, estando libre de semejante podredumbre! Mi padre fué generoso con la turba enferma y ello fué para peor, porque desde ese momento no nos dejó. A donde quiera que íbamos, allí aparecía aquella leprosería andante.

—¡Inaguantable! ¡espantoso esto! — exclamó Elena.

Mi padre dijo:

—Aun son peores las lepras morales. ¡Si pudiéramos todos volver sobre nuestro pasado y encontrarlo como debió ser y no como fué! A mí estos cuadros me enseñan, en medio y todo de su asquerosidad.

Llegamos al gran atrio de la Basílica del Santo Sepulcro. Un núcleo de musulmanes cuidaba la entrada y nos exigió paga. Esa es la triste condición a que nos hallamos reducidos en Jerusalén los cristianos. Dentro mismo de la basílica tenían esos musulmanes sus camas, para no abandonar un momento su cometido humillador y expoliador. Detuvímonos ante una piedra cuadrilonga que se levantaba poco del suelo y tenía una inscripción; recordaba el lugar en que Nicodemo ungió con perfumes el cuerpo del Señor. Al acercarnos al centro de la rotonda, nuestra emoción fué visible: allí se encuentra el Santo Sepulcro e íbamos a estar delante de él. Elena pidió la detención de algunos instantes: el corazón le latía con violencia y necesitaba descansar.

Mi padre se me aproximó y me dijo despacio:

—Tú crees, Juana, con fe de carbonero en todo esto ¿no?

—Absolutamente en todo.

—Si me acompañaras a pedir una gracia especial ante el Santo Sepulcro, serías, pues, intermediaria valiosa en el sentido de su consecución...

—Siendo mérito el creer, sí.

—Es una gracia mía, porque soy el interesado en conseguirla, mas no para mí. Algo que yo lo contemplo como muy grande. Deseo que tú, particularmente tú, te asocies al pedido. Juana: tú sufres y acaso te esperen en el porvenir días todavía más sombríos. El sufrimiento es ley del vivir; pero toda vida debe tener su aurora. Una aurora que, a lo menos durante cierto tiempo, abra el camino al pleno

sol. Cuento, pues, con que me acompañarás. Yo solo pidiendo, ¿qué podría conseguir?...

Instantáneamente vi adecuadísima la disposición de mi padre, para lo que yo venía solicitando como gracia también muy especial: lo que había pedido a la Virgen de Monserrat y al Santo Padre...

—Conforme — repuse — Pediré por su intención, Santiago, sin saber cuál sea. Y lo pediré con toda el alma. Pero, *do ut des*: el término jurídico consagrado. Usted, Santiago, se asociará, también sin saber ni preguntar por qué o para qué, a un ruego mío; a una gracia que es mía, porque yo la pido, mas que tampoco es para mí...

—Trato hecho — dijo mi padre y se dirigió a donde estaba Elena, ya dueña nuevamente de sus nervios y de sus fuerzas.

Pasamos por una pequeña capilla que se llama del Angel, en recuerdo del que veló al Señor en el sepulcro, ahí mismo; y, abierta una puerta también pequeña, nos encontramos en el lugar sagrado: la roca célebre, cubierta hoy de mármol, que guardó el cuerpo de Jesús crucificado. Caímos de rodillas excepto mi padre, en cuya gravedad inusitada tuve, sin embargo, la revelación de que no era indiferente al momento ni al lugar. Yo, abstrayéndome de todo lo terreno, dejé frente al Santo Sepulcro mi envoltura humana. Fué como si me viese cerca, muy cerca de Dios. Mi corazón desbordó en efusiones inenarrables. No pude decir oraciones aprendidas. Dejé que mi alma hablase mudamente, sin mover los labios, sin articular palabra. El pedido de mi padre y el mío fueron hechos con un calor excepcional, único, que no lo podré poner jamás en oración ninguna, porque la emoción que me embargaba sólo es posible sentirla allí. Cuando volví a la realidad y miré a Elena, vila bañada en lágrimas. Mi padre estaba de pie,

serio, erguido, como una estatua de militar que rindiese homenaje a lo augusto con su apostura marcial.

La nave circular de la rotonda de la basílica está ocupada por capillas. A la derecha del Santo Sepulcro se encuentra la de Santa María Magdalena, en el lugar donde, al retirarse ella de la fosa vacía, fué confortada por una aparición del que buscara. Oramos también allí y pasamos a la capilla de la Aparición del Señor a su Santa Madre: está ahí la columna de la flajelación, revestida de pórfido. Pasando por el convento contiguo de los franciscanos vimos la prisión de Cristo, de impresionante lobreguez; una capilla que me parece se llama de Santa Elena; una gruta donde fueron encontradas varias reliquias de la Pasión, entre ellas la cruz; la capilla de la Coronación de Espinas; y finalmente, subiendo por una escalera de peldaños muy separados, llegamos al Calvario, primero, y luego al lugar en que fué Jesús despojado de sus vestiduras para ser clavado en la cruz.

Aquí terminaba nuestro programa de esa mañana y emprendimos el regreso al hotel. Elena dijo en el camino:

—¡Pensar que entre ocho millones de compatriotas, buena parte de los cuales sentiríanse afortunados con llegar hasta aquí, hemos sido nosotros, sólo nosotros, los preferidos de la Providencia!

Mi padre, que continuaba todavía muy meditativo, respondió:

—Si no fuera verdad merecería serlo todo lo que estos grandes recuerdos evocan. Quiérase o no, con ellos el espíritu se eleva. Yo me he sentido, como nunca, cristiano. Palabra de honor.

Antes de sentarnos a la mesa, mi padre aprovechó un momento en que estuvimos solos para preguntarme si había cumplido con lo convenido. Díjele que

sí, y superabundantemente, por el estado especial de alma que se suscitara en mí.

—Juana... — me contestó — Sabiéndote empeñada en el favor que anhelo, una preocupación muy grande se disipa en mí. Lo que no me sea dado conseguir de la persona que la motivaba, vendrá de otro lado. Vendrá, sí. Tiene que venir.

—¿Y usted, Santiago? — le pregunté — ¿Cumplió por su parte?

Y repuso él:

—Yo no sé de infidencias. Tú lo impusiste: "do ut des"...

CAPITULO XVI

Hasta la eternidad

Quedábanos poco tiempo de permanencia en Jerusalén, por virtud de las averiguaciones que hicimos sobre la salida de vapores de Jafa. Resolvimos aprovecharlo visitando: a Belén, digna más del nombre de aldea que del de ciudad, situada entre áridas montañas, empero alegre, curiosa también por la vestimenta de sus mujeres y niños e interesante por los lugares que conserva del nacimiento del niño Jesús, de su descanso sobre las pajas en el pesebre y la adoración ulterior de los Reyes Magos; a Jericó, la tierra de la miel y de la leche, que dijera el Señor, donde encontramos una fruta exquisita; al Mar Muerto, cuya agua azul, espesa y pegajosa no deja sumergirse los objetos que se le arrojan; el Jordán, donde el Redentor fué bautizado, cuyas orillas cubiertas de sauces llorones encantan los ojos; y finalmente, ya en la víspera de nuestra partida, completamos el conocimiento de Jerusalén yendo al Cenáculo, donde descendió el Espíritu Santo sobre el colegio apostólico reunido y se instituyó la Santa Eucaristía; el sepulcro de David, especie de covacha cubierta con un paño verde en el que el tiempo ha hecho de las suyas, de igual manera que en el recinto todo; el lugar donde estuvieron las caballerizas de Salomón; el valle de Josafat; el huerto de los Olivos o Getsemaní y la gruta de la Santa Agonía, construída en recuerdo del momento en que el Señor

pronunció aquellas sus palabras: "Padre mío, si no es posible que pase de mí este cáliz, cúmplase tu voluntad..." Pronto sólo nos restó visitar la mezquita de Omar, edificada sobre el antiguo templo de Salomón. Recuerdo esta visita, no solamente por ser la última que hicimos en la Ciudad Sagrada, sino también por un pensamiento que sugirió a mi padre y me pareció muy discreto. La mezquita tiene un nicho que guarda, según se asevera, pelos de la barba de Mahoma. Adorándolos, vimos a varios mahometanos con los brazos en cruz y a otros tan abstraídos que nos deteníamos a mirarlos a su lado y no lo notaban.

—Creen — dijo mi padre. — Creen en algo. Más triste es no creer en nada.

Se había impresionado fuertemente mi padre, con el viaje a Tierra Santa. Sin haber llegado jamás al ateísmo, había sido siempre, según le oyera decir a Elena, lo que llaman un despreocupado en religión. No era que la menospreciase a ésta, ni la mirara con malos ojos: no le interesaba, simplemente. Me pareció que Dios había premiado el buen fondo que, en medio de todo, existía en él y de que fuera expresión su voluntario acoplamiento al piadoso designio que nos arrancó de Constantinopla, iluminando su mente con resplandores que habían de guiarlo algún día hasta la plena verdad.

Cuando entramos al hotel para preparar nuestro equipaje, había llegado un nuevo lote de correspondencia. Cuán gozosa supe que, entre ella, figuraban cartas que en vano había esperado varios meses: de las chicas de Estévez, mis inolvidables amigas; de Silvina y hasta de Dorotea. Mientras Elena y Dora preparaban todo, de lo que les rogué me excusasen por aquella vez, yo busqué un refugio de soledad y devoré esa correspondencia. ¡Qué lazos tan poderosos los que ligan a la criatura mortal con lo que

ha sido su ambiente: los seres entre los cuales vivió; el país en que llegó a la vida!... Si me hubieran propuesto en aquel momento la distracción más codiciada, para mí no habría tenido valor. Aquellos sobres y su contenido valían más, mucho, muy mucho más.

La carta de Silvina era breve, y afectiva más que noticiosa; por supuesto, databa de fecha anterior a su viudez. Delia Estévez casi no me hablaba de ella, sino de su hermana Celina, que no sé si lo he dicho antes, era la niña de sus ojos, como de los míos. Dorotea me daba cuenta del depósito que había hecho de los muebles de casa, sin faltar uno solo, para que "cuando la niñita lo quisiera, pudiese poner su casa otra vez". No podía sospechar la buena mujer, cuánto estas palabras robustecían la idea que había asomado en mi espíritu apenas supe la muerte de Perkins. Enviábame también Dorotea, mensajes de Manuela y de Benito. La primera no veía el día de mi regreso, y, no en las fechas que yo había encargado sino casi todos los días, visitaba, aseaba y adornaba en la Recoleta, las tumbas de abuelita y de mi llorado Ernesto. La carta de Celina Estévez la he dejado para el último, porque era extensa y estaba llena de novedades. Callaré las de carácter nimio, que de todo tenían las líneas de Celina. Entre las referencias que considero dignas de mi "diario" figura la crónica que me hacía de una comida en lo de Abel Dormal. Había sido pedida la mano de Clara y era ese el motivo de la comida.

"Yo no quedé muy contenta con la colocación que me tocó — decíame Celina — Me hubiera agradado tener al lado algún amigo antiguo, Alberto Ordóñez, por ejemplo, entre otras cosas para hablar con él de ti. Pero Alberto estaba ubicado lejos, al lado de Mecha Dormal. Me intranquilizó esto por ti, Juana; por no estar tú acá, que de otro modo... No debía

haber extrañado esa colocación, sin embargo. Cuando conocimos Delia y yo a Alberto — van ya corridos algunos años — fué en lo de Abel Dormal y ya entonces nos pareció a las dos que Mecha le tenía echado el ojo. Lo que hubo fué que Alberto te conoció a ti, Juana. ¿Recuerdas aquella kermesse en que vendiste tú tantos boletos de carreritas, que en su mayor parte te los compraba él? Bueno. Mecha lo conversaba a Alberto sin cesar. Yo podía observarla bastante, porque el compañero que tenía era el secretario de la legación escandinava, que me dirigía apenas la palabra, creo que para no perder bocado. ¡Dios! ¡Cómo engullía el tal! En el país de Gargantúa, me parece que habría podido llegar a grandes destinos. Cuando terminó la comida se bailó y Alberto, naturalmente, me sacó. Insinuéle una broma sobre los efectos de la ausencia y se molestó mucho. Me dijo que estaba proyectando una retirada total de la sociabilidad, bajo cualquier pretexto, porque ya no sabía cómo hacer para desentenderse de las invitaciones de aquella familia, con la cual, por otra parte, no tenía sino obligaciones. Un día a almorzar, porque lo necesitaba Mecha para una consulta sobre los estatutos de tal sociedad de caridad; otro día a tomar el té, porque trabajaba demasiado y era conveniente que introdujese paréntesis en eso; aquella noche la comida... Tantas obsequiosidades, tenían todos los aspectos de un asedio. Deseaba Alberto que te hiciera conocer a ti esa conversación que tenía conmigo, porque nada le espantaba tanto como las habladurías. Comprendía que aquellas cosas tenían que comentarse y podrían llegar hasta ti.

"Nos habíamos sentado en un rincón y Mecha se acercó para hacerle a Alberto no sé qué pregunta. Luego aludió a los asuntos tan graves, porque no podían ser sino graves, que nos separaban del resto de

la concurrencia· "Nada de eso, Mecha — le dije — conversábamos de una ausente". Se puso seria al oirme. "Una ausente — agregué con malignidad que confieso — en la que no se confirma el refrán de que ausencias causan olvido". Mecha dióse varios golpes en el brazo con el abanico, como jugando con ese adminículo, y contestó "El olvido no siempre es un mal. ¡Hay tantas cosas que es mejor sean olvidadas, y no se puede! Supongamos: un nebuloso nacimiento, la carencia de limpia tradición, aun de legítimo apellido. El olvido, en estos casos, no es un mal, no". Alberto que había escuchado en silencio nuestro diálogo, le agradeció secamente a Mecha estas palabras. Ella lo observó con inquietud y volvió a quererlo conversar. Pero él se limitó a contestarle: "He comprendido, Mecha. Yo no tengo la culpa de no saber ni quiénes fueron mis padres; pero usted ve en eso una especie de baldón. No me queda sino agradecerle ese acto de gentileza y de caridad".

"¡Hubieras visto, Juana, la aflicción de Mecha! No hubo esfuerzo que no tentara para convencerlo a Alberto de que las palabras aquellas no las había dicho por él. Bien que lo sabía yo, que la conozco a Mecha. Tú también, Juana, te darás cuenta perfecta del rumbo que tales palabras llevaban. Mas Alberto se encerró en su resentimiento y poco antes de terminada la fiesta encontró oportunidad para decirme: "He hallado el pretexto, Celina, y se lo tengo que agradecer a usted, que dió lugar al incidente: en esta casa, por mucho tiempo, no será decorosa mi presencia. Adiós".

"Algunos días después, Alberto estuvo en casa y me refirió las ulterioridades del asunto. Abel Dormal en persona había pasado por su estudio para pedirle excusase lo sucedido, en lo cual, repitió, no había mediado mala intención. Alberto asintió a todo, mas

devolvió la atención a Abel visitándolo... en su escritorio. Mecha, pues, quiso envenenar a Alberto contra ti, querida Juana; y el veneno se volvió contra ella. Justicia de Dios''.

Las referencias éstas de Celina llenaron mi espíritu durante toda la noche, que, puedo decir, la pasé en vela. La invariabilidad de Alberto, la lealtad de Celina y lo mezquino de los sentimientos de Mecha, fueron objeto de toda suerte de emociones para mi corazón, al cual a la hora de partir, al amanecer, hube de sentirlo muy oprimido. El aire del trayecto hasta Jafa mejoróme felizmente; y luego completó esto la constante sucesión de impresiones que recibimos en el viaje por vapor hasta Port Said y por tren, de aquí, costeando el canal de Suez, hasta El Cairo. Obra notable la del canal nombrado. Vapores inmensos lo cruzaban, haciéndonos el efecto de arrastrarse sobre la arena. Vimos parte del desierto de Sahara. Nubes de arena amarilla se levantaban en él al menor soplo de viento. La arena terrible que allí todo lo esteriliza y todo lo envuelve. Sólo una que otra palmera distante cortaba la perspectiva en la soledad árida e inmensa que descubría la mirada. El Cairo nos produjo, como ciudad, la ilusión de haber dejado el Oriente. Bajo el aspecto político, también. La autoridad del sultán impera allí, pero supeditada de hecho al poder inglés. Hay un Kedive que... Iba a decir que gobierna, pero es más exacto escribir... que pasea. Las fuerzas de Inglaterra estacionadas en El Cairo dispénsanle, en efecto, una consideración acentuadísima. Sus jefes agotan el ingenio en la invención de placeres para el delegado del Sultán. Este lo pasa admirablemente. No pude averiguar los kilos que pesa, pero deben de ser muchos. En cuanto a mandar, es otra cosa: no le queda tiempo al Kedive para esa fruslería. Y los representantes de Inglaterra se prestan generosamente a subsanar esa imposibili-

dad. Por cierto que, gracias a ello, respírase en El Cairo un ambiente de libertad. Vimos el Nilo, de riberas pobladísimas y muy hermoso en su aspecto, parecido a nuestro Río de la Plata; pasamos por las posesiones del Kedive, ante las cuales nos explicamos que no le quedara tiempo a este funcionario para actuar como tal; algo así como esas posesiones, ha debido ser el Paraíso terrenal; nos detuvimos ante un sicomoro próximo a un pozo rodeado de verja, árbol que es retoño del que con su sombra prestó reparo a la sagrada familia en su huída al Egipto; y visitamos el obelisco de Cleopatra y las Pirámides. ¿Qué decir de éstas? Se apodera del espíritu un sentimiento de compasión por los esclavos de los Faraones, que hubieron de llevar a brazo hasta tanta altura tan enormes moles. La esfinge colosal con su fealdad impresionante y su achatada nariz, hablónos a nosotros del misterio, como ha hablado a tiempos milenarios y seguirá de igual modo haciéndolo, sabe Dios hasta cuándo. Previa una ligera detención en Alejandría, que data de trescientos años antes de Jesucristo y es ciudad que con su mismo actual estado habla de la grandeza del Alejandro que la fundó: el Magno; dimos por terminado nuestro viaje al Oriente, tomando el rumbo de Europa, por Messina, de donde nos trasladamos a Nápoles y de ahí a París.

La gran capital francesa, esplendorosa y riente, ganó de lleno nuestra simpatía apenas la conocimos. En primer lugar, cesaba allí nuestra movilidad de programa obligado. Este descanso reclamábalo ya nuestra naturaleza. Pudimos distraernos y recogernos, sin que nos apremiase la idea de una breve estadía. Después, vimos caras amigas: la de Carlos Idoyaga, el primero, quien apenas supo por los diarios nuestra llegada se nos presentó de visita; la de monseñor Roca que, de regreso a la patria, salía para Cherburgo y quiso antes saludarnos; y las de varias señoras

de la relación de Elena y de mi padre que residían casi permanentemente en París. A mi padre estaban esperándolo en Londres con urgencia y, con ese motivo, tuvo que separársenos casi de inmediato. Pero... París es París. No tuvimos sensación de soledad. Las visitas a los museos, al hermosísimo Bois de Boulogne, a Versailles, a los teatros, así como la tarea, para toda mujer grata, de renovar nuestra indumentaria, absorviéronnos las horas, más de cuanto habíamos imaginado. En algunas de estas excursiones acompañónos Carlos Idoyaga, que extremaba sus atenciones conmigo. Hube de cuidarme mucho de los gustos que expresaba, porque a la menor vislumbre de ellos ya Idoyaga se apresuraba a satisfacérmelos o se desvivía por hacerlo. Yo, sin desairarlo, porque no me parecía que mi educación lo consintiese y porque veía la complacencia de Elena en sus asiduidades, manteníame a prudente distancia de la intimidad. Por fin Idoyaga consultó a Elena, la que habló conmigo. ¿Qué opinaba la tía de la impresión en mí existente respecto de él? Elena le dijo que a su juicio tendría que insistir mucho, pues si bien no me creía inconquistable, estaba cierta de que era el mío un corazón difícil de ser ganado. Al día siguiente me trajo Idoyaga en obsequio una novela en boga. El protagonista decía en uno de sus pasajes a la niña de sus pensamientos: "Apasionado y rendido, sí; pero jamás mendigo. El amor trofeo es mi divisa, no la limosna, no el pordioseo de un amor que, si hubiera de serme concedido así, me parecería pedir al haraposo y no al caballero." Estas palabras habían sido subrayadas con tinta negra y a regla...

No quise decirle a Elena nada de esto, pero se lo referí a Dora, que cada día había ido entrando más en mi afecto. Era una chica muy "dada" y, aunque algo ingenua, de alma excelente. Conmigo había concluído por no tener secretos. Confiábame todas sus

preocupaciones, generalmente nimias dada su edad y su carácter. Júzguese por este detalle. En su presencia, Elena y dos de sus amigas semiparisinas habían estado conversando de lo que éramos ella, o sea Dora, y yo. Opinaban las visitantes que Dora era más bonita pero yo tenía más alma. La pregunta que me hizo Dora en secreto, muy en secreto, fué que cómo se hacía para tener alma...

—Yo no sé por qué será, Juana—agregóme—pero es el hecho que nadie repara en mí. Seré todo lo bonita que se quiera; mas ¿de qué me sirve? Tú, en cambio, donde apareces es como si reinases. Te rodean, te cortejan...

Le contesté que eso provenía del mayor mundo que yo tenía, el mayor aplomo; que lo mismo le pasaría a ella cuando tuviese más años. Dora, con esto, pareció quedar satisfecha.

Cuando le mostré la novela del regalo de Idoyaga con las líneas subrayadas a que me he referido, Dora me dijo en respuesta:

—Es un zonzo. No te preocupes de eso ni de él. Fué siempre igual Carlos: zonzo, rezonzo.

—¿Sabes, Dora, que estoy madurando un plan y que necesitaría, para realizarlo, de una aliada? Si quisieras serlo tú...

—Plan ¿de qué género?

—Para alejarlo a Idoyaga una vez por todas. Esto no puede seguir así.

—A tu disposición.

Había quedado Idoyaga en volver esa misma tarde, a la hora del té.

Tomó asiento en seguida a mi lado, en el comedor; y quiso entablar conversación aparte conmigo. Dora, inmediatamente comenzó a pedirle datos sobre la población de París, primero; después, sobre la era napoleónica y los recuerdos que de ella habíamos visto en el Louvre; a continuación, sobre el Sena, su ex-

tensión, su profundidad, su nacimiento, su desembocadura... Era como si le hubiesen dado cuerda a Dora. Idoyaga contestaba como podía. Varias veces no supo satisfacer la curiosidad de su prima. Ya he dicho que la ilustración no era el fuerte de Idoyaga. Por último, como se fuera Elena del comedor para alguna de las atenciones de la casa, dijo Dora:

—Hagamos, Juana, con Carlos el ensayo de ayer. ¿Quieres?

—¿Cuál? ¿El de la "Imitación"...?

—Ese, sí. A ver qué página le toca. Prueba, Juana. Tú siempre tienes el libro contigo.

En efecto: la "Imitación de Cristo", el "Kempis" de abuelita, se me había hecho un amigo inseparable. Sobre todo, aquel día, había tenido buen cuidado de no olvidarlo. Y lo saqué del bolsillo, diciendo:

—Consiste la prueba en abrir el libro por cualquiera de sus páginas, para ver qué le dice a uno. ¿Pruebo, Idoyaga?...

—Pruebe, si lo desea.

Abrí y leí lo siguiente que le había tocado a Idoyaga: "En vez de ocuparte de cosas que no sucederán nunca, debes prepararte para la muerte pues tu fin está más próximo de lo que piensas".

Dora se echó a reir en forma que debía aumentar el mal rato de Idoyaga.

Este, sin disimular su fastidio, contestó:

—Eso lo han elegido ustedes.

—No, Idoyaga—le dije y, Dios me perdone, no era sincera en ello—Es pura obra de la casualidad.

—Tanto usted, Juana, como esta tilingona de mi prima, tengan por seguro, ya que de la muerte me han hablado, que si ella me llega quiero ir al infierno. Allí te esperaré, Dora; allí la esperaré a usted también, Juana. Para echarles a las dos fuego encima.

—No sea malo, Idoyaga — exclamé yo — Le propongo renovar la prueba, a ver si...

No pude concluir, porque entró Elena que pidió datos sobre lo que había motivado la voz elevada de tono en que había oído que hablara el visitante.

—Figúrese, Elena—contesté—que hemos abierto y leído un fragmento de la "Imitación". Empezamos por Carlos y le ha salido una recomendación de que se prepare para la muerte. Sostiene él que le hemos elegido la página y no es así. De hacerlo, habríamos elegido algo más agradable. Una página, por ejemplo, que le recomendase que se hiciese santo.

—La muerte — dijo Elena — no debe asustarnos. Vivamos preparados para ella, y que venga cuando Dios quiera.

—Si me descuido—repuso Carlos en el mismo fastidiado tono de poco antes—serán tres las personas empeñadas en convencerme de que debo preparar el cajón. Mejor será que me vaya.

Se puso de pie y tendió la mano a Elena, que le observó:

—¿Y el té, Carlos? Ya viene. Espera un momento y te vas después.

—¿Para qué quiero té? Oxígeno es lo que dan a los moribundos.

—Pero Carlos, por favor, no seas necio...

Se fué no más Idoyaga, y sin darse vuelta al cruzar el umbral de la puerta, contra lo que acostumbraba.

Elena, que lo siguió, gritóle:

—¿Hasta cuándo, Carlos?

Y contestó él:

—Hasta la Eternidad, de conformidad a lo que me han anunciado.

CAPITULO XVII

Lejos de "él"...

Inmediatamente que se fué Idoyaga, Elena reprochónos a Dora y a mí lo que habíamos hecho. Comprendía que aquéllo debía haber estado preparado, y era muy sensible que hubiésemos obrado así. No le oculté que había sido un complot, como tampoco que la simple continuidad de una relación tan frecuente con su sobrino, implicaba de mi parte un estímulo para las pretensiones de él que yo no debía seguir consintiendo, estando como estaba decidida a no aceptarlas. Elena se conformó, en definitiva, con lo sucedido, si bien siempre lamentándolo.

Volvió a llegarnos correspondencia de Buenos Aires y, entre ella, para mí, la primera carta de Silvina, después de su viudez. Cual lo pensara, la muerte de Perkins habíasela ocasionado la pasión que lo dominaba. Había llegado, cierta noche, muy abatido a su casa. Silvina quiso consolarlo y la rechazó con palabras agrias. No quería saber nada con una esposa que... Silvina en su carta se limitaba a agregarme: "las dudas de otras veces relacionadas contigo, Juana, y tu venida al mundo". Por la mañana, mientras Silvina se bañaba, sintió una detonación. No pudiendo pagar Perkins una fuerte suma de dinero que perdiera, creyó que saldaría esa deuda arrancándose la vida. Los defraudados, defraudados quedaron, por supuesto, desde que su cadáver no era convertible en moneda: mas él se fué a la tumba

convencido de que desaparecía dejando en salvo su honor. ¡Oh, el convencionalismo corriente! Si se hubiera consagrado Perkins al trabajo para pagar tarde o temprano, habría sido un descalificado, un indigno. Con pegarse un tiro dando la espalda a todas sus obligaciones, quedó pundonoroso y caballero... La situación de Silvina, naturalmente, había sido dificilísima en los primeros días del trágico suceso. El giro que yo le enviara desde Constantinopla le dió un respiro, merced al cual había podido después crearse un "modus vivendi". Vendiendo los muebles que le restaban del esplendor de otros días y con el importe de sus alhajas empeñadas, muchas y buenas, que las hizo sacar a remate obteniendo del Banco Municipal de Préstamos el respectivo remanente, había podido pagar sus deudas y reunir el dinero necesario para asegurarse la pensión de medio año en casa de la amiga suya empobrecida, con quien me propusiera a mí vida conjunta poco después de fallecida abuelita. Entretenida en labores de mano que también le producirían beneficios, esperaría allí Silvina mi regreso, a fin de que resolviésemos, entre las dos, lo relativo al futuro. Añadíame Silvina que con Fernando y Leonor, había concluído por no verse. Los motivos, los callaba.

Tendría, pues, que hablar yo con mi padre, apenas regresase de Londres, y plantearle el problema nuevo que se me había creado. Esta fué la conclusión a que arribé cuando leí la carta de Silvina. ¿Cómo podría yo, en efecto, dejarla sola a ella? Preveía la solución que mi padre habría de ofrecerme: todas las cosas las resolvía él con dinero. Una pensión para mí, que yo invertiría como se me diera la gana y... asunto concluído. El asunto estaría concluído, sí, para él; mas no para mí. Primeramente, yo misma haría causa común con Silvina en lo de que no fuese el dinero de mi padre, ni con el

casuismo de su paso previo por mis manos, el que le costease la vida. Silvina no debía aceptar favor de ningún género de quien, a pesar de ser mi padre, no podía yo dejar de ver lo que había sido con ella. Ante todo, la pobreza decorosa. Así habría pensado abuelita y así pensaba yo. Silvina tendría que tenerme a su lado. De otra manera yo no estaría a la altura de mi deber, el cual por otra parte lo cumpliría muy a gusto. Porque Silvina era mía, toda mía; mientras las demás personas que me rodeaban y de que me podía rodear, sólo podían serlo en parte. ¡Oh, Silvina! Puedo decirlo acá, en estos cuadernos, porque no llegarán a ti, y si hubieras tú de saberlo guardaría esto que se va a leer bajo siete llaves: tu infortunio, me hizo no dudar un solo instante de la opción que me correspondía. Contigo, dijo mi corazón apenas consultado. Contigo, antes que con nadie, excepto Dios.

Este excepto Dios, no lo escribo de ligero. Tanta y tanta amargura como me había venido acumulando la existencia, ¿no serían el medio de que se valía la voluntad divina para significarme que no era por las vías del mundo por donde yo debía encaminar mis pasos? Esta idea había llamado a mi cerebro varias veces. Yo tenía que consultar una opinión autorizada sobre el particular. El consultor, teníalo ya pensado y elegido: se recordará lo que escribí durante nuestra permanencia en Roma. En todo caso, conste que solamente esa restricción contuvo la decisión que tomé a raíz de la carta de Silvina: con ella, sí, antes que con nadie... excepto Dios.

La conversación que debía tener con mi padre, me era violenta. No podía hablar con él tranquilamente, de nada en que hubiese de aparecer Silvina. Temía que se me saliese de los labios algo que me gritaba una voz secreta desde lo más íntimo de mi

ser y que yo comprendía no debía salir de mí: pues si salía, debía salir de él y nada más que de él.

Las circunstancias me ahorraron, felizmente, el esfuerzo. Llegó mi padre y, como de costumbre, mientras se desayunaba, abrió su correspondencia, comentándola con palabras sueltas que unas veces poníannos a nosotras en el mismo rumbo de sus pensamientos y otras no, por falta de antecedentes. En este último caso teníamos por sistema no preguntarle nada. Nos limitábamos a oir y callar.

—¡Hombre!—exclamó él, abriendo un grueso sobre — De Abel. Veamos, veamos.

Y luego de recorrer, saltando párrafos, los varios pliegos, agregó:

—El casamiento de Clara... Yo el padrino... El mes próximo... ¿Qué me dices, Elena?

—Que no podía ser de otra manera — respondió la aludida.

—¡Cómo que no podía ser!...

—Naturalmente. Clara estaba pedida. Debía, pues, venir el casamiento. Y en cuanto al padrino, era "de cajón". O el padre de la novia, o tú. Como Abel, sin ti, no sería nada...

Mi padre suspendió la apertura de sus cartas y se quedó pensativo.

—Hay salida de vapores el 7 — dijo de pronto — Dentro de cuatro días...

—Por nosotras—contestó Elena—no habría inconveniente. Para mañana, si quisieras, estaríamos listas.

Mi padre dijo que lo pensaría y salió. Cuando volvió para almorzar, traía los pasajes tomados. Estaba, pues, resuelto nuestro retorno a Buenos Aires, sin que yo hubiera tenido que hablar.

Agradecí esto al cielo como un favor. Una vez en nuestra tierra, todo se arreglaría mejor. Podría ha-

blar primero con Silvina. Resolvería también mi situación con Alberto.

¡Cuánto más difícil de solucionar se me presentó ésta, en las largas meditaciones a que me entregué durante el viaje! Mi padre, Elena y Dora no pudieron menos de notar que yo me quedaba a cada paso abstraída, cual si viviese en un mundo aparte. Creyéronme enferma y me costó trabajo persuadirlos de que no era así. Lo que había era que, cuanto más nos aproximábamos a la patria, más se me aproximaba a mí el momento en que habría de hablar con Alberto, en que necesariamente tendría que definir y probablemente cortar un estado de cosas al que me sentía cada vez más fuertemente ligada. ¿Qué razón podría yo darle a Alberto para la ruptura de nuestras relaciones? ¿Que no las autorizaban, ni Santiago ni Elena Dormal? Me respondería que no tenían derecho ellos, para inmiscuirse hasta ese extremo en la vida mía y de él; me reclamaría el pronunciamiento definitivo mío: sabiendo él que yo lo quería, se le importaría un comino de los pareceres ajenos; me tendría a mí, y con eso lo tendría todo. ¿Y podría yo decirle a Alberto que no lo quería? Sería necesario, para ello, que ahogase la voz de mi corazón; y tendría que aparecer como falsa ante él, pues otra había sido mi impresión a su respecto antes del embarque. Suponiendo que pudiese mandar en mí hasta aparentar ante Alberto indiferencia, obligada por las razones sin duda muy graves en que tenían que fundarse las actitudes de mi padre y Elena, estaba casi cierta de que me faltaría valor para lo otro. La falsía, yo no la había podido pasar jamás ni excusar. Concebía la tolerancia para todas las fallas de la criatura humana, menos esa. ¡Yo, falsa ante Alberto! ¡Yo, lacerándole a él el alma con semejante decepción, como me la habían lacerado a mí personas que por tal razón éranme

tan despreciables y horrorizantes como un reptil! No, no — decíame al imaginar todo esto. Y la frase de mi padre, tan reposado siempre, tan justo y tan bueno; su respuesta al por qué angustioso que le dirigiera yo cuando hablamos de Alberto, volvía a colocarme en la vacilación: "¿por qué, por qué?" "porque es un imposible".

Cuando penetramos en el Río de la Plata, los aires de la patria hicieron en todos nosotros su efecto. ¿Quién hay que no crea amar a su país? Pues, verdaderamente, no sabe cuánto lo ama, lo aseguro yo, si no ha viajado. No importa que sus preocupaciones sean muchas y grandes; tampoco que algún sufrimiento lo torture. Como llegue a su patria desde lejos, luego de haber experimentado el vacío y las nostalgias de su ausencia, sentirá que su espíritu se regocija y que aletea inquieto y gozoso como avecilla que presiente la alborada. Al enunciado estado de alma añádese, para el viajero, el placer del encuentro con los que le esperan en el puerto. Nos aguardaba a nosotros toda la familia de Abel Dormal, con éste a la cabeza; estaban también Delia y Celina Estévez; estaba Silvina; no habían faltado tampoco ni Manuela ni Dorotea; y estaba, por supuesto, Alberto, que fué el primero en acercársenos, porque con la medalla de que se había provisto, perteneciente a un amigo suyo del servicio de sanidad, pudo subir a bordo antes de que el acceso al barco fuese libre. La presión de la mano de Alberto al estrechar la mía, díjome más que las palabras que hubiera podido pronunciar no estando ante testigos. La expresión de sus ojos completó esa elocuencia muda. Pero como en los afanes del desembarco todo fué agitación y atropellamientos, hubimos con Alberto de limitarnos a aquello sólo. No bien vi a Silvina corrí hacia ella y me estreché fuertemente contra su corazón. Apartada ella de la familia Dormal, estaba

sola cerca de la puerta de salida de la sección de la dársena norte reservada para los que desembarcan. Fué, pues, la mía una señalada preferencia para Silvina, quien apresuradamente me dijo:

—Después del almuerzo, a las 3. Disculpa mi apuro. He venido hasta acá haciendo un esfuerzo. No faltes.

Besóme calurosamente y se fué.

Las chicas de Estévez y Elena buscábanme, entretanto, sin hallarme. Celina y yo lloramos como unas zonzas al vernos. Pero eran lágrimas gratas: hijas de una emoción placentera. Nos reímos las dos de habernos conmovido hasta ese punto. Pude darme cuenta de que Alberto continuaba en entredicho con la familia de Abel. No se despegó de mi padre y de Elena, estando alternativamente con uno u otra. Celina se empeñó en que había de irme a almorzar a su casa. Yo no tenía mayores deseos de estar en la de Elena, por quienes la llenarían. Deseaba también hablar con Manuela y Dorotea en otra parte. Díles, pues, cita para lo de Estévez, conforme Celina obtuvo autorización al efecto de la realización de su propósito. Inmediatamente se dirigió Celina a Alberto, invitándolo también.

—¡Fatalidad! — exclamó casi en seguida — El señor Dormal lo ha comprometido ya. Juana: estás en libertad...

Acercóse Alberto y me instó a que fuese a lo de Estévez. Tampoco habríamos podido vernos en lo de Elena. El almuerzo a que había sido invitado Alberto era en el Jockey Club, con los dos hermanos Dormal. Cuestión del importante asunto que le tenían confiado.

Nos separamos en nuestras respectivas direcciones. En medio y todo del gusto que me causaba la compañía de amigas queridas como las de Estévez, yo sentíme con una especie de laxitud molesta. Tenía

que esforzarme aun para seguir la conversación que, a no mediar la "labia" de Celina, habría languidecido. ¿Qué me pasaba? Hube de convencerme: no era conmigo la alegría completa, lejos de "él"...

¡Qué no me contarían las chicas de Estévez! Cerca de un año y medio había durado mi ausencia. ¡Calcúlese si tendríamos de qué hablar!

A la hora convenida híceme llevar a lo de Silvina. Su instalación era modesta, empero confortable. Transcurridas las primeras efusiones, quise saber el motivo por el cual Silvina no se veía con Leonor ni con Fernando.

—Data todo, en cierto modo, de la fecha en que Leonor te agasajó en diversas y reiteradas formas, sin que tu cedieses de tu esquivez para con ella— díjome Silvina—Te juzgó, entonces, Leonor, como una orgullosa, que porque ibas a ser estanciera te creías superior a tus demás hermanas. Como luego no tuviste estancia, fuiste para Leonor la más insignificante de las criaturas. Hablaba siempre mal de ti con ese motivo y yo no se lo podía consentir. Por ahí comenzó todo. Pero el asunto es largo de contar. Mañana, pasado mañana, en cualquier otro momento, te haré la historia.

No estaba bien, en efecto, que faltase yo tanto de lo de Elena el mismo día de la llegada.

Adopté el sistema de salir todas las tardes, después de las tres. Se adivinará mi rumbo: lo de Silvina. En uno de esos encuentros salí de la curiosidad que tenía. La transacción que consiguiera Alberto en el pleito de las cien leguas, no se había podido todavía hacer efectiva porque Leonor y Fernando opinaban que mi verdadero estado civil debía definirse previamente. Yo figuraba como hermana de ellos y... usaba otro apellido. ¿Tenía yo el mismo derecho que Silvina, Fernando y Leonor, como heredera de abuelita? Que se pusiera bien en claro todo. Porque

era necesario saber si aquello no correspondía transarlo también. Silvina era una parte y yo otra: debía estudiarse si no era mejor y más justo que Silvina y yo fuésemos una sola parte...

—El interés en ellos salta todas las barreras—continuó Silvina — Ni el nombre de la familia, ni la justicia misma, siendo como es por ti por quien se ha venido a remover ese asunto perdido, y que lo había perdido Fernando... nada ha bastado para contenerlos. Son los dos, cortados por la misma tijera. Almas en que sólo la codicia tiene voz.

—Pero mi parte no es dificultad—me apresuré a responder — Con renunciarla totalmente...

—Eso sería, si no me tuvieras a mí. Pero yo no consiento semejante cosa. No la consentiré en forma ninguna. Hánseme mostrado Fernando y Leonor, no como hermanos, sino como aprovechadores viles. Sabrán ahora con quien se la tienen que ver. Yo, para mí, no disputaría nada. Para ti es otra cosa. Toda mi energía, que estaba apagada en mi desgraciado matrimonio, téngola recuperada, Juana, a los efectos de velar por ti.

—¡Cuán buena eres!

—Buena no, por desgracia. ¡Ay! ¡cuando me contemplo, a solas con mi conciencia!... Pero la indignidad me subleva. Y tú... ¡ah! ¡tú!...

Al decir esto Silvina me abrazó y besó, concluyendo:

—Tú, Juana, para mí lo eres todo. No tendrán Fernando y Leonor una sola vara en Santa Cruz, como no se inclinen ante ti.

—Te muestras confiada por demás.

—Juzga tú misma.

—El asunto está en manos del socio de Alberto Ordóñez y yo he hablado con Alberto. La transacción no se efectuará, como no sea firmada por los cuatro nietos de abuelita que figuran en el expediente

testamentario. Desde el momento que se quiera alterar esa situación, no quedará sino el pleito perdido en su primitiva forma de iniciación. Alberto le ha manifestado a su cliente que considera bueno para él el arreglo, siempre que no le quede ni la posibilidad de un lío futuro. De otra manera, hale dicho que le es más conveniente su situación actual.

—¿Y saben ya esto Leonor y Fernando?

—Lo sabrán de un día para el otro. Y con ello me conocerán. ¡Sí! Muera Sansón con todos los filisteos. No haya tierra para mí ni para ellos, si no ha de haberla para ti.

Silvina estaba agitadísima con esta emergencia. Bien es verdad que a ella tenía que dolerle como a nadie. De los hermanos lo menos que puede esperarse es... caridad. A mí la conducta de Leonor y de Fernando no me hizo tanto efecto. Respecto de ellos, la peor acción no me tomaba de sorpresa. Creíalos capaces de la ruindad y canallada mayores. No me preocupaba heredar o no heredar. Pero colocada Silvina en el tren en que se ha visto, resolví dejarla hacer.

Entretanto, yo no podía hablar con Alberto. Había él ido a lo de Elena varias veces y, ora ésta, ora mi padre, se lo acaparaban. ¡Me dirigía el pobre unas miradas!... Era como si me dijese con ellas: "en la primera fiesta; en el primer paseo; no nos queda hasta entonces sino esperar". Y yo esperaba, con sentimientos entremezclados de satisfacción y de recelo, de júbilo y de dolor. ¡Ay! No podía saber lo que sería de él y de mí, el día que llegase aquella ocasión.

Vino el casamiento de Clara y yo tuve que concurrir. Elena y mi padre habíanse empeñado en ello. El último, hasta hizo que le enviase yo a Clara un regalo. Espléndido, como de él que lo pagó.

La casa de Abel Dormal parecía un palacio encantado. Deslumbrante de luz y adornada regiamente, producía una gran impresión. Una notable orquesta derramaba a torrentes las armonías del sonido en un ángulo del gran salón. A la hora indicada apareció en él Clara dando el brazo a su padre. Sobre su traje de raso blanco, lucía un magnífico manto de punto a la aguja. Seguía a la pareja de Clara y Abel, el novio; de gran estatura, cabello rubio muy abundante y crespo, despejada frente y azules ojos: un buen mozo en toda la acepción de la palabra. Daba el brazo a una señora anciana de distinguido aspecto: era su madre. Ambas parejas se detuvieron hacia el frente principal, donde sobre un espléndido "bahut" de caoba, marquetería y bronce notablemente trabajado, estaba un crucifijo. La cruz era de ébano y el Cristo de marfil. Dos preciosos candelabros de bronce con velas encendidas, y unos grandes ramos de flores a los costados del bahut, formaban como una capillita. Doce parejas más cuyos componentes femeninos estaban también vestidos de blanco, formaron círculo alrededor de los novios. El resto de la concurrencia se acomodó como pudo. Abel Dormal cedió el brazo de su hija a su hermano Santiago, el padrino; y monseñor Roca, cuya silueta distinguida parecía hablar de lo solemne del acto que se iba a realizar, pronunció un breve discurso, modelo de elocuencia sencilla y grave, y bendijo en seguida la unión.

Mientras los contrayentes recibían las felicitaciones de práctica, yo del brazo de un joven que me había sido presentado y cuyo apellido no entendí, hice una recorrida del salón. ¿Habría concurrido Alberto? Presentía que no, pero una leve esperanza de estar en error alentaba en mi corazón. No lo vi por ningún lado. A quienes encontré fué a Delia y Celina Estévez con otra niña más que no conocía.

Formaban un "bouquet" delicioso esas tres criaturas, suaves como el color de los trajes que llevaban. Había un caballero en el grupo, al cual por supuesto quedé incorporada. Era ese caballero un escritor de renombre y estaba tomando opiniones sobre la mujer.

—Quien puede dar la suya interesantemente, es esta amiga — dijo Celina, por mí, agregando — No dará una opinión a la moderna, seguramente. Muchas veces le digo que le pongo imaginativamente un peinetón y miriñaque y la tengo retratada como es en la intimidad de sus ideas: una bisabuela. Pero, Juana piensa: hay algo en ella que vanámente buscaría usted, señor, en nosotras... Interróguela.

—Celina — repuse — Me estás jugando una mala partida...

Pero ya el compromiso estaba creado y no hubo forma de que lo pudiese eludir. Tuve, pues, que dar mi parecer.

—El concepto que yo, señor, tengo de la mujer — dije — confirmará ciertamente la antigüedad que Celina ve evocada en mí. Pienso, en efecto, que la mujer ha sido creada para el sufrimiento y que, sufriendo ella, hace la felicidad de cuantos la rodean y al mismo tiempo la felicidad propia. No es ese desde luego el concepto del día sobre la mujer. Él que prima hoy es el de que ella, como hija, debe hacer su voluntad; como esposa, ser buena... siempre que su marido lo sea igualmente; y como madre, si llega a serlo, no molestarse demasiado: si tiene mal carácter el chico, a un colegio pupilo y asunto concluído. Son las dos tendencias sintetizadas. Cada cual puede quedarse con la que prefiera. Excuso decirle, señor, que acepto y aun imploro, para mí, el miriñaque y el peinetón.

Celina y sus compañeras palmotearon. El interrogador declaró que en realidad no se había equivocado

Celina, pues había demostrado yo saber pensar. A pesar del halago que siempre producen los elogios, yo me sentía desazonada. Prolongué un rato más la tertulia en aquel lugar y me hice llevar al jardín, que estaba iluminado "a giorno", luciendo hacia su centro dos glorietas: una de glicinas con una mesa rústica rodeada de asientos muy cómodos, rústicos también; y la otra de rosas y jazmines, adornada con un juego de mimbre. Vacilábamos con mi compañero acerca de cuál sería la glorieta que preferiríamos, cuando se nos unieron alborozadamente, otra vez, Delia, Celina, la amiga de ellas y el escritor.

—Tú nos huyes — exclamó Celina — Nosotras, y el señor, no nos conformamos con tu ausencia. Hemos de conversar más.

Hicimos rueda en la glorieta de glicinas.

Había frente a nosotros un núcleo de chicas de muy agraciado aspecto en que el cotorreo era bullicioso.

—Mírala a Julia Lemos — dijo la amiga que andaba con Celina — ¡Cómo la "parla"!

—Murmura, seguramente, del mundo entero — contestó Celina.

Julia Lemos había sido compañera mía de colegio. Yo la conocía como a mis manos.

—Pásale eso — dije — porque no se ha dado cuenta de que Dios le ha puesto para algo una boca y dos oídos. Lo que quiere decir, y ella lo ignora, que se debe oir mucho y hablar poco.

El escritor compañero de Celina manifestó que por sólo esa observación consideraba feliz el momento en que se les había ocurrido a ellos venir en mi busca.

—¡La sociedad es tan banal! — agregó.

—La observación que usted ha oído, no es mía — contesté — La he leído en San Basilio.

El señor me miró con fijeza y repuso:

—Lee usted, pues, obras serias. Y recuerda lo que lee. Es mucho.

Poco después se despidió. Celina sentóse a mi lado y comenzó a interrogarme en voz baja acerca de lo que me pasaba. ¿Por qué estaba tan displicente? ¿Por qué no me movía y hacía notar entre todo aquel mundo en el que mi inteligencia, la que ella me atribuía, tenía el marco o campo de que era merecedora?

Yo no le podía contestar y esquivé ésto.

Fuimos después al ambigú, donde el goloso más exigente podía quedar satisfecho. La gran mesa estaba adornada con guirnaldas de muguet y rosas pálidas y con racimos de luces extendidos sobre la mesa acá y acullá. Sobre el magnífico mantel de encajes, veíase una riquísima cristalería baccarat, de cortes delicados y originales que al reflejo de las lamparillas producían efectos visuales preciosos. Todo, todo convidaba a la alegría y yo me sentía triste, más triste que nunca.

El por qué, que no pude revelárselo a Celina, cuando su pregunta, hube de reconocerlo una vez más ante mí misma:

¡No podía, no, haber para mí alegría completa lejos... de "él"!

CAPITULO XVIII

¡OH, LOS HOMBRES...!

Celina Estévez, que debió darse cuenta de la dificultad con que Alberto y yo luchábamos para encontrarnos, me dijo una mañana:

—Esta tarde a las cinco te necesito en casa; pero sin falta...

—¿Para?...

—El "para"... lo sabrás cuando aparezcas por allá.

Fuí, y las buenas intenciones de tan cara amiga mía quedaron claramente al descubierto: Alberto estaba allí...

Paseándonos en el jardín, a Delia y a Celina tentólas la recolección de flores por sus propias manos... Alberto me miró como diciéndome: "¡cuán buenas, cuán excelentes amigas!" Yo sonreí. Ya se supondrá si agradecía la discreta ayuda. A distancia de algunos metros de nosotros, Delia y Celina mostráronse afanadísimas en la realización prolija y por consiguiente lenta de su propósito. Invitándome Alberto a que nos sentáramos en uno de los rústicos bancos que se veían dispersos por allí, comenzó a relatarme la vida que había llevado en mi ausencia.

—Tengo por fin—me dijo—labrada una posición. Puedo, Juana, ofrecerle a usted una existencia al abrigo de la necesidad. No he trabajado sino con este objetivo, a usted le consta. Ahora, ha llegado el momento de que salgamos de la situación insatis-

factoria en que las circunstancias nos vienen manteniendo. Juana: tenga la bondad de decirme con quién debo de hablar. ¿Con su hermana Silvina?... ¿Con Elena Dormal?...

¡Dios mío! ¡Cómo somos de flojas las mujeres! Yo estaba esperando, hacía muchos días, la oportunidad de manifestarle a Alberto que nuestras relaciones debían cambiar de carácter y convertirse en amistosas solamente. Tenía que obrar de esta suerte, porque ni mi padre ni Elena podían querer otra cosa que mi felicidad y he contado lo que me habían dicho. Algo que se me ha quedado en el tintero, forzábame aún más en el expresado sentido. He olvidado consignar, en efecto, que el pedido que hiciera mi padre ante el Santo Sepulcro y a que quiso que me asociase yo, había sido para que el Dios en quien creía y a quien amaba con todas las fuerzas de mi corazón, me inspirase a mí decisión para afrontar y llevar a cabo la ruptura con Alberto. Mi padre habíame dicho esto en el viaje de regreso, agregándome que el día en que pudiera yo darle la noticia, se aliviaría de una de las más grandes inquietudes de su espíritu. Una inquietud que le quitaba el gusto y el entusiasmo para todo y que podía concluir por enfermarlo, tan grande era.

Pues, a pesar de todo, las palabras que se imponían no salieron de mis labios. Callé ante lo que me dijera Alberto. Me faltó valor para derribar el castillo que se había él formado, con el ángel a la puerta de un generoso y puro ensueño. ¡Si Alberto hubiera renovado su pregunta!... Mas él interpretó mi silencio como propio de la gravedad del paso que deseaba dar, y he aquí lo que me dijo:

—Me tiene que disculpar, Juana. Acaso no he estado prudente. La deja a usted mi propósito como paralizada. No deseo tenga usted la menor queja de mí. Juana, Juanita mía; tómese para refle-

xionar los días que quiera. Consulte usted el punto, si le parece, con Silvina o con Elena. Sólo me permitiré un ruego: que recuerde que soy yo un enamorado y que el que ama y espera desespera...

Asíme, como los náufragos, a la tabla de salvación que se me presentaba. Aplazar el asunto, siquiera fuese por unos días, implicaba evitarme el doloroso sacrificio del instante.

—Sí, Alberto—repuse—Sobre paso tan grave, no sería juiciosa una respuesta mía inmediata. La semana próxima, si le parece...

—Bien. La semana próxima. Pero plazo sin prórroga, Juana. Por favor...

Habían terminado, entretanto, Delia y Celina, sus respectivos ramos y volvieron a nuestro lado.

—Me había olvidado de contarte...—dijo Celina.—Visitónos ayer tu hermana Leonor.

—¿Y?...

—Habló mucho de ti y de Silvina.

—Mal, por supuesto...

—Pero muy mal. Figúrate que llegó a decir que tú y Silvina habíais formado un complot para arrebatarles a ella y a Fernando una fortuna.

—Así será—contesté y quedé muda, resuelta a no discutir entre extraños el asunto de familia a que Leonor se había referido.

Mas Alberto, pálido ante la referencia, sin que yo pudiera contenerlo ni con un gesto, pues no me miró, dijo:

—Conozco como nadie, por ventilarse en mi estudio, la cuestión a que ha aludido esa señora. No daré detalles, porque no es aquí donde me corresponde abogar. Pero estoy, sí, habilitado para afirmar que no solamente hay injusticia sino ingratitud, en el más leve cargo que formulen Leonor o Fernando contra las otras dos partes en el caso planteado.

—¡Y si la hubiera usted oído a Leonor!—exclamó Delia Estévez — Hasta su semblante, velado como por una sombra de triste decepción, parecía deponer en favor de sus palabras.

—Me veo obligado a puntualizar más — agregó Alberto — Si idea de perjudicar ha existido, no ha sido de parte de Silvina ni de Juana. Queda autorizada usted, Delia, para repetirlo; y usted también Celina: quienes han querido quedarse con lo que no les pertenecía, con lo que era de esta nuestra común amiga...

Alberto, al decir esto, me señaló a mí:

—Y además — continuó — con lo que era el fruto legítimo de la intervención de mi estudio jurídico en el asunto: quienes han querido quedarse con todo, afortunadamente sin poderlo lograr, han sido ese Fernando y esa Leonor, que merecerían ser de otro plano social, no del nuestro.

—¿Otro plano?—preguntó Celina.

—Sí. El de los brigantes o bribones.

Alberto todavía añadió otros detalles, de que haré gracia a los que esto lean, para sólo detenerme en el hecho peor: el de que Fernando, Leonor y el abogado con quien mangoneaba el primero, cuando se convencieron de que no podían lograr lo que pretendieran, fuéronse a ver a la persona de quien el estudio de Alberto había conseguido la transacción, para proponerle que se entendiera con ellos solos, revelándole, al efecto, intimidades de la familia que ellos mismos debieran haber sido los primeros en callar, si valoraban en algo el honor. Obraron de esta manera, Fernando y Leonor, también por sacar dinero. Dijéronle al transador que ellos no habían encargado del asunto al estudio de Alberto, sino solamente Silvina y Juana; que Juana y Silvina debían ser, pues, quienes respondiesen del costo de esas gestiones; que el estudio de Alberto cobraba

honorarios demasiado elevados; y que los quince mil pesos que el transador había convenido en abonar por ese concepto de honorarios, se reducirían a siete mil concluído el asunto por el abogado de Fernando.

—En fin — concluyó Alberto — Una serie de míseros manejos que por el solo hecho de percibirlos el transador, lo hicieron desistir de la buena disposición a que mi socio y yo habíamos conseguido llevarlo. Síntesis: quisieron, Fernando y Leonor, beneficiarse: primero, con la parte de Juana, no obstante haber sido ésta, precisamente, quien hiciera remover favorablemente el asunto; y luego, cuando vieron frustrado ese plan, procuraron birlarle los honorarios al estudio nuestro, de cuya labor era consecuencia lo que se había obtenido. Injusticia, pues, e ingratitud, para sólo usar una calificación bondadosa de semejante conducta, incomprensible en personas que se pretenden decentes y rolan en la mejor sociedad.

Nuestra conversación se prolongó hasta muy tarde. Eran pasadas las ocho de la noche cuando llegué yo a lo de Elena, a la que encontré preocupada con la salud de Dora, su sobrina y compañera nuestra en la recorrida que hiciéramos del viejo mundo. Dora parecía no tener dolencia grave, empero sentíase muy abatida y todas las tardes le venía fiebre.

—Te he extrañado mucho — me dijo Elena — ¡Cuánto más habré de extrañarte en lo sucesivo!

Aludía con esto al propósito, que ya yo le había comunicado a Elena, de irme a vivir con Silvina.

—Vendré todos los días, Elena — contestéle — Y aún me quedaré con usted por las noches, mientras la enfermedad de Dora no ceda.

—Gracias, Juana. Eso me consuela. Dora debió irse con sus padres, a nuestra llegada. Mas ¡se me

ha apegado tanto la pobre, durante el viaje! Tú, por otra parte, me dejabas...

—Porque así debe de ser, no por indiferencia hacia usted, Elena, que sabe bien cuánto la quiero.

—Por lo que sea. El hecho es que la soledad se me diseñaba para el futuro. Yo he vivido sola muchos años. Pero es malo acostumbrarse a lo bueno. Ahora, la perspectiva me arredraba. He querido retenerla a Dora y, ya ves, se me enferma...

—Dios ha de hacer que no sea cosa mayor.

Al día siguiente, en efecto, la enferma ya no tuvo temperatura. Estaba Elena ayudándola a vestirse, para que readquiriera fuerzas y tomase un poco de sol y aire, cuando inopinadamente se presentó Alberto Ordóñez, que necesitaba darle cuenta a Elena de alguna novedad ocurrida en los asuntos de ella que tenía a su cargo.

Sorprendióse al verme, pues yo nunca estaba allí a esas horas. Mientras Elena se desocupaba de su enferma, conversamos. Era tan discreto Alberto, que se abstuvo de hacerme la más leve alusión a la respuesta que debía darle. Tras las generalidades que son comunes en el trato social, detúvose en el tema a que no tardaba en llegar estando a mi lado. Gracias al cielo, veía cercano el día en que con todo derecho podría llamarme suya. ¡Oh! ¡Cómo se vestiría entonces de luz, para él, la naturaleza entera! El amor era grande por lo que representaba en sí como sentimiento; pero también, y sobre todo, por lo que acrecentaba en el hombre sus fuerzas de impulsión. No lo decía porque a él le fuesen necesarias infusiones de vigor: desde niño, no conocía la vida sino por su lado áspero: se había formado en la lucha y luchando, si ya no por el sustento, por más y más lustre que ofrendar a la elegida de su corazón, habría de exhalar el último aliento. Empero asimismo, él también se inclinaba reverentemen-

te ante el gran vigor de que era generador el cariño. Por mí, sentíase capaz de escalar las cumbres más altas de los humanos honores. Por mí, tenía la seguridad de alcanzar la riqueza y al par la prominencia social. Sería lo que yo quisiese: diputado, ministro, gobernador, en la política; catedrático, juez, camarista, en la judicatura; crítico, historiador y hasta poeta, en las letras; todo, todo, le parecía accesible para sus fuerzas, con sólo tenerme a mí.

Bajo el influjo de estas fogosas expansiones, yo notaba que mis propósitos de complacer a Elena y a mi padre languidecían. Si antes mis labios habían permanecido cerrados para la menor manifestación en aquel sentido, después de lo que oía, comprendí que nunca se podrían abrir.

—¿Y usted, Juana, Juanita mía? — me preguntó — ¿Siente lo mismo que yo?

—Sí — respondí con resolución, al propio tiempo que abandonaba mi mano en las de Alberto, quien me la oprimió suavemente, tiernamente, dulcemente...

Y fué ese el instante en que, abriéndose la puerta del comedor, donde estábamos, apareció mi padre. De una ojeada se dió cuenta de todo y su faz reflejó un gran dolor. Cayó casi a plomo sobre una silla próxima y se llevó las manos a la frente y a los ojos, cual si le faltaran el aire o la luz. Alberto y yo acudimos a sostenerlo, pues nos pareció que se desvanecía. Mas él nos hizo señas de que lo dejásemos y en voz entrecortada nos dijo:

—Ya va pasando.

Grandemente alarmada, preguntéle:

—¿Llamo a Elena, Santiago?

Y me respondió:

—No. Mejor... vete tú con ella.

No me moví. Me pareció que era el caso de no obedecerle. ¿Qué podría hacer Alberto solo, si aquel

ataque, o lo que fuese, continuaba o se renovaba?

Mi padre volvió a hablar. El tono doliente con que lo hizo penetró en mi pecho como la hoja de una espada.

—Habría preferido, Juana, que lo supieses por Elena, ya que es indispensable, ya que es forzoso que esto suceda. Pero, ¡qué hacerle! Las cosas parecen dispuestas de otra manera. Juana: tú conoces apenas a la vida; desgraciadamente, tiene ella que mostrársete por su lado más ingrato. ¡El misterio, las contradicciones y las flaquezas que encierra cada humana criatura! ¡Los hombres! ¡Oh, los hombres! ¡Lo que hacemos, sin reparar en el futuro! En lo que puede venir. En lo que necesariamente, alguna vez, hasta como expiación, tiene que venir!

¿Desvariaba mi padre? ¿A qué todo eso, que parecía no tener sentido? Hube de ver bien en seguida que sí lo tenía. Y para no olvidarlo jamás.

—Alberto, Juana — continuó mi padre — Sed fuertes los dos, para lo que vais o oir... ¿Os queréis ambos, no?...

—De un día para el otro debo hacer el pedido formal de la mano de Juana — dijo Alberto.

Y terminó mi padre:

—¡Los hombres! ¡Oh, los hombres! No podrás pedir, Alberto, la mano de Juana. No podrás pedir otra cosa que una severa cuenta de su juventud, a quien habla. Alberto, Juana: quereos, sí; podéis quereros; debéis quereros. Pero no como novios ni como esposos. ¡Hijos míos!... Los dos sois mis hijos... ¡Señor! ¿Por qué habéis hecho recaer en ellos la expiación, y no en mí...?

CAPITULO XIX

El consejo de monseñor

Lo que pasó después de las palabras de mi padre, yo no lo puedo consignar por recuerdos propios. Sólo sé que me encontré como salida de un sueño angustioso, en mi dormitorio. ¿Quién me había llevado a él? No podía ser sino Elena, que estaba a mi lado. Al verla, una especie de iluminación súbita me hizo recordar la escena de poco antes. La tendí los brazos y lloré largo rato sobre su pecho. No pronuncié la menor palabra. ¿Para qué? Las palabras no podían decir lo que las lágrimas en mi situación.

Pero a Elena no le era posible consagrársseme en absoluto. Tenía a Dora, que seguía todavía con médico. Pronto, pues, me tuvo que dejar. Y la soledad no me fué penosa, porque quería pensar; pensar en mis cosas.

Por desgracia mi mente estaba poco lúcida. No podía asir, en balde me esforzaba, muchos hilos sueltos de mi situación. La idea única que dominó en la semiconfusión en que me hallaba, fué aquella que varias veces ya había asomado en mi espíritu: la de que debía consagrar a Dios mi vida. ¿Qué me había dado y que podía darme el mundo? Quien haya leído estas páginas no necesitará que yo responda: podrá responder por sí solo. Pediría, sí, a monseñor Roca la entrevista que tuve la idea de celebrar con él en Roma. Yo necesitaba del consejo de una persona de dotes superiores, antes de resolverme al grave paso que me sentía tentada de dar.

Bajo la impresión que antecede, me dormí. ¡Qué gran reparador de desgastes es el sueño! No lo valoramos casi y, sin él, puede afirmarse que no podríamos sobreponernos los mortales a las grandes penas. Cuando me desperté, era otra. Mis ideas, como es consiguiente, fueron otras también. Percibí que tenía obligaciones en la vida, a las cuales no me podía substraer sin desertar de imperativas exigencias de mi deber. ¿Podía yo abandonar a Silvina, que había sufrido tanto y que en ese mismo momento habíase instalado sola, en casa independiente, esperando mi prometida compañía? ¿Podía desentenderme totalmente de Elena, cuyas bondades estaba segura de no poder jamás agradecérselas suficientemente? ¿Podía asimismo romper, como quien dice para siempre, los contactos con mi padre, al que en medio y todo de su gran posición sabía desgraciado?

Opté, por de pronto, por dedicarme a todo esto. Después vería cuál sería mi porvenir. Fuíme, así, a lo de Silvina, mas no con carácter definitivo. Esto habría sido muy doloroso para Elena y quise evitarle ese mal rato. Tenía también otra razón: para irme definitivamente de lo de Elena, me habría sido forzoso hablar con mi padre. Y ni con él ni con nadie quería yo renovar la conversación que se sabe: para mí, terrible, espantosa. Los hechos, hechos eran. No quedaba sino inclinarse ante ellos, y yo me inclinaba. Pero mi organismo no resistía a su evocación. Experimentaba la necesidad de alejarlos a toda costa de mi vista. Luego ¿qué le podía yo decir a mi padre? ¿Que había hecho mal en llevar la juventud que llevara? Harto lo sabía y reconocía él mismo. ¿Que sus dos hijos no tenían, por culpa de él, otra perspectiva en la vida que la de sentirse infelices? Había lamentado mi padre que la expiación de esa culpa hubiera recaído sobre nosotros y no sobre él. Por otra parte, no podía yo

dejar de reconocer que no había sido él como otros, con Alberto y conmigo: al primero, habíalo educado y abiértole el camino de una posición propia independiente; conmigo, había querido ser un padre en la más amplia acepción del vocablo. ¡Pobre mi padre! Si hubiera podido hacer de nuevo, muy otra, sí, habría sido su conducta. Bien se desprendía esto, de cuantas referencias a su pasado había hecho en mi presencia.

Los primeros días de mi estada en lo de Silvina, distrajéronme un tanto. Había mucho que arreglar en la casa y a esta tarea me dediqué con ahinco. La contingencia de la pobreza de Silvina, habíase conjurado por un anticipo de diez mil pesos que le obtuviera el estudio de Alberto, sobre los beneficios futuros de la transacción del pleito de las cien leguas, aceptada en definitiva por Fernando y por Leonor tal cual fuera arreglada primero. No les había quedado otra cosa que hacer sino esa: o lo perdían todo, o recibían lo que les había sido asignado. Hablándome Silvina de lo bien que se había comportado Alberto, preguntóme que por qué ya no me visitaba. A Silvina yo no le había dicho una palabra respecto de la nueva situación creada entre nosotros. Los sufrimientos habíanla hecho, sin embargo, tan perspicaz a ella, que apenas oyó el "no sé" que le dí yo en respuesta, y con solo mirarme a los ojos, comprendió que algo doloroso había surgido de por medio. Me hizo el gran bien de no interrogarme más sobre el particular. Con Manuela, que volvió a mi servicio, reanudé mis visitas al cementerio. ¡Lo que hablé allí espiritualmente con Ernesto Perkins y con abuelita, mis dos tan caros muertos! Se habrá podido pensar que los había olvidado. No, por cierto. Y en aquellos días para mí tan tristes, su recuerdo constante consolóme mucho. Ellos fueron mis confidentes: los únicos. Porque mi corazón, oprimido

por el dolor, cerrábase herméticamente para toda expansión entre vivientes.

Cerca del cementerio de la Recoleta hallábase instalada una comunidad de religiosas. Comenzando por oir misa en su capilla, entré en relación con la hermana sacristana, primero; y luego con las otras, inclusive la superiora, que me pareció, desde el primer momento, una mujer de grandes dotes. Ella fué la que tuvo noticia, antes que nadie, de las fluctuaciones de mi espíritu. Con ciega fé en los llamados de Dios, no contrarió la inclinación que yo sentía a entregarme a él. Hízome ver, sí, y con insistencia, el sacrificio grande que semejante dedicación comportaba; empero, me describió también con lenguaje fuertemente persuasivo, la compensación bendecida que ese sacrificio traía, con una paz interior que yo observaba por mí misma en todas las Hermanas y de la que el mundo en verdad no alcanza ni a formarse idea. Después de prolongadas entrevistas, la hermana superiora ofrecióseme para iniciar los trámites que requeriría mi ingreso en la comunidad y yo la autoricé a ese efecto. El primer esfuerzo sobre mí misma que me exigió la superiora, fué que informase a los míos de la resolución que había tomado. Costóme mucho, pero lo hice con Silvina y con Elena. Para las dos, la noticia fué de un efecto que volvió a tornarme vacilante. Silvina me dijo:

—Recluída tú, habrá terminado la misión que me hace vivir.

—¡Pero, Silvina...!

—Nada, Juana... Tú te vas. Yo también me iré. Mi corazón está deshecho. Le faltará el digital único que lo sostiene sin destruirlo más.

En cuanto a Elena, me habló de su vejez que ya comenzaba. ¿Qué sería de ella, sin mí? Porque Dora, ni bastaba para su sed afectiva, ni podría seguir mucho tiempo a su lado. La pobrecita acaso

tenía contraída una enfermedad de las que no se curan. Y apenas se repusiese, tendría que retornar al seno de los suyos. Ninguna nueva tan ingrata como esa podía haberle llegado. Pediría desde ese instante al cielo que me hiciera desistir. Informado mi padre por Elena, no encontró tampoco conformidad. Me afectó mucho la manifestación que hizo, de ser él doblemente culpable de lo que ocurría: primero, por su desordenada juventud que había resultado marchitando en flor los azahares de una pasión en florescencia primaveral; y segundo, por haberme llevado a Tierra Santa.

—Sin esto último — había dicho mi padre — el sentimiento místico no habría crecido en Juana al punto que revela su determinación.

Mientras llegaba de Europa la contestación de la R. M. generala de la comunidad a que deseaba incorporarme, yo traté de arreglar con Silvina un punto que había tomado ante mí los caracteres de una cuestión de conciencia. La inconsideración, la avaricia y los procedimientos de aves negras con que habían actuado Fernando y Leonor, tenían todo mi desprecio; empero, en el fondo del asunto, veíales razón para pretender que yo no heredase como ellos a abuelita, sino que heredase a Silvina... Los que esto lean no necesitarán, para comprenderlo, que me imponga yo la violencia de explicarlo. Mi resolución fué, pues, renunciar a mi parte de la transacción en beneficio de Silvina, de Fernando y de Leonor. Silvina estaba tan irritada con sus dos hermanos, que prefería hiciese yo esa renuncia en favor de cualquier sociedad de beneficencia. Mas conseguí convencerla de que en esa forma no se subsanaría el perjuicio que mi conciencia me exigía evitar. El alma de Fernando y de Leonor puede juzgarse por este rasgo: cuando se notificaron de la escritura de cesión hecha por mí, dijeron en el seno

de familias de nuestra relación, que yo me quería dar "corte" aparentando desprendimiento, cuando lo que en realidad hacía no era sino darles a ellos lo que les había querido rapiñar...

La contestación de la R. M. generala llegó por fin, y fué que saliera yo por el primer vapor, para entrar en el noviciado de la congregación establecido en Francia. Agregaba la R. M. generala que si no se podía conseguir pasaje de primera me embarcase en segunda, de tal modo consideraba urgente que mi vocación, que suponía bien definida, no sufriese mayores dilaciones. Durante los dos primeros días de esta respuesta, yo no me animé a comunicársela a Silvina ni a Elena. Mas esta última debió conocerla por otro conducto, o sospecharla, porque recibí una atenta carta de monseñor Roca pidiéndome hora para conversar conmigo.

Contesté en el acto y el visitante no se hizo esperar ni tardó en entrar en materia. Iba en el carácter de emisario de Elena, quien antes de comisionarlo para ese efecto había hablado con su hermano Santiago. Agregóme monseñor Roca que él era confesor y consejero de las Hermanas con quienes yo me había puesto en contacto y que ellas lo habían consultado sobre mi caso. No se había opuesto a mi ingreso, porque podía ser en realidad mi vocación el estado religioso y no quería ser responsable ante Dios de contrariarla. Pero creía que había que estar muy en guardia contra las impresiones de los momentos adversos de la vida, que a veces sugerían decisiones con todos los aspectos de la vocación religiosa, sin llegar a ser ésta propiamente. Luego, con el tiempo, recuperaba la realidad su imperio y, en vez de haberse beneficiado un alma, se le había impuesto una tortura inútil La vida religiosa, siguió diciendo

monseñor Roca, requería sacrificios continuados. Para producir los efectos de paz con que seducía a los espíritus atormentados, pedía una gracia divina excepcional de la que era menester haber recibido el don. ¿Lo había recibido yo? En este caso ¿por qué se me manifestaba a raíz de una gran pena, según le había dicho Elena que sucedía?

—Eso no, monseñor — repuse — Esta idea trabaja mi espíritu hace mucho tiempo. Que la haya tenido reservada, es una cosa. Otra, que no haya existido en mí.

—¿De manera que se cree usted segura de su vocación?

—Sí, monseñor.

—¿Y segura también de que Dios la acepta?

—Creo que sí.

—Hagamos entonces una cosa: que Dios resuelva.

—¿Cómo se hace esto, monseñor?

—Muy sencillamente. Si Dios está conforme con su vocación, encontrará usted pasaje durante este mes. Si no lo encuentra, querrá ello decir que Dios no la quiere todavía consigo; que la quiere aún en el mundo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que El diga lo que quiere de usted. Ya se hará oir de alguna manera.

—¿Me promete, monseñor, no intervenir en el asunto pasajes?

—Le doy a usted mi palabra de honor. De otra manera, no sería la voluntad de Dios la que conoceríamos.

—Bien, monseñor. Sea como usted aconseja: que decida Dios.

—Le diré entonces a quien me envía: si Dios la quiere se irá; si no se quedará. Pero, entretanto,

deberá usted estar en el mundo, Juana, como corresponde a su posición y rango. Deberá arreglarse, salir a donde la quieran llevar...

—¡Pero, monseñor!...

—No hay "pero" que valga. Hemos quedado en que es Dios quien ha de resolver.

CAPITULO XX

¿Médico o amigo?

Y Dios resolvió el asunto en mi contra. No debía quererme toda para Sí todavía, puesto que ni de primera ni de segunda fué posible obtener durante todo el mes en curso los pasajes necesarios para mí y la hermana que había de acompañarme. Era esto bien raro: extraordinario. Por eso mismo me impresionó el hecho y conformóme con el aplazamiento que se imponía de mi designio.

¿Cómo describir la satisfacción de Silvina y la de Elena y mi padre cuando supieron esto? Silvina se alivió su luto casi totalmente y comenzó a salir seguido conmigo: a visitas, a compras, aun a los cines y teatros. En cuanto a Elena y mi padre, resolvieron pasar el ya próximo verano en Punta del Este a fin de que yo me divirtiera.

En una de nuestras salidas a compras con Silvina, sorprendiónos la hora del té en los grandes negocios del centro y subimos con ese motivo al salón-restaurant de uno de ellos para reponernos de la debilidad que sentíamos. En una mesa próxima a la entrada encontrámonos de manos a boca con Elena, Dora y mi padre. Se imaginará la sorpresa y la difícil situación que sobrevino. ¿Podíamos pasar de largo, habiéndose ellos puesto de pie al vernos, como invitándonos, y saludándome como me saludaban Elena y Dora con las frases más cariñosas? Silvina no conocía a Dora y yo me apresuré a presentársela.

Cuando se saludaron con mi padre no quise mirar; pero debió ser ese un momento para los dos muy crítico, por lo que después vi. Mi padre, en efecto, siempre tan tranquilo, volcó la azucarera al querérnosla pasar para que nos sirviésemos; y a Silvina se le cayó dos veces la cartera de plata que llevaba, tropezando además en una silla, casi hasta caerse, al retirarnos. Iba muy elegante Silvina aquella tarde y no sin placer me apercibí de que la belleza que le diera fama cuando joven, no se había marchitado. No me hizo la más leve alusión al encuentro, en todo el trayecto hasta nuestra casa. Yo, por prudencia, calléme también. Al día siguiente correspondíanos hacer otra jira por los negocios del centro, según lo que antes del encuentro habíamos proyectado; pero Silvina pareció haberse olvidado de ello. Faltábannos algunas cosas para completar el arreglo de la casa; y Silvina me preguntó si no tenía inconveniente en que la mandase a Manuela en busca de ellas.

—De ninguna manera — repuse — Mándala no más.

—Porque yo no saldré por ahora — agregó.

Y no salió más: ni a compras, ni a visitas y por supuesto que a ningún teatro ni cine. Volvió por completo a su vida de reclusión.

Acompañándola en ella recibí un mensaje de Elena: había vuelto Dora a caer en cama y me rogaba que, en siéndome posible, no la dejase sola en esa situación. Acudí al llamado y conocí con ese motivo al doctor Tiburcio Rodríguez, médico peruano que asistía a la enferma en esa segunda manifestación de su mal. Era un hombrecito de cuarenta años. Digo hombrecito, por su estatura. Yo resultaba más alta que él. Rubio, regordete, con una nariz de oso y de una adustez única, habría podido disputar un primer premio en cualquier concurso de fealdad. En el ejercicio de su profesión demostraba,

sin embargo, mucha pericia. Tenía desde luego en alto grado el don de tranquilizar. Si a mí no me resultó simpático, dime pronto cuenta de que sí lo era para Dora. No hacía sino hablarme de él y de la forma cómo se había conducido con ella.

—¡Figúrate! — me dijo — Sólo asiste de una manera intermitente, pues es rarísimo. Queda en volver a la tarde, por ejemplo, y no aparece en cuatro o cinco días. Tía, cuando vió que era poco formal en esto, le manifestó que le agradecía sus servicios mas no los seguiría utilizando, porque ella necesitaba ante todo de una asistencia puntual. Pues, ¿qué te imaginarás que hizo el doctor Rodríguez? Otro médico cualquiera se habría resentido ¿verdad? No así él, que por el contrario se convirtió desde entonces en la exactitud andante. Hace en suma conmigo lo que no hace con nadie. Tendré que agradecer toda mi vida al doctor Rodríguez esta distinción.

—Ten cuidado, Dora...

—¿Por qué? Me gustaría que fuera mi amigo, porque me adivina. Habla a veces como contestando a lo que yo pienso.

Andaba por esos días en Buenos Aires un sugestionador que se llamaba Mapelli.

—Los Mapelli — dije a Dora — son peligrosos. Tú no sabes nada del doctor Rodríguez: cuáles sean sus antecedentes de familia, cuáles los compromisos que pueda tener...

—Pero he de ser agradecida, Juana.

—Está bien que lo seas. Sin embargo insisto, querida: ten cuidado.

Noté que a estas prevenciones mías los ojos de Dora se detenían con fijeza en mí, cual si me observaran. Y estas miradas volví a notarlas, cuando el doctor Rodríguez en sus visitas me dirigía la palabra. ¿Estaría Dora recelando de mí?

Cierta mañana quiso Dora recibir arreglada la visita del doctor Rodríguez. Eligió una de sus batas de cama más mononas y se peinó con esmero, no obstante tener treinta y ocho grados de fiebre. Estaba bonita en verdad la enferma en su pieza blanca con cortinas de muselina, alfombra también casi blanca y sentada entre espléndidos almohadones en su lecho. Yo, a su lado, lucía un traje de terciopelo negro sin más adornos que un cuellito de Bruselas, y en la garganta un collar de perlas propiedad de Elena. El doctor Rodríguez pareció muy complacido por aquella recepción, pues estuvo de bromista como nunca. No quiso ponerle el termómetro a la enferma, limitándose a tomarle el pulso.

—Sus dedos son tenazas, doctor — le dijo ella.

—Puede ser que opriman más de lo que yo quiera — respondió — Pero en todo caso no debe usted quejarse. Peor será cuando venga el reparto. Es a saber, cuando la dé a usted de alta. Nos la vamos a repartir a usted, sí. ¿Y qué menos podré yo pretender, para mí, que ese brazo?

—En efecto — observé yo, continuando la broma — La mano no sería pretender lo menos, sino lo más...

—Podemos hacer un arreglo. El brazo de la enferma y la mano de la enfermera. Porque la enfermera ha de dar algo también... ¿No les parece a ustedes?

Reímos, mas la risa de Dora fué muy forzada. Cuando se fué el doctor Rodríguez me habló claramente. No era en ella en quien pensaba él: era en mí...

—Todo ha sido pura jarana, querida — la dije — La fiebre te está produciendo visiones. El doctor Rodríguez piensa en mí, como en el emperador de la China. Y aunque pensara...

—Si pensara ¿tú qué dirías? — me preguntó ansiosa.

—Pues, que no. Ni con él ni con nadie. No me caso. No me casaré.

—¿Eres capaz de jurarlo?

—Los juramentos, sólo para lo muy serio. Pero, si lo desearas mucho...

—Sí, jura por lo que más quieras que es verdad lo que me has dicho.

—¡Por la memoria de abuelita! — dije — y besé mis dedos puestos en cruz.

Con esto Dora quedó tranquila. Felizmente, porque esa situación me estaba molestando y habría podido concluir por hacerme retirar de lo de Elena. En cuanto al sentimiento que veía se había despertado en el corazón de Dora, lo lamenté. A mi manera de ver el doctor Rodríguez no lo compartía. Era muy atencioso con ella; pero, nada más.

Algunos días después, el doctor Rodríguez llegó muy cabizbajo. Su visita fué sumamente breve, y no conversó casi nada. Al día siguiente sucedió lo mismo. Dora no hacía sino pensar en esa mudanza. ¿Qué le pasaría al doctor?

—Será su carácter — le respondí — Parece ser algo lunático.

—No es eso, no es eso — me contestó Dora — Algo le pasa. Y lo debemos saber.

Al fin Dora no pudo contenerse y lo interrogó. El doctor Rodríguez la miró como vacilando entre si hablaría o no. Luego tomó asiento e hizo esta pregunta a la enferma:

—Antes de contestar necesito saber lo que soy en esta casa. ¿Médico o amigo?...

—Amigo — dijo Dora sin vacilar.

El doctor Rodríguez, contra lo que podía esperarse, se levantó de improviso, despidiéndose con estas palabras:

—Quien está aquí ahora es el médico. Con más tiempo y otro espíritu, vendrá mañana el amigo.

CAPITULO XXI

UN SERVICIO MALHADADO

Hube de irme esa noche a lo de Silvina, para no regresar hasta después del almuerzo del siguiente día. Encontré a Dora, a mi vuelta, sumamente agitada. Interroguéla sobre lo que le pasaba y me dijo:

—Es un apremio muy grande.

—¿Cuál?

—El del doctor Rodríguez.

—¿Se franqueó entonces?

—Sí. Tiene un vencimiento hoy sábado. Como mañana es domingo está en tiempo de levantarlo hasta el lunes a las doce. Ha tratado todos estos días de cobrar lo que le deben sus clientes, con un resultado irrisorio. Si no paga, se sombreará su nombre y, perdido su crédito, no podrá ya desenvolverse en este gran centro, siendo su propósito, para este caso, abandonar todo y volverse al Perú.

—¿Cuánto importa el vencimiento?

—No es tanto. Tres mil doscientos pesos, de los cuales ha logrado reunir setecientos. Lo peor es la condición que me ha impuesto al hacerme la confidencia: que no han de saber lo que le ocurre ni Elena, ni Santiago, ni papá; nadie, en suma, de nuestra familia. Tú y yo, solamente. Si la cosa trasciende, no pondrá más los pies en esta casa. Ni ahora ni nunca lo volveremos a ver.

Dora terminó este párrafo llorando. ¡Con cuánto gusto lo habría servido ella al doctor Rodríguez! Pero la condición aquella le cerraba todas las puertas a

donde podía llamar. No se trataba, por otra parte, de dar dinero, sino sólo de prestarlo por corto plazo. El doctor Rodríguez tenía perspectivas de cobrar, en un mes, más dinero del que precisaba. Lo devolvería religiosamente, con su respectivo interés. Dora no me pedía derechamente que interviniese yo en el asunto; mas me lo imploraban sus ojos y sus ademanes todos.

—Tranquilízate — la dije — Después de la misa de mañana, yo trataré de conseguirte los dos mil quinientos pesos. Creo poderte asegurar que los conseguiré.

—Será tarde, como no sea que los puedas tener antes de las nueve. La visita de mañana del doctor Rodríguez a esta casa, decidirá de su permanencia en Buenos Aires o su alejamiento inmediato.

—El tiempo está malo, pero... saldré ahora mismo, pues es necesario.

Y me dirigí al departamento de Elena para advertirla de que no podría estar, durante un rato, con la enferma. Pero Elena se opuso terminantemente a que corriera el riesgo de ser sorprendida en la calle por la tormenta que estaba encima. Fué, pues, menester que esperase varias horas. Cuando pareció quererse componer el tiempo, obtuve recién el consentimiento de Elena.

Me dirigí, primero, a la casa de comercio que había provisto nuestra despensa desde los días de abuelita; su propietario, lleno de disculpas, me manifestó que todo el dinero de que disponía le era indispensable para sus operaciones. Vi a varias otras personas que no eran de mi familia, con parecido resultado; sólo una me dijo que me ayudaría gustosísima, mas en la siguiente semana. Acudí a la madre superiora de las religiosas con quienes intimara tanto y me dió una carta para el constructor del edificio de ellas, que solía colocar dinero a interés. La cuestión era que

diese con él, pues, según me dijo la superiora, la carta de que me proveía sería para tal persona de mucho compromiso. En todas estas andanzas había llegado la oración. Con el mal tiempo no me había sido posible conseguir automóvil. Conducíame una victoria de muy escaso reparo contra el agua y arrastrada por un caballo escuálido que apenas se movía haciendo eternos los viajes. El constructor vivía en Almagro, y al llegar a la plaza Once de Septiembre arreciaron de una manera impresionante la lluvia, los truenos y el viento. Yo saltaba en mi asiento a cada rayo que caía y temblaba entera; pero me había propuesto calmar la aflicción de Dora y no retrocedí. Dios me premió porque encontré al constructor, y apenas leyó la carta que llevaba, abrió su caja de fierro, sacó una libreta de cheques, llenó uno por dos mil quinientos pesos y me lo entregó. No quiso que le firmara pagaré. Un simple recibo le fué suficiente. Y en cuanto a la devolución, me dijo que podía disponer, para ella, lo mismo de treinta que de sesenta días.

Cuando llegué de regreso a lo de Elena, ésta me reprendió. Era una verdadera imprudencia la que había cometido andando a esas horas y mojándome así.

—Una obra buena, Elena. Discúlpeme. Si no la hubiera hecho ahora, se habría pasado el momento.

—Es que las obras buenas han de hacerse con juicio, no con temeridad. Como comprenderás, no es por mí que protesto. Es por ti. A fin de que no te inhabilites tú misma para el servicio de los infortunados.

Cuando se le pasó un poco a Elena su contrariedad, corrí a la pieza de Dora. Al entregarle el cheque me abrazó conmovida diciéndome que no podría nunca pagarme aquella invalorable acción.

En lo que no estuvo bien Dora fué en referirle al doctor Rodríguez que yo había sido quien consiguiera

el dinero y los inconvenientes que para el efecto había debido vencer. La pobre lo hizo, sin duda, para no cargar con lauros que no le pertenecían; empero, si yo hubiese sabido que mi intervención no quedaría oculta, es seguro que me habría abstenido de prestarla.

En cuanto al doctor Rodríguez, desapareció su tristeza y púsose tan solícito con la enferma que hasta bailaba en su presencia para entretenerla. Era curioso, en extremo, ver aquel cuerpecillo girando como un trompo en los espacios libres de la pieza. Lo que no me pudo ser agradable fué que me miraba a mí con unos ojos!... Hasta se permitió conmigo palabras melosas dichas furtivamente, cuando Dora no se podía dar cuenta de ello. ¿Qué se habría pensado el galeno? ¿Qué yo había hecho lo que hiciera, interesada en "pescarlo"? Tuve que decirle en una ocasión que se dejara de importunarme; que parecía, más que médico, un gomoso de salón; y que, como persistiese en sus zalamerías, me obligaría a no estar presente en sus visitas. Se quedó más serio que un poste y ya no me molestó más. Al vencerse los treinta días entregó a Dora los dos mil quinientos pesos más sus intereses y siguió casi sin hablarme. Yo no hubiera podido precisar el motivo, pero aquella actitud comenzó a inspirarme temor. Mi corazón rara vez me engaña. No me engañó. Supe, en efecto, por Elena que se había lamentado con Dora de la situación en que se ven los médicos que asisten en casas de familia donde hay niñas casaderas. El más leve "cumplimiento" que tienen con ellas, cualquier frase banal la interpretan como una pretensión. Y había agregado el doctor Rodríguez a Dora, que eso le había pasado conmigo.

¡Ah! Yo no tenía, no, vocación para religiosa. No podía tenerla, con los sentimientos que esta revelación despertó en mí. Le habría clavado al doctor Ro-

dríguez en su calva el pincho de mi sombrero, si le hubiera tenido a mano; le habría hecho tragar mis zapatos con sus tacos Luis XV enteros, hasta ahogarlo; le habría... ¡Qué no le habría hecho, si hubiera podido, por falso y por canalla! Como nada de eso estaba a mi alcance, hice votos porque lo pisara un automóvil como a un sapo. Nada cristiano, por supuesto, todo lo que antecede; mas, verdad pura. Aquel comportamiento del doctor Rodríguez me exasperó hasta lo indecible.

Un encuentro con Alberto, el primero después de la revelación de mi padre, vino por suerte a mitigar mi excitación. La mitigó, porque el estado de espíritu en que se me manifestó, fué para mí un ejemplo de moderación y de conformidad. Había reflexionado mucho Alberto durante los días que transcurrieran sin vernos; no me ocultaba que en los primeros momentos no había sido dueño ni de su cerebro ni de su voluntad y podía haber hecho cualquier disparate. Pero, después, había ido penetrando la luz en su mente entenebrecida. Nos querríamos siempre: esto era perfectamente conciliable con nuestra situación. Deseaba ser para mí un verdadero hermano; dueño de toda, pero de toda mi confianza. Teníamos no sólo la hermandad de la sangre; éramos, además, hermanos en el infortunio mayor que cabía en la vida. Sufriendo juntos, alentándonos recíprocamente en nuestros desfallecimientos, podríamos alcanzar siquiera fuese unos adarmes de felicidad.

—Usted merece otra suerte — le dije conmovida — La compañera que no ha podido encontrar en mí. Dios ha de hacer que la encuentre el día menos pensado. Los hombres, sobre todo los hombres, deben formar hogar.

—Ya mi destino está fijado — respondió — El de peregrino errante en los mundos del ideal eternamente incolmado.

—Sobran, Alberto, las niñas buenas — insistí — Acaso pasan a su lado mismo y no las ve.

—¿Lo dice usted por Celina Estévez?

—Sí.

—Realmente. Méritos mayores que los de ella, será difícil encontrarlos reunidos. Pero así y todo, Juana. Se puede mandar en todo. Pero no se manda al corazón. Por otra parte ¿sabe usted cómo me juzga su amiga?

—No la veo hace mucho tiempo.

—Dice que mi conducta con usted no tiene ni tendrá nunca perdón.

—¡Claro! Ignora todo.

—Cree que la ruptura ha venido por mi culpa.

—Se modificará ese concepto cuando sepa...

—¿Lo podrá saber, por ventura, alguna vez?

Guardé silencio, porque en verdad la pregunta esta me puso frente a una dificultad que no había entrado en mis cálculos.

—Convénzase, Juana — agregó Alberto melancólicamente — Para los dos es idéntica la perspectiva. Usted como mujer y yo como hombre, nos hemos quedado sin rol que desempeñar en el juego de esta vida. Tenemos tan sólo nuestra hermandad, que la debemos bendecir porque está a nuestro alcance el sublimarla y, sublimándola, entrar un tanto en las zonas de la dicha.

Apareció Elena y este diálogo nuestro quedó cortado. Después, volvieron los días habituales con sus obligaciones monótonas.

Regresando cierta tarde en tranvía de lo de Silvina, sentóse a mi lado aquella condiscípula parlanchina que viera en el casamiento de Clara Dormal: Julia Lemos. Habló hasta por los codos en el trayecto que hicimos juntas. Poco antes de que llegase yo al punto donde debía descender, me dijo:

—Tengo que darte mi pésame. He sabido lo del médico peruano.

—¿Qué has sabido?

—¡Hazte no más la que no entiendes! ¿Se te escapó, Juana?... ¡Paciencia! ¡Son más los que a mí se me han escapado!... Pero alguno caerá a lo mejor. ¡Oh, sí! Seguro que sí.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué te han dicho, por Dios?

—¡Lo que me han dicho! Nada especial. Lo que sabe y comenta todo el mundo. Que te lo quisiste atrapar al doctor Rodríguez. No mal partido en verdad. Trabaja bastante. Alguna posición debe ya tener formada.

—Es una falsedad. La más audaz y cínica mentira.

—¡Vaya, Juana! ¡Papeles conmigo! Si Rodríguez asiste en casa... Y es él quien lo ha dicho.

Me separé de Julia Lemos casi sin despedirme. Y fué tal la impresión que me hizo su conversación que, al llegar a lo de Elena, pretexté una jaqueca y me metí en cama. Para colmo, cuando fuí al día siguiente a ver a Dora, me recibió fríamente. Hasta se permitió conmigo malos modos. Tenían que haberle llegado las voces corrientes. Me sentí más desgraciada que nunca. Había hecho un servicio que sólo Dios sabía el sacrificio que me costó; y me era correspondido con la maldad más irritante. Resolví retirarme a lo de Silvina por una larga temporada y, cruzando el comedor en dirección a mi dormitorio, anunciáronme que estaba en la sala monseñor Roca, que había llegado de visita. Elena no estaba, mas debía llegar de un momento a otro. Fuí a hacerle compañía al distinguido sacerdote y concluí bien pronto por referirle en esencia la nueva crisis que se presentaba en mi vida. Crisis que me parecía muy grave, por-

que me tornaba mala. No podía en este caso disculpar ni perdonar. Y aun el sentimiento del odio llegaba a tener entrada en mi corazón.

—Ha hecho usted un servicio — me dijo monseñor — y le pagan mal. Bendiga usted a Dios. Será El quien se lo pague algún día. Y es pagador de munificencia inimaginable.

—¿Y entretanto, monseñor?...

—Entretanto, piense usted en que Cristo, con ser quien era, sufrió también injusticias, desprecios y afrentas. Así es el mundo: esas son sus miserias. ¿Cómo pretender que se cambie, para una persona dada, el orden de las cosas? Juana: es necesario que pueda yo encontrar siempre en usted una mujercita de alma fuerte, que sepa separar de su camino estos abrojos...

—Es que no puedo, monseñor.

—Pídale usted ayuda a Dios, que no la desoirá. Tenga siempre en los labios esta frase: Dios lo dispone así; bendito sea Dios.

Callé, porque este lenguaje me vencía. Monseñor prosiguió:

—Al sentimiento del odio que quiere abrirse camino en su alma, dígale usted: "¡Vade retro, Satanás!" Oblíguelo a retirarse lejos, lejos de usted. Su corazón quedará entonces puro y habitará en él el Señor.

—Sus palabras, monseñor, caen como bálsamo sobre esta herida nueva y sangrante que le acabo de mostrar.

—Bueno. ¿Quedamos, entonces, en que ya salió todo de ese pecho tan noble? ¿en que ha sido barrida la casa y está limpia y blanca como un piquito de pájaro al acabar de beber?

—Sí, monseñor.

—Bueno. Ahora un cuento, o una anécdota para ser más exacto. En París visitó usted la galería en

que se conservan los restos de Napoleón. ¿Recuerda usted...?

—Sí, monseñor.

—Napoleón fué dueño en cierto momento de los destinos del mundo. Cometió infinitas arbitrariedades, mas sirvió también a muchas personas con servicios cuyo valor puede usted imaginar. Lo que hagamos en bien de otros usted o yo, ¿puede valer algo comparado con los favores que pudo dispensar y dispensó aquel gran emperador? Pues, recuérdelo usted siempre, Juana: cuando llegaba a conocimiento de Napoleón que alguna persona no le quería, ¿sabe usted lo que decía?

—No, monseñor.

—Hacía una pregunta a los que le rodeaban. Y era esa pregunta la siguiente: "Ayúdenme a hacer memoria: ¿qué bien le hice a ese fulano?"...

CAPITULO XXII

AVE HERIDA Y CANSADA

¡Qué grande alma era la de monseñor Roca y cuán cautivador su talento! A una y otro creo haberlos reflejado en la conversación que he transcripto. Fueme ella sumamente benéfica, porque me ayudó a sobrellevar pacientemente mi cruz. Me ayudó, pero desgraciadamente, sólo por unos días. Habría necesitado estarlo oyendo a monseñor constantemente para dominar mis rebeldías. Las cuales noté con inquietud que eran más frecuentes e intensas que nunca. Desde que me levantaba sentíame con el genio agriado. Yo no había sido así antes. ¿Sería que tanta y tanta pena acumulada en mi alma, habíanmela llenado de acibar? Mi cuerpo, al propio tiempo, me pesaba como plomo. Me fatigaba al caminar y a cada dos por tres atacábanme horribles dolores de cabeza. Silvina, con quien me había ido, indicóme varias veces que debía hacerme ver por un médico. Cuando me habló de médico presentóseme la silueta del doctor Rodríguez. Me parecía que todos los médicos eran como él; y no quise tener nada que ver con ellos.

Llegó el verano, y con él el momento de la temporada de Punta del Este. Cumplí, aunque desganadamente, el compromiso que había contraído con Elena y mi padre e híceles compañía en el traslado a dicho balneario. Dora ya estaba con sus padres, empero después de una serie de sucesos que la tenían a Elena profundamente afectada. Enamorada del doctor Rodríguez con una pasión loca — no acierto

a emplear otra expresión—fué menester que su padre interviniese. La habían sorprendido un día con un revólver, en disposición de suicidarse porque Rodríguez se había despedido como médico y no volvería más. Abel Dormal tuvo que imponerse la humillación de hablar con el doctor Rodríguez en punto a las disposiciones de su corazón, porque Dora púsole en la disyuntiva de su muerte al primer descuido de la familia o su boda con aquel hombre. Rodríguez no opuso inconveniente al enlace, siempre que se le ayudase para el efecto, pues sus finanzas no andaban bien. Abel le puso la casa y le entregó unas cuantos miles de pesos para gastos, con lo que Dora realizó su ensueño. Ensueño que le resultó, sin embargo, bien amargo. Rodríguez no era sino un logrero, que buscaba una niña "de posición" para salir de pobre. Llegaron noticias terribles del Perú, donde había dejado varios hijos y cuya policía lo buscaba por defraudador. Su detención se produjo al mes de casado y era esa la forma como Dora había vuelto a su hogar: ni viuda, ni soltera, ni propiamente casada, porque el marido que tenía... no lo tenía y era su caso el de no saber si debía aspirar a tenerlo cerca de sí...

Punta del Este me sentó. A los pocos días de permanencia en esas playas, encontréme de nuevo ágil y contenta. La contemplación del mar me extasiaba. No tuviera Punta del Este otro atractivo que ese y para mí estaría justificado su renombre. Pero Elena y mi padre querían que hiciese vida social activa. Recibían a cada paso invitaciones para bailes y para paseos. No era posible que, invariablemente, las declinásemos. Me decidí a complacerlos y conocí, con ese motivo, a un señor Duval, viudo, con dos hijos, y de gran fortuna. Mi padre lo distinguía grandemente y Elena lo mismo. De mí no se separaba dondequiera que me encontraba.

Habíamos concluído de almorzar un día y mi padre me dijo:

—Duval me encargó que te saludase. Tuvo anoche que tomar el vapor para Buenos Aires por un llamado urgente, no quedándole tiempo para despedirse.

—Está disculpado en lo que me concierne.

—A propósito de Duval—continuó mi padre.—He observado, Juana, que no te deja ni a sol ni a sombra. ¿Te ha hablado?

—¡Cómo hablado!...

—Si te ha dicho algo de aspirar a tu mano, o cosa así...

—Absolutamente nada. Ni lo habría yo dejado concluir, si lo hubiese intentado.

—Pero, Juana ¿por qué?...—observó Elena—Como persona, Duval es irreprochable.

—No digo que no.

—Veamos entonces el motivo — dijo mi padre — Tanto Elena como yo somos de parecer, Juana, que debes pensar en tu porvenir. No pretendemos que sea con Duval, si no es de tu agrado; mas sí con alguna otra persona digna como él de ti. Será necesario que fijes dicho porvenir. Elena y yo te hemos de faltar alguna vez.

—Lo mismo que puedo morirme yo...

—¡Tú!—exclamó Elena.—Con tu poca edad y ese físico a prueba de males que te ha dado el cielo...

—No crea, Elena. Las apariencias suelen engañar. Yo no soy la de antes. Y, o mucho me equivoco, o ni mi corazón ni mis riñones andan bien.

—A ponerse en asistencia entonces — dijo mi padre — Esta tarde misma, te haré ver.

—No, Santiago. Esperemos un poco más. Yo avisaré cuando sea el momento. Por de pronto estoy acá mejorada.

—Sea como lo deseas. Pero, entretanto, con esto de la enfermedad, has esquivado la respuesta a una pregunta mía. Cuentas claras, Juana: veamos el motivo que tienes para no atender a Duval.

—¡Si yo lo atiendo! Lo atiendo en cuanto me conversa. Ustedes lo han podido ver.

—No es a eso a lo que me refiero. Duval volverá esta semana misma. Si no te ha hablado, te hablará. Algo me ha anticipado a mí.

—Aconséjele usted que no me hable.

—Pero ¿por qué? ¿por qué?

No era ya posible callar mi razón y la expresé de esta suerte.

—El jardín de mi corazón se ha vuelto estéril. Todo riego de ilusión le resulta inútil. No da flores.

Volvió Duval, en efecto, mas no procedió como me lo anunciaba mi padre, ni siquiera continuó tratándome. Su retirada fué demasiado brusca para que pudiera pasar desapercibida para Elena y para Santiago, que imaginaron habría mediado de mi parte alguna actitud para Duval desagradable. Pero no. Yo no había hecho absolutamente nada. Se supo después el motivo. A Duval habíanle hablado de mi origen brumoso y de los inconvenientes sociales que traía el tener esposa que no se supiese bien cómo había venido a la vida. Quien tal hizo imaginó, seguramente, que con eso me hacía un mal. Pero, en vez de molestárseme o dañárseme con lo dicho, prestóseme un buen servicio. Siempre me habían sido dolorosas las repulsas. Me hubiera costado mucho obrar así con Duval, que era un hombre buenísimo; y no habría tenido más remedio que hacerlo.

Paseando en la playa, tropezamos con Leonor, mi hermana ante la ley. Apenas se dignó saludarme al verme. Por su porte parecía una emperatriz. No iba con su marido, sino con amigas y amigos: el viudo Duval, entre ellos. Oí referir, poco después, que

ni la felicidad doméstica de Leonor ni su situación financiera eran sólidas. Vivía aparentando las dos cosas: tener esposo amante y tener fortuna. El esposo, se había quedado en Buenos Aires: tenía muchas atenciones en la metrópoli argentina. Las artistas de los teatros podían dar fe de ello. Y en cuanto a la posición pecuniaria de ese matrimonio, mi padre expresó una opinión que, proviniendo de él, era de ser tenida seriamente en cuenta: las hipotecas, a ella y él, llegábanles hasta los ojos.

El bienestar que yo sintiera al llegar a Punta del Este, no alcanzó a durarme quince días. Sentí nuevamente pesado a mi cuerpo y me volvieron los dolores de cabeza. Mi padre no paró hasta hacerme revisar por un eminente facultativo de su amistad, veraneante como nosotros. Fué su opinión que Punta del Este no convenía para mi salud y que ésta requería atención. Mi corazón trabajaba demasiado. Vida tranquila, aire no muy fuerte y una medicación que recetó, fueron su pronunciamiento. Regresé a lo de Silvina con la primera familia amiga que volvió a Buenos Aires.

¿Qué sería lo que yo tenía? Esta idea no me abandonó ni durante el viaje ni después de él. El médico a cuyo cargo fuí puesta por Silvina, dijo que lo que tenía no era cosa mayor y que pasaría. Mas yo me sentía enferma. Había muchas novedades extrañas en mi salud. Por lo que pudiera ocurrir, híceme asidua concurrente de la capilla de las hermanas a cuya vida estuve a punto de asociarme. La misa y comunión frecuentes entonábanme mucho. Mas de ahí encaminábame siempre a la Recoleta y delante de las tumbas, ya de abuelita, ya de Ernesto Perkins, evocaba tristemente mi pasado. Esto me hacía daño. Yo lo notaba; pero no renunciaba a las visitas esas, que me parecían un deber de consecuencia en el cariño.

Celina Estévez estuvo a visitarme y comprendí que mi aspecto no la impresionó bien. Ella procuró disimularlo, mas ciertas preguntas que me hizo la denunciaron a mi espíritu, que fué siempre observador.

No quise que se me pasara esa oportunidad sin hablarla a Celina sobre Alberto. ¿Lo había visto? Me contestó que sí.

—Celina — la dije — Deseo que lo sepas. Alberto es. entre los hombres que he tratado, el que yo he estimado más. Y entre mis amigas, tú has sido siempre la más amada.

—¿Qué quieres decir con eso? — me preguntó ella.

—Nada. Quería solamente que lo supieses.

—Dijiste de Alberto que es el hombre que *has* estimado más. Luego, hoy no lo estimas...

—Me habré expresado mal. Mi pensamiento exacto no reconoce interrupción en el sentimiento que he expresado.

—¿Y la conducta de Alberto contigo?

—Lo sucedido ha sucedido, porque así tenía que ser. En nada afecta ello, ni a la caballerosidad ni a la lealtad de ese amigo. que deseo lo sea tuyo mucho, mucho...

Yo no podía emocionarme. Era una de las manifestaciones de mi enfermedad. Como me emocioné al pronunciar las palabras consignadas, me descompuse..

Celina me echó aire con su abanico y me dió a aspirar éter, con lo que me repuse.

—Juana, querida Juana — me dijo — Es necesario que pienses en ti y no en los demás.

—¿Para qué? — contestéla — Yo soy una ave herida y cansada. Vuelo todavía, por virtud de la fuerza de impulsión que traje al nacer. Empero el

movimiento de las alas que me sostienen en el espacio, amenaza cesar.

—¡Juana! ¡Por Dios!...

—Lo digo, Celina, porque estoy cierta. El tiempo me dará la razón. Soy, sí, una ave herida y cansada. Lo verás.

CAPITULO XXIII

FLORES, MUCHAS FLORES...

El diario íntimo que ha venido utilizando el autor de esta novela, termina con la vuelta de Juana, enferma, a lo de Silvina. Más propiamente que el verbo terminar, corresponde escribir: se interrumpe, queda trunco el diario íntimo. Los cuadernos de que se compone son cuatro. El último, muestra en blanco muchas hojas. Este solo detalle produjo en el redactor de estos renglones una impresión de pena, cuando lo percibió. ¿Por qué no continuaba? La planta lozana arrancada de cuajo por el huracán; la columna hermosa y fuerte derruída en su parte superior como a serrucho: estos y otros símiles con que nos representamos a las existencias jóvenes malogradas, surgieron en su espíritu. Quien había escrito con tanta prolijidad el diario íntimo, no podía haberlo abandonado inconcluso sino por un motivo superior a sus fuerzas. ¿Qué había pasado y cómo habían ocurrido el suceso o los sucesos? Fué menester indagar. Afortunadamente, tratábase de una niña conocida en Buenos Aires. Su parentela y sus amigas habrían de ser fuente copiosa de informes. Y ellos obtenidos, ha sido posible al autor llenar el vacío del diario íntimo.

Juana Dormal, después de su conversación con Celina Estévez, cayó en un estado de laxitud y desforzamiento que los medicamentos no pudieron vencer. Imposibilitada de abandonar la cama, en ella perma-

neció más de quince días, transcurridos los cuales Elena, alarmada, abandonó Punta del Este, junto con Santiago, trasladándose a Buenos Aires. Santiago quería ver a su hija; mas oponíase a ello la circunstancia de haberla sorprendido la enfermedad en casa de Silvina. Preocupado con la pertinacia de aquella dolencia, quiso hablar personalmente con el médico que la atendía. Díjole éste que el estado de la paciente era sumamente inquietante y que, a su juicio, para producirlo, tenía que haber mediado una grave causa moral.

—Esa niña debe haber sufrido mucho — agregó el facultativo.

—Pero ¿usted no responde de su restablecimiento?... — le preguntó Santiago Dormal.

—¡Yo, responder! No, señor. La ciencia, en estos casos, marcha casi a ciegas. Puede restablecerse... Puede no restablecerse... ¡Vaya uno a saberlo! Es cuestión de organismo, más que nada.

—Su ciencia de usted y la carabina de Ambrosio son, entonces, una misma cosa — exclamó el visitante perdiendo su compostura habitual.

—Sí, señor. No mi ciencia, sino la ciencia: toda ella. Cabe, en efecto, en un dedal.

Santiago Dormal regresó a su casa nerviosísimo y escribió a Silvina la siguiente carta:

"Señora: Yo necesito ver a Juana. En su casa de usted tiene esto sus inconvenientes. Pero trasladando la enferma a lo de Elena, mi hermana, nada obstaría ni a que la viera yo ni a que la viese usted. Solicito su conformidad para el referido traslado. Salúdala con su consideración distinguida. — *Santiago Dormal*".

La contestación de Silvina fué negativa. No estaba la enferma para ser movida: podía eso hacerle mal. Por otra parte, si tratándose de la felicidad de Juana, de su mejor suerte en el mundo, ella, Silvina, no había dificultado la permanencia de aquélla en lo de

Elena, viéndola desgraciada y enferma, no dejaría que la separasen de su lado. Tenía para eso más derecho que nadie. Aún cuando no lo tuviese sería igual, porque estaba resuelta, absolutamente resuelta a no consentirlo. Los que quisieran verla a la enferma, podrían hacerlo. Las puertas de su casa no estaban cerradas, a tal efecto, para nadie. Verla, por supuesto, no quería decir instalarse al lado de Juana. Empero, esto mismo lo facilitaría Silvina, si la enferma espontáneamente llegaba a pedirlo

Santiago Dormal, aquel día, ni comió ni durmió. A cada dos por tres pasaba al departamento de Elena para pedirle noticias. Elena, por su encargo, iba varias veces en el día a lo de Silvina y entraba al dormitorio de Juana. Al regreso de una de esas visitas, encontró Elena a Santiago con la cabeza entre las manos y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Pobre hermano mío! — le dijo — ¡Cómo la quieres!

—Todo mi dinero y todo el talento que dicen poseo—contestó él—hanme servido, tan sólo, para hacer el infortunio de mi hija.

—Algunas satisfacciones le has podido proporcionar.

—El viaje a Europa... Unos cuantos regalos... ¡Qué vale eso, al lado de su corazón despedazado!

Y ahogó un sollozo la palabra de Santiago Dormal.

Sonó el teléfono en ese momento y acudió Elena. Mandaba Silvina un mensaje diciendo que la enferma deseaba tenerla a su lado a ella y el otro Dormal: su hermano: a Santiago. Este se puso el sombrero en el acto y arrastró, más que conducir, a Elena escaleras abajo. Subiendo en el primer auto que encontró, dió esta orden al chauffeur, junto con la dirección de la casa de Silvina:

—¡A escape!

En el dormitorio de la enferma estaban ya monseñor Roca, Celina Estévez y Alberto Ordóñez, llamados también por Juana.

Santiago acercóse aparentemente sereno a su hija y la besó en la frente, ardiente como una brasa. Ella lo miró cariñosamente y, pidiéndole que se acercase más, besólo a su vez, murmurando:

—Gracias.

—Gracias ¿por qué, Juana mía?—dijo Santiago.

—Hablaba conmigo misma — contestó ella — Daba gracias a Dios, por haber hecho que llegasen ustedes en tiempo.

Santiago Dormal retiróse del lecho para dejar a Silvina el lugar que ocupaba y disimuladamente pasó a la pieza vecina. Allí, de brazos sobre el balcón abierto de par en par, lloró como un niño. Su resistencia a la fuerte escena había estado a punto de fallar, en presencia misma de la enferma.

Manifestó Juana poco después deseos de dormir un rato.

—Tú me acompañarás, Celina, ¿quieres? — dijo a su amiga.

—¡Cómo no, queridita!

—Tú y Alberto. Los dos, nada más. Pueden sentarse en aquel sofá.

Y señaló uno que se veía a corta distancia del lecho.

Quedó Juana como amodorrada una media hora. Al cabo de ella llamó a Silvina.

—Acá a mi lado — la dijo — Cerca, todo lo más cerca posible de mí. ¿Y Santiago?

—Está en la pieza contigua.

—Llámalo.

Levantóse Alberto y regresó con el aludido, quien se colocó al lado de Silvina. Juana puso su mano entre las de él y, poco a poco, fué llevándolas a éstas hasta colocarlas sobre las de Silvina, que se

sacudió entera con el contacto, como si hubiera sufrido el golpe de una corriente eléctrica.

—Déjenme — murmuró Juana — Déjenme hacer lo que deseo.

—Sí, mi hijita — repuso Silvina — Lo que quieras. Cuanto quieras.

Y quedaron Santiago y Silvina con sus manos unidas.

—Pedí una gracia muy grande — continuó Juana — a la Virgen de Monserrat, al Papa y al Señor ante el Santo Sepulcro. El cielo tiene que habérmela concedido.

Miró a su padre y a Silvina y viéndolos como estaban, agregó:

—Así, así... siempre. No moriré contenta si no sé que siempre será así. Yo he sido en la vida como el yuyo malo. Nací para desunir y he alejado todo y a todos en torno mío. Quiero ahora acercar. Lo que no ha hecho mi vida, que lo haga mi ausencia. Santiago: prométame usted cumplir mi voluntad...

—Sí, sí, Juana mía. Te pertenece cuanto tengo. Por mi única y legítima heredera estás reconocida en mi testamento.

—No es eso. No es eso. No es cuestión de dinero.

—Te fundaré un asilo o convento en que vivas a gusto. Erigiré un templo a tu Dios. Pero vive, querida; no te vayas, no...

Y Santiago rompió a llorar. Juana prosiguió:

—Es de monseñor Roca, aquí presente, esta frase que debe usted, Santiago, grabar en su memoria: "Dios lo ha dispuesto así: bendito sea Dios".

Santiago Dormal volvió a retirarse a la pieza vecina, pues no podía contener su emoción; y fué llamado nuevamente por Juana.

—Santiago — le dijo — no puedo irme sin una respuesta suya concreta. Perdóneme que le prolongue estos momentos. Pero son forzosos. Además, no serán largos. Usted, Santiago, tiene una deuda.

Usted es desgraciado por no haberla pagado. Santiago: todos me llorarán pero, más que todos, usted y Silvina. Debe de ser así. Yo espero que así será. Venga ahora, lo que hubiera hecho muy otra mi suerte, si hubiera sucedido antes de yo nacer. Llóreme usted pero con Silvina, juntos los dos, santamente unidos... para siempre.

Tanto Santiago como Silvina quedaron mudos.

—Pido la solemne promesa de que esa reparación tendrá lugar — agregó Juana.

Un doble sí sollozante fué la respuesta.

—¿Y Elena? ¿mi buena y querida Elena? — preguntó Juana a continuación.

Acercóse ésta y Juana la abrazó tiernamente. Luego se descompuso. Pero debidamente atendida, pasó su crisis y volvió a amodorrarse.

Cuando se despertó, llamó a monseñor Roca y le preguntó si un deseo que no tuviese que ver con Dios le podía ser permitido en esas horas inmediatas al supremo tránsito. Monseñor la tranquilizó disipándole todo escrúpulo. Juana, entonces, habló:

—Tuve yo un amigo de la infancia muy querido. Cuando *se fué*, no me pidió sino que recordara constantemente que había tenido en él un corazón leal y que le llevara flores a su tumba, muchas flores... Santiago, Silvina: dígoos lo que él...

Y fueron estas las últimas palabras de la enferma. Perdió el conocimiento, entró en un sopor preagónico y murió.

. . . .

Desde entonces en el cementerio de la Recoleta, es frecuente el espectáculo de la tumba de Juana Dormal cubierta de rosas de todo tiempo. Santiago y Silvina, ya casados, son los que las cuidan y renue-

van. Y ha ocurrido alguna vez, que haya adquirido la pareja todas las flores de todos los floristas diseminados en las inmediaciones de aquella ciudad de los muertos y acumuládolas como un montículo delante de la tumba referida, cayendo luego los dos de rodillas, pesadamente, como desplomados por el dolor.

FIN

INDICE

DEL MISMO AUTOR (1)

OBRAS COMPLETAS

Novelas

I — Juana Dormal
II — Hacia la quimera *
III — Marimar (3.a edición)
IV — La familia de Pérez González * *
V — Almas gemelas *
VI — A la merced de los vientos *
VII — Clamor *
VIII — Patria y Rey *
IX — Alborada (3.a edición) * *
X — La heroína del Villar *
XI — Las dos venganzas (2.a edición) * *

CRITICA Y CONTROVERSIA

XII — Por los Teatros (1er. tomo) * *
XIII — „ „ „ (2.o „) * *
XIV — De Buenos Aires a Santiago de Chile * *
XV — La propaganda que todo lo tergiversa * *
XVI — Vidas ilustres (*)
XVII — Discursos *
XVIII — Hojas Dispersas * *

HISTORIA

La Reconquista de Buenos Aires, (1806).
La Defensa de Buenos Aires, (1807).
La Sociedad del Virreinato, (1810).
Los últimos Virreyes, (1807 a 1810).

---

(1) Inéditas, las señaladas con un asterisco. Agotadas y por reimprimirse, las señaladas con dos de ellos. En circulación, las que no tienen asterisco ninguno. Y a publicarse en tomos sucesivos de cien páginas de texto aproximadamente, con carátula en colores y numerosos grabados, las incluídas bajo el rubro de "Historia".

Caseros, (2 de febrero de 1852).
El Acuerdo de San Nicolás, (31 de mayo de 1852).
Urquiza y Derqui, (1854-1861).
La segunda Cepeda, (23 de octubre de 1859).
Pavón, (17 de septiembre de 1861).
Mitre, (1862-1868).
Sarmiento, (1868-1874).
Avellaneda, (1874-1880).
Roca, (1880-1886).
Juárez Celman, (1886-1890).
Pellegrini, (1890-1892).
Sáenz Peña, padre, (1892-1895).
Uriburu, (1895-1898).
Roca, (1898-1904).
Quintana, (1904-1906).
Figueroa Alcorta, (1906-1910).
Sáenz Peña, hijo, (1910-1914).
Plaza, (1914-1916).
Irigoyen, (1916-1922).

LA PRIMERA DE LAS PROXIMAS PUBLICACIONES

"HACIA LA QUIMERA"

(Novela)

Su argumento: un afecto profundo nacido entre dos jóvenes que se conocieron desde la infancia y que, sin imanar ninguno de los dos que tal cosa pudiera suceder, se ven arrastrados al matrimonio.

En el desarrollo de la fábula, pinceladas y cuadros que reflejan el estado político de la república. Corrientes nuevas de opinión que unas veces rayan en lo utópico, otras desatan de manera alarmante las pasiones de la plebe y otras, por último, tienden a encauzarse en las vías de lo humanamente asequible y deseable, sin dejar de representar un impulso nuevo y una evolución trascendental.

Un tipo de joven de buena sociedad, metalizado hasta la entraña. Talentoso hábil y cínico. Y otro de político de la vieja escuela, con todas las calidades y deficiencias de los que han llenado medio siglo de la historia del país.

Una niña de activa vida mundana y gran posición pecuniaria, que pasa por la obra como alma incomprendida y asiste a la esfumación sucesiva de sus más caros sueños, quedando frente a la realidad dilacerante del fausto y el esplendor que la rodean en la orfandad de su propia ventura.

Paralelamente a todo esto, el acendrado y puro amor de la pareja protagonista proyectando luz en todas las brumas; y en el frío de las ilusiones varias que se marchitan y deshojan, tierna confortación y grato calor.